



La escritura de la autoficción en la sala de clases: el yo y la identidad

**Trabajo de Titulación para optar al Grado
de Licenciado en Educación y al Título de Profesor de Castellano y
Comunicación**

Profesor Guía:

Edda Hurtado

Alumno:

Nicolás Vicente Ugarte

Viña del Mar, Mes - 2016

Índice

Parte I

1.- El enfoque por competencias y en la enseñanza de la literatura en el marco curricular	5
2.- Fundamentación de las nuevas bases curriculares 2013 y el lugar de la literatura.	7
3.- Programas de estudio de Lenguaje y comunicación para 3° y 4° medio: actualizado el 2009 y publicado en 2015.	11

Parte II

Problema didáctico	13
Estado del arte	18
Descripción general de la propuesta	24
Marco teórico	31

Parte III

Secuencia	45
Material didáctico	65
Bibliografía	218

Resumen

Esta propuesta didáctica, titulada La escritura de la autoficción en la sala de clases: el yo y la identidad, tiene como propósito desarrollar la escritura de invención y la lectura crítica de texto autoficciones en estudiantes de cuarto medio como un modo de conocimiento de las identidades propias y colectivas.

La autoficción es un tipo de novela que articula un pacto de lectura híbrido y ambiguo donde convergen dos pactos de lectura distintos, por un lado, el pacto de lectura de la autobiografía y sus pretensiones de referencialidad extratextual y veracidad; por otro, el pacto de lectura de la ficción, que no busca una comprobación más allá del texto, sino que se articula a través de la verosimilitud. Por tanto, también, en esta propuesta se contempla abordar las características del pacto autobiográfico y del pacto de ficción. La autoficción es un instrumento muy apropiado para trabajar las temáticas de las identidades porque articula, a través de las ilusiones biográficas, un punto de vista situado que interroga las identidades colectivas desde una identidad personal

La lectura crítica de texto autoficcionales permitirá al estudiante una reflexión sobre las singularidades de la literatura como experiencia estética, al mismo tiempo que se abordan los modos de representación de las problemáticas de la identidad. Por otro lado, el trabajo de escritura de invención de este tipo de texto permitirá al estudiante, desde la experiencia estética de la literatura, una reflexión de sus procesos formativos y un conocimiento de sí mismo. Esta propuesta se adscribe a la primera unidad, Aspectos y formas discursivas del tema de la identidad, del programa diferencial de lenguaje y comunicación para cuarto y/o tercer medio.

Parte I

El enfoque por competencias y en la enseñanza de la literatura en el marco curricular

La utilización de un enfoque de competencias comunicativas y, por consiguiente, el uso de una didáctica comunicativa funcional tiene sus inicios en la reforma educativa llevada a cabo en Chile a finales de los años noventa. La centralidad puesta en las competencias responde, principalmente, a un intento de adaptar la enseñanza de la lengua y la literatura a los avances que estaban teniendo lugar en los campos disciplinarios especializados, particularmente, las ciencias del lenguaje. Donde se deja atrás una visión centrada en la normatividad y la descripción y se pasa a una mirada preocupada de la adecuación del lenguaje.

Lo importante es que el lenguaje, en un enfoque de competencias comunicativas, no se entiende como una reglamentación o una organización interna cuyo propósito es la producción de texto con una gramaticalidad correcta, sino, al contrario, según el ajuste del año 2009, el lenguaje es “un modelo amplio de competencias de orden lingüístico, textual, cognitivo y social” (p. 2). Siendo más importante su efectividad comunicativa, que su corrección u orden gramatical. En tal sentido, el ajuste del 2009, pone su centralidad en las competencias discursivas (la producción de textos) y en las competencias pragmáticas “que ponen acento en elementos de comprensión, lectura crítica de las intenciones de los mensajes de los textos con los que interactúan, y adecuación cultural y social de sus propias emisiones, entre otras” (p.3). En síntesis, un enfoque por competencias deja atrás una arquitectura curricular centrada en ciertos contenidos (como, por ejemplo, el código escrito, los elementos

gramaticales -morfológicos y sintácticos- de la lengua, la historia de la literatura y modelos estructuralistas de análisis de la obra literaria.) para dar paso a una arquitectura donde los elementos medulares con las adquisición universal

Respecto a la enseñanza de la literatura, aquí realizaremos un breve resumen de la propuesta contenida en el ajuste del 2009, para luego ver su lugar en la fundamentación del ajuste del 2013. En primer lugar, la literatura, en el ajuste del 2009, es definida como “un constructo verbal y, por tanto, cultural, cargado de sentido” (p.4). El ajuste pretende elaborar una enseñanza de la literatura que supere la descontextualización con que comúnmente se leen las obras en el ámbito escolar, ya que quieren articular elementos intratextuales, intertextuales y extratextuales en la construcción de sentido.

El ajuste, también, señala que la literatura es una obra de arte, por ende, los diversos modelos de análisis que se apliquen en la lectura de una obra no pueden pasar por alto el acercamiento estético que requiere cualquier obra de arte. En tal sentido, se nos plantea que la lectura de una obra literaria tiene que ser similar al acercamiento que se tiene con un cuadro o una obra musical. En tal sentido, debemos señalar de manera crítica que las nociones esteticistas del ajuste, si bien, son valiosas su concreción pedagógica se complejiza en las competencias comunicativas o, al menos, en la manera en que éstas son expuestas en los planes y programas. En mi opinión, esa complejidad no está resulta en la arquitectura curricular elaboradas a partir del ajuste.

Por último, señalar que a partir del ajuste del 2009 se establecen los ejes de comunicación oral, escritura y lectura. Por tanto, la enseñanza de la literatura tiene que ser enmarcada y diseñado dentro de los aprendizajes esperados de eso ejes. Asimismo en el ajuste del 2009 se produce el cambio de los Objetivos Fundamentales (O.F.) y los Contenidos Mínimos

Obligatorios (C.M.O) por Aprendizajes Esperados (A.E.). Por último, queda señalar que el ajuste del 2009 fue un intento que trató de sistematizar y organizar muchas nociones de la reforma educacional que, si bien, habían sido incluidas en los diseños curriculares mantenían cierta opacidad, desorden y desorganización.

Fundamentación de las nuevas bases curriculares 2013 y el lugar de la literatura.

En la fundamentación de las nuevas bases curriculares 2013, que se articuló considerando una extensa bibliografía que incluye la Ley General de Educación (LGE), diversos estudios de literatura comparada en relación con los diseños curriculares en el áreas de lengua y literatura de otros país y, por último, los señalamientos de varias investigaciones sobre la enseñanza de la literatura, lo primero que debemos decir es que se mantiene el enfoque comunicativo con la finalidad de “que los estudiantes desarrollen las competencias comunicativas fundamentales para participar activa y responsablemente en la escuela y la sociedad” (p. 9). Existe una visión donde el lenguaje “desempeña tanto una función transaccional, de intercambio informativo, como otra relacional, vinculada con la vida social y afectiva de las personas (p. 2). El enfoque pone la centralidad en las habilidades que se necesitan adquirir para dicho propósito, más que en los contenidos disciplinarios. Ahora bien, hay, al menos, dos cambios que resultan significativos en relación con el ajuste curricular del 2009.

Primero, el enfoque comunicativo que predomina en el último ajuste, en la actual propuesta, si bien, se mantiene como señalaba arriba, busca ser complementado con “un enfoque cultural que refleja la preocupación por la lengua y la literatura como vehículo de transmisión de ideas y de la cultura” (12). Es decir, manteniendo la importancia otorgada al desarrollo de habilidades comunicativas, en la propuesta del año 2013 existe, también, una preocupación

puesta en que los estudiantes adquieran, en su paso por las instituciones educacionales, un mayor capital cultural, donde la enseñanza de la literatura, dadas las características y posibilidades de su objeto de estudio/enseñanza, cumple un rol sumamente importante. Las nuevas bases rescatan las posibilidades que tiene la literatura de poner al estudiante en contacto con distintas y heterogéneas formas de sentir y pensar, con las mentalidades de distintas épocas históricas y las posibilidades de la literatura de abrir en los estudiantes un reflexión sobre sí mismos y los otros, sobre la identidad propia y las identidades colectivas o ajenas:

Estas Bases mantienen el enfoque comunicativo adoptado en la Educación Básica e incorporan perspectivas complementarias, dado que el lenguaje no es solo una herramienta de comunicación [...] las Bases de Enseñanza Media contemplan la estrecha relación entre lenguaje y cultura. Además, tienen en cuenta que el lenguaje permite la transmisión intergeneracional del conocimiento, los valores y las emociones compartidas en un grupo (2).

La fundamentación de las nuevas bases indica que las razones de la función educativa de la literatura se pueden agrupar en tres aspectos “literatura orientada a la comprensión (literacy), la literatura orientada hacia la persona y la literatura orientada hacia la cultura y sociedad” (3). Lo que permite que el trabajo educativo con los textos literarios no sólo se pueda entender como un tipo de texto, entre otros, con el cual se desarrollan ciertas competencias comunicativas, sino que se trabaja también una dimensión cultural. El trabajo con los textos literarios “permite reflexionar sobre la identidad personal, hacerse parte de una identidad nacional, adoptar valores propios de la cultura, generar una identidad como lector y desarrollar el pensamiento crítico” (3). Pensando en casos más puntuales, la lectura de obras

literarias, permite explorar y contrastar puntos de vista y modos de razonamiento, construyendo una visión más plural y democrática en el estudiante, al mismo tiempo, que los trabajos de escritura estimula la función cognoscitiva del lenguaje. Asimismo, la propuesta del 2013, si bien, pone el énfasis en los aspectos vinculados al enfoque comunicativo y a la herencia cultural contenida en la literatura tampoco desdeña totalmente los aspectos vinculados a la educación estética de los lectores:

Si bien la literatura es fundamental —aunque no exclusiva— en la exploración de diversos aspectos del ser humano, no debe entenderse simplemente como una herramienta destinada a este fin. Por el contrario, la clase de lenguaje debe darle al estudiante la oportunidad de apreciar estéticamente estas obras, lo que supone considerarlas como manifestaciones artísticas, y también dar el espacio para el encuentro individual con la obra, en que el estudiante desarrolle una experiencia personal de lectura, que se complementa con el análisis y la interpretación. (5).

Por otro lado, la dimensión cultural de la propuesta curricular 2013 no solo se limita al texto literario, ya que está el interés explícito de los que estudiantes puedan vincular los contenidos culturales de las obras literarias con otras expresiones artísticas como pueden ser la música, la pintura, el cine u otras experiencias audiovisuales.

El segundo cambio significativo que tiene la propuesta del 2013 reside en los ejes de aprendizajes. Las bases del 2013 mantienen los tres ejes de aprendizajes –lectura, escritura y comunicación oral- pero agrega un nuevo eje, el eje de investigación. Este nuevo eje, por un lado, busca integrar las habilidades presentes en los otros ejes con la finalidad de crear sujetos autónomos, por otro lado, intenta ser una respuesta educativa a la voluptuosidad informativa

contemporánea derivada del desarrollo tecnológico. Entre las habilidades específicas que busca desarrollar este eje encontramos: “el uso responsable de fuentes, la capacidad de seleccionar información relevante y comunicarla desde su perspectiva y usando sus propias palabras, y la habilidad para usar las herramientas tecnológicas, destreza clave para desenvolverse adecuadamente en el mundo actual” (8).

Otro elemento importante de la propuesta, dice relación con las obras literarias a tratar en la clase de lenguaje. Si bien, como señalaba arriba, la centralidad en está puesta en las habilidades a desarrollar y no en los contenidos, en la fundamentación de las nuevas bases se nos indica que “sin una buena selección de textos, no es posible desarrollarlas” (10). En tal sentido, recomienda lecturas críticas de obras nacionales, de los pueblos originarios, hispanoamericanas y universales con la intención de formar “sujetos conscientes de su historia y de la creciente diversidad cultural” (11). Sin reducir la lectura de estas obras o subordinarlas a fines utilitarios, por tanto, existe una preocupación por su valor estético. Asimismo, se plantea que las obras sean trabajadas en clases con la finalidad de que sean la base, sustento y contenido, con la cual se desarrollan y obtienen los objetivos de aprendizaje y el desarrollo de las habilidades.

Por último, toca mencionar que las propiedades del lenguaje –entiéndase por gramática, ortografía y vocabulario- no representan un fin en sí mismo en el proceso de enseñanza. Por supuesto, esto no significa que no se puedan trabajar aspectos o conceptos gramaticales o lingüísticos, pero se tiene que hacer de manera complementaria. Por último, esta propuesta mantiene la escritura como proceso del ajuste 2009, sin embargo, precisa de mejor manera

en qué consisten las partes del proceso: Planificar, escribir, revisar, reescribir y editar sus textos en función del contexto, el destinatario y el propósito.

Programas de estudio de Lenguaje y comunicación para 3° y 4° medio: actualizado el 2009 y publicado en 2015.

Los programas de estudio de lenguaje y comunicación de tercero y cuarto medio no están basados en las últimas bases curriculares publicadas el año 2013 por el Ministerio de Educación. Por lo tanto, son propuestas todavía circunscritas a las bases del 2009. No obstante, las bases del 2013 al no realizar una propuesta para tercero y cuarto medio, los programas se transforman en el documento fundamental para pensar y planificar un proceso educativo para estos niveles.

Los programas de tercero y cuarto medio se estructuran a través de los ejes de escritura, lectura y comunicación oral. Ahora bien, como no están adscritas a las nuevas bases curriculares no tienen el eje de investigación, no obstante, si señalan dentro de sus propósitos desarrollar habilidades que permitan desplegar una capacidad investigativa en los estudiantes como, por ejemplo, indagación bibliográfica, selección de fuentes para argumentar y ejemplificar, formular preguntas de indagación, hipótesis de investigación, entre otras. Por lo tanto, podemos señalar, que si bien no hay un eje de investigación si hay esbozado ciertos elementos que prefigurarían un eje con esas características.

Por otro lado, la articulación de las unidades está basada en focos temáticos. Para tercero medio los focos temáticos que organizan las unidades son: “El viaje y el héroe”, “Lo social y lo político”, “Diversidad y conflicto” y “América Latina en diálogo con el mundo: nuestra identidad”. En cambio, para cuarto año medios los focos temáticos son: “Tradicición y

Cambio”, “Realidad, Deseo y Libertad”, “Individuo y Sociedad” y “Globalización y Diversidad Cultural”

La argumentación que se esboza para realizar la organización de las unidades en focos temáticos es que las habilidades del lenguaje siempre se desarrollan en textos concretos. Las líneas temáticas plateadas por la propuesta permiten hilvanar propuestas didácticas donde los estudiantes deben enfrentar diversos tipos de textos, tanto orales como escritos, sobre las mismas temáticas, lo que permitiría ordenar de mejor forma la diversidad de textos que los estudiantes deben trabajar. Finalmente, decir que cada unidad se encuentra articulada a través de un foco temático y un foco de habilidades y formas de comunicación.

Parte II

Problema didáctico

El programa de formación diferencial para lenguaje y comunicación para tercero y/o cuarto medio aborda el tema de la identidad y las mediaciones que realiza la literatura y otras formas discursivas sobre esta temática en tres dimensiones distintas: la identidad personal, social y cultural. En tal sentido, el programa se divide en dos unidades. En la primera unidad, *Aspectos y formas discursivas del tema de la identidad*, se busca reflexionar sobre cómo se expresa el problema de la identidad en distintos formatos discursivos (autobiografías, diarios de vida, confesiones, memorias, relatos testimoniales, cartas, novelas de formación, ensayos, relatos de viaje, reportajes), literarios o no, vinculando esto con las experiencias de los

estudiantes; y en la otra unidad, *La identidad como tema permanente de la literatura*, en cambio, se busca reflexionar sobre cómo la literatura ha abordado el tema de la identidad en distintas épocas históricas y sobre cómo el arte en general es un medio de expresión de la identidad. El programa, por tanto, trabaja desde una perspectiva más general del tema de la identidad y sus formas de representación y, en la medida que va trascurriendo el desarrollo del año escolar, se acerca a una mirada más específica, la literatura y la identidad, desde una perspectiva diacrónica.

En mi opinión, la propuesta ministerial plantea tres dificultades o insuficiencias que mi propuesta tratará de resolver. Primero, se presenta la identidad como una subjetividad originaria definible que se expresa en los discurso, que conlleva una visión esencialista y ahistórica, y no como un discurso o una narrativa que articula una regulación sobre lo que los sujetos son o deben ser. Se entiende la identidad “como condición esencial, inmodificable y definitoria de las personas y colectividades humanas o como proceso de constitución en permanente interrelación con otro” (p. 12). Esta conceptualización de la identidad contradice las definiciones actuales que la teoría de la cultura ha realizado sobre la identidad, donde la identidad se entiende como entramado móvil, contradictorio, dinámico y por tanto, cambiante¹. Esta conceptualización es importante a la hora de pensar la enseñanza de la identidad a través de la lectura y, particularmente, la escritura.

Sergio Frugoni en su texto *Escribir ficciones: un camino hacia la literatura* plantea la necesidad de trabajar en el aula con la noción de una escritura epistémica, es decir, la escritura como constructora de conocimiento, en este caso, de las identidades. Una mirada esencialista de la identidad no permite construir una propuesta de escritura donde el estudiante es

¹ Sobre este tema, véase lo que se señala en el marco teórico.

consciente de que en el proceso de escritura, no sólo se da cuenta de ciertas características, sino, también, en el acto mismo de escritura construye identidad e interviene políticamente en los estereotipos que circulan sobre sí mismo y los suyos y otros grupos humanos. También la conceptualización de una identidad dinámica y situada, como la que estamos proponiendo, permite pluralizar la noción de identidad. No es menor en este sentido que la propuesta ministerial hable siempre en singular: identidad nacional, identidad personal, identidad latinoamericana, y no de identidades, que sería un abordaje más concordante con los estudios reciente sobre cultura. El programa, eso sí, entiende como “factores” los elementos de género, de etnia, de clase, no obstante, a pesar de considerar estos elementos, no pluraliza la noción de identidad. En tal sentido, la propuesta acá formulada se plantea que una enseñanza de una temática como la identidad debería centrarse en el punto de vistas, en la mirada, para problematizar como desde nuestra situacionalidad hilvanamos una narrativa identitaria que construye las identidades propias y ajenas, pero como gesto político-ético mostrando a quien la construye.

Segundo, el programa intenta abordar el tema de la identidad en distintos formatos discursivos pero sin atender las singularidades que dichos formatos imponen al tratamiento de la identidad. En mi propuesta pensaremos los problemas de la identidad desde un formato en particular, el universo de la novela; y en un tipo singular de novela, la autoficción. Este tipo de novela, que amalgama dos formatos discursivos presentes en la propuesta ministerial, la novela de formación y la autobiografía. La autoficción es una herramienta productiva para vincular los aspecto de la identidad con las experiencia personal como lo señala el programa: “Establecen relaciones entre sus propias experiencias y las distintas representaciones del

tema de la identidad y reflexionan acerca del sentido que éste tiene en los procesos de formación personal y de conocimiento de sí mismos, de los otros y del mundo” (p. 13).

Retomando lo anterior, si bien, en la propuesta del ministerio, como contenido, se mencionan las características de los formatos discursivos, no se menciona las maneras en que estas características condicionan la temática de la identidad. Asimismo, el dominio de las características del formato en que se escribe es central para lograr generar un escritor experto que produzca un texto óptimo. En el texto de Frugoni, ya mencionado, se señala que para ser un escritor experto se deben conocer las características y la naturaleza del texto que se quiere escribir. “Es en función de esas “limitaciones” -el género elegido, la situación de comunicación, los posibles destinatarios, los objetivos que se pretenden, etc.- que los escritores “expertos” adecuan las características de su escrito (p. 6). En tal sentido, se hace necesario un mayor trabajo sobre las limitaciones (o características) de los formatos discursivos. La propuesta ministerial insiste, reiteradamente, en leer o producir textos, con intención literaria o no, que aborden los problemas de la identidad. Sin otorgar importancia a las improntas que estos diversos formatos discursivos colocan a la hora de abordar las problemáticas de la identidad. Por lo tanto, esta propuesta se plantea trabajar sobre los pactos de lecturas que cada formato discursivo propone al lector. En este caso, el pacto de la ficción (que es, también, el pacto de la novela), el pacto autobiográfico y el pacto ambiguo que propone la autoficción.

Por otro lado, el programa de formación diferencial para lenguaje y comunicación para tercero y/o cuarto medio fue elaborado antes de los Ajustes, tanto del 2009 como del 2013, por tanto no se articula a través de los ejes de escritura, lectura, comunicación oral e investigación. Por la misma razón, sus aprendizajes esperados son muy generales e

imprecisos, al mismo tiempo, que le dan una importancia mayor a los contenidos tratados. Esta situación, como resulta obvio, produce un desajuste en la progresividad que los aprendizajes esperados tienen a lo largo de los años y una ambigüedad tal donde no queda muy claro que se espera del programa diferencial. Para solucionar dicho desajuste, me propongo reformular los aprendizajes esperados, manteniendo las habilidades requeridas, según la propuesta ministerial, para cuarto medio (programa que tiene el ajuste del 2009) y de esta manera dar continuidad a la progresividad, pero mantener, al mismo tiempo, y en relación con el contenido, los contenidos del programa diferencial.

Tercero, si bien, el programa contempla la producción de textos sobre la identidad lo hacen sin atender lo que antes señalábamos, la importancia del punto de vista dentro de la narrativa de la identidad y las especificidades del formato, en tal sentido, me propongo trabajar la escritura de invención, teniendo como modelo el formato de la autoficciones, al mismo tiempo, que entendemos la escritura como una herramienta de conocimiento de la novela y de manera epistémica, es decir, como constructora de conocimiento sobre las identidades.

Asimismo, una escritura de invención cuyo formato es la autoficción, un territorio literario donde se mezclan elementos de la experiencia biográfica de los autores y de la imaginación, será una experiencia educativa propicia para el cumplimiento de Objetivos Fundamentales Transversales, OFT, como “el conocimiento de sí mismo, a través de la comprensión del tema de la identidad personal y social” (Mineduc, p 5).

Finalmente, los objetivos generales que me propongo desarrollar en esta propuesta son (a) reconocer y comprender el tema de la identidad como un motivo y un espacio de reflexión crítica en la literatura contemporánea, (b) reconocer y comprender la identidad como un entramado complejo, dinámico y situado sometido constantemente a procesos de (re)semantización y (c) identificar y producir obras literarias desde las teorías de la autoficción.

Estado del Arte

El concepto de autoficción, si bien, lleva varias décadas galvanizando los debates críticos (por lo menos, desde los años setenta) tanto fuera como dentro de los espacios académicos y su importancia a la hora de leer las narrativas recientes en el mundo hispanohablante es medular, su transposición a la enseñanza ha sido reciente, por no decir escasa, al menos, en el contexto chileno y latinoamericano. Sin duda, en los próximos años debido a la importancia que está tomando la autoficción tanto en la crítica como en la teoría literaria, como en los plurales procesos de producción creativa, surgirán diversas propuestas de enseñanza de la autoficción, sin embargo, en la actualidad priman las ausencias. Para no ir más lejos, en el contexto chileno no se ha publicado ninguna propuesta de enseñanza de la autoficción y, asimismo, son escasas las propuestas publicadas en español.

Un trabajo interesante al respecto es *La autoficción como teoría y su uso práctico en la enseñanza universitaria de la literatura* de Dóra Faix, académica de la Universidad Eötvös Loránd de Budapest, que elabora una propuesta de enseñanza de la autoficción para cursos de español como segunda lengua para estudiantes húngaros. Si bien, su trabajo presenta varias deficiencias teóricas, como por ejemplo que no se hace cargo de los debates que ha habido en los últimos años sobre el concepto de autoficción y se limita a exponer una breve historicidad del concepto sin definirlo detalladamente, como también presenta lecturas altamente problemáticas y discutibles como cuando señala que el texto *¿Qué es un autor?* (1969), de Michel Foucault “contradice” los planteamientos del texto *La muerte del autor* (1968) de Roland Barthes cuando, en verdad, en lo medular ambos textos están de acuerdo, es decir, en el hecho de clausurar las interpretaciones biográficas de una obra y las podemos leer como propuestas complementarias. Dóra Faix lee la muerte del autor de manera literal, por tanto, ve en la propuesta de Foucault de leer la autoría como una función del discurso como una contradicción a lo planteado por Roland Barthes.

Señalado los repartos que presenta el texto de Dóra Faix tiene la incuestionable virtud de presentar una propuesta para trabajar la autoficción en la enseñanza. Dóra Faix se posiciona desde la didáctica de la literatura, utilizando un enfoque comunicativo que no desdeña las contribuciones de la crítica y la teoría literaria, sino, por el contrario, busca en estos espacios de discusión elementos que enriquezcan su trabajo en didáctica. La propuesta de Dóra Faix plantea cuatro etapas: primero, un trabajo de motivación; segundo, una preparación teórica; tercero, la presentación de ejemplos; y, por último, un ejercicio práctico de interpretación, que puede ser en formato oral o escrito.

Como trabajo de motivación la autora propone generar una actividad donde se evidencie la importancia del autor en el arte contemporáneo. Para eso, propone mostrar fotografías de Spencer Tunick o del programa de televisión Big Brother (el gran hermano) problematizando dichas imágenes con preguntas como “¿Se pueden considerar estas fotografías obras de arte? Si lo son, ¿qué expresan? ¿Cuál pudo ser el objetivo del fotógrafo al realizarlas?” (p. 131). La finalidad de esta actividad sería allanar el camino que permite introducir la reflexión sobre “las apariciones del «autor» en sus ficciones, la tendencia en la literatura actual a la introspección, a la subjetividad, a la cada vez mayor protagonismo del «yo» en los textos.” (p. 132).

Como preparación teórica la autora propone lectura guiadas a través de preguntas de los textos ¿Qué es un autor? (1969) De Michel Foucault, La muerte del autor (1968) de Roland Barthes y, por último, el Pacto Autobiográfico de Philippe Lejeune (1975), que es precisamente el texto que parodia Serge Doubrovsky en Fils (1977), texto que es considerado el punto de partida de la autoficción. Resulta llamativo que no se proponga ningún texto donde se explique qué es la autoficción, sino texto que son antecedentes inequívocos del surgimiento del concepto. En tal sentido, la propuesta de la autora se explica en buena medida porque sus propuesta didáctica está formulada para estudiantes de educación terciaria, que están adquiriendo el español, sin duda, una formulación para la educación secundaria requeriría una transposición didáctica de los contenidos de dichos textos y no solamente una lectura basada en preguntas guiadas.

Como ejemplo prácticos, es decir, la lectura de textos donde los estudiantes puedan reconocer las características de la autoficción. La autora propone leer los libros de Juan Marsé; los trabajos de Enrique Vila-Matas, en particular su libro El mal de Montano (2002); y, por

último, los trabajos de Javier Marías (autor de un texto de carácter teórico sobre el tema «Autobiografía y ficción»), y su novela *Todas las almas* (1989). Asimismo, señala que la lectura de Vila-Matas puede ser enriquecida con las aportaciones de las teorías de la intertextualidad. Como podemos ver, la propuesta de la autora está determinada fuertemente por su formación en el sistema universitario español, ya que sus recomendaciones son una reproducción fiel del canon contemporáneo de la literatura española. No obstante, resulta ser un corpus, que si bien debe ser enriquecido con otras aportaciones con el objetivo de pluralizarlo, cumple el objetivo de diseñar lecturas que contengan las características típicas de las autoficciones.

Finalmente, Dóra Faix como cierre de su propuesta didáctica propone un trabajo de interpretación de un texto, interpretación que debe utilizar en su análisis los contenidos visto de la autoficción, de un texto libre, elegido por los estudiantes aunque el profesor puede ayudarles con algunas sugerencias, Dora Faix recomienda como lecturas posibles Miguel de Unamuno, Ramón María del Valle-Inclán, Camilo José Cela, Antonio Muñoz Molina o Julio Llamazares. El trabajo de interpretación puede ser una presentación oral con diapositivas, un trabajo por escrito o una combinación de ambos donde los estudiantes presentan una exposición oral y luego presenta un trabajo escrito donde incorpora las aportaciones que recibió en su exposición. La autora, como un elemento significativo, señala que en los trabajos prácticos que ella ha realizado, si bien, los estudiantes utilizan los mismos presupuestos teóricos, las interpretaciones están signadas por la pluralidad y, al mismo tiempo, señala que las teorías de la autoficción enriquecen la lecturas ya que ponen la atención de los estudiantes comúnmente sobre temas poco trabajados de una obra.

Ahora bien, la propuesta revisada cierra el proceso didáctico con la interpretación, basada en las teorías de la autoficción, pero no propone un trabajo de escritura. En tal sentido, resulta interesante pensar el lugar de la escritura literaria en la enseñanza de determinados aspectos de la teoría literaria. Un trabajo interesante en este sentido es *Escribir ficciones: un camino hacia la literatura* del académico argentino Sergio Frugoni. Frugoni parte su reflexión señalando que, si bien, la escritura es un tema transversal en la enseñanza, tanto el profesor de biología como de historia trabajan con/sobre la escritura, la escritura se ha vuelto un problema específico de la clase de lenguaje. Sin embargo, al autor no le interesa mayormente, al menos en este texto, el tema de las fronteras curriculares que han encasillado el problema de la escritura en la clase de lengua, sino el “papel de la escritura en la enseñanza de la literatura” (p. 2).

Sergio Frugoni señala que dos dificultades que encontramos para trabajar contenidos de literatura a través de la escritura son, por un lado, la primacía que han tomado ciertos paradigmas lingüístico en la articulación de los diseños curriculares. Estos paradigmas colocaron la centralidad del trabajo sobre/con la escritura en dar cuenta de ciertas clasificaciones y tipologías textuales, haciendo del texto literario un tipo textual más dentro de una gama muchísimo más amplia, lo que significó un trabajo sobre el texto literario desde matrices que no buscaba dar cuenta de las especificidades y la densidad semántica que es propia del texto literario, sino aplicar un modelo que podía ser, o debe ser, aplicado sobre una variedad amplia de tipologías, entre ellas, el texto literario.

Por otro lado, otra dificultad que señala Frugoni es la importancia que todavía tiene en la escuela o, al menos, entre ciertos educadores el extendido pero equivoco mito romántico de la espontaneidad creadora, que piensa que la escritura consiste en liberar una creatividad

innata, y que, por tanto, la escritura no es materia de la reflexión teórica o didáctica. En tal sentido, Frugoni contrapone a las ideas de espontaneidad de la escritura el trabajo de Maite Alvarado y su “gramática de la invención”, que sería para Frugoni

Las antípodas de la espontaneidad creadora. El arte de construir ficciones no depende de una capacidad indecible e imposible de tomar como objeto de reflexión, sino que responde a lógicas particulares. Existe una lógica de la ficción que puede ser parte de la enseñanza y aprendizaje escolar de la literatura, “a través de la lectura y la escritura de textos de ficción”, como señala Alvarado (p.5).

Frugoni propone, siguiendo el trabajo de otros autores, considerar la categoría de escritor experto, como aquel escritor que conoce no solo la situación comunicativa, la finalidad o el público objetivo al cual va dirigido su texto, sino, también, las posibilidades y restricciones genéricas y discursivas del texto. Lo que obliga a poner atención en “la dimensión retórica de la literatura, aquella que le otorga la densidad semántica que la caracteriza y que con frecuencia es olvidada [...] cuando es ella la que exige a los lectores un “trabajo” de interpretación y de mediación por parte del docente” (p.6). Ahora bien, para el autor de los que se trata es de “resignificar la escritura como una herramienta de conocimiento de la literatura sin que esto signifique ahogar a los alumnos con saberes académicos ni atentar contra la supuesta “libertad” de la que gozan en su escritura” (p.4).

Asimismo, Frugoni reivindica la condición epistemológica de la escritura, es decir, que no solo es un medio de comunicación, donde se traspasa o transmite cierto conocimiento, sino que co-construye el conocimiento: “Escribir no es sólo un instrumento de “expresión” o “comunicación” de sentidos o saberes previos, como el sentido común suele afirmar, sino que, por el contrario, el acto de escribir incide decisivamente sobre la producción del

conocimiento” (p.7). Hecho que obliga entender al estudiante no solo como una vasija en la que se deposita el conocimiento sino como un sujeto sociocultural.

Descripción general de la propuesta

Esta propuesta pretende abordar el problema de las identidades a través de la escritura del yo y la lectura crítica de textos literarios donde se aborde las temáticas de la identidad. Para esto, pretendo introducir el concepto de autoficción, concepto que se utiliza para signar obras que articulan un pacto de lectura híbrido y ambiguo donde convergen dos pactos de lectura distintos, por un lado, el pacto de lectura de la autobiografía y sus pretensiones de referencialidad extratextual y veracidad; por otro, el pacto de lectura de la novela, que no busca una comprobación más allá del texto, sino que se articula a través de la verosimilitud. Hoy por hoy el concepto de autoficción es altamente polisémico y está siendo sometido a intensos debates críticos, no obstante, yo lo entenderé aquí como una tipo singular de ficción que articula ilusiones biográficas a través de la ambigüedad entre el autor y el personaje.

El tipo de ficción que representa la autoficción es un instrumento muy apropiado para trabajar las temáticas de las identidades porque articula, a través de las ilusiones biográficas, un punto de vista situado que interroga las identidades colectivas desde una identidad personal. Para abordar este concepto y sus respectivas mediaciones de la identidad realizaremos lecturas críticas de tres novelas chilenas recientes, *Camanchaca* de Diego Zúñiga, *Visa Americana* de Marcelo Ríos y *Formas de volver a casa* de Alejandro Zambra con el objetivo de

reconocer las formas en que opera la autoficción en obras concretas y las maneras en que estas autoficciones problematizan el tema de las identidades. Para que después los estudiantes escriban una autoficción donde problematicen el tema de las identidades.

Si bien, en la propuesta ministerial está presente la producción de textos literarios. Esta producción se enmarca dentro de la presencia de la identidad en distintas formas discursivas donde no se atiende a las singularidades y las densidades semánticas del discurso literario. No es lo mismo que se aborde el tema de la identidad en un texto literario o en un texto ensayístico. Ahora bien, atender esta especificidad requiere, también, incluir en esta propuesta posibilidades didácticas donde se enseñen los pactos de lectura de los textos donde se abordan conflictos identitarios. Para esto, haremos una revisión del pacto de la novela, del pacto autobiográfico y del pacto ambiguo de la autoficción. Asimismo abriremos la propuesta con una reflexión sobre la identidad, su carácter situado y dinámico, para después abordar los diversos pactos de lectura. Por tanto, esta propuesta la podemos escindir en cuatro fases: primero, la identidad y representación; segundo, el pacto de la novela; tercero, el pacto autobiográfico; y, cuarto, el pacto de la autoficción.

Por último, debo señalar que los aprendizajes esperados para la primera fase son los expuestos en el programa de formación diferencial. No obstante, en la segunda, tercera y cuarta fase los aprendizajes esperados han sido creados para esta propuesta teniendo como criterios las habilidades requeridas para cuarto medio (según el ajuste del 2009) y los objetivos de esta propuesta.

En la fase uno, que consistirá en dos clases, abordaremos el concepto de identidad y las maneras en que los problemas de la identidad son representados. Para eso leeremos el texto El concepto de identidad y el documental Seres extravagantes. El aprendizaje esperado de

esta primera fase es (1) **Reconocer** concepciones, aspectos, problemas relativos al tema de la identidad y perspectivas, modos de referencia y representación, formas discursivas y textuales en las que él se manifiesta en distintas situaciones comunicativas. Que como ya señalaba arriba es uno de los aprendizajes esperados señalados en el programa de formación diferencial. Ya también (2) **Comprender, analizar e interpretar** obras cinematográficas que supongan un aporte relevante a la cultura y (3) **Participar** activamente en discusiones (orales) considerando: (a) Pertinencia de lo que se dice, (b) El valor del propio discurso y (c) Su extensión

En la segunda fase, que también consistirá en dos clases, veremos el pacto de lectura de la novela. Leeremos El texto el arte de mentir de Mario Vargas Llosa, texto en el cual el autor, de manera lúdica, señala cuales son las características de la ficción y, también, el cuento Pierre Menard, autor del Quijote, de Jorge Luis Borges texto en el cual los estudiantes deberán reconocer las características antes vistas. Los aprendizajes esperados para esta fase son (1) **Identificar, definir y comparar** las características típicas de los textos de ficción: (a) La noción de verosimilitud (b) El pacto de lectura de la ficción (la extrareferencialidad de los hechos) (c) El tiempo del relato (o novelesco) como una disposición o composición artística (2) **Analizar e interpretar** textos literarios: (a) Considerando la manera que articulan o que proponen un pacto de lectura y la verosimilitud. (b) Reflexionando críticamente sobre la (auto)reflexión que contienen sobre la naturaleza de la ficción (c) Considerando las intertextualidades presentes y, por último, (3) **Producir un texto** para expresar una interpretación de la obra leída.

La tercera fase, durará dos clases también, y veremos en ellas el pacto autobiográfico. En esta fase leeremos un fragmento de la autobiografía de Mahatma Gandhi y los estudiantes

escribirán una autobiografía. Los aprendizajes esperados son (1) **Identificar, definir y comparar** las características típicas de los textos autobiográficos: (a) Coincidencia nominal y referencial entre autor, narrador y personaje (b) Pacto autobiográfico y Autoría como marca textual de una realidad extratextual indudable. (c) Autoría (d) Construcción enunciativa del yo y (2) **Escribir** textos autobiográficos siguiendo sus características temáticas, de lenguaje, de situación de autoría y de posición del narrador

Por último, en la cuarta fase, que se extenderá por seis clases, veremos el pacto ambiguo de la autoficción. Donde los estudiantes leerán fragmentos de las novelas Camanchaca de Diego Zúñiga y American Visa de Marcelo Ríos y Formas de Volver a Casa de manera completa. Asimismo tendrán que escribir una autoficción a través de un trabajo de escritura por consignas. Los aprendizajes esperados son (1) **Identificar, definir y comparar** las características típicas de la autoficción: (a) Considerando las características de la coincidencia nominal entre autor, narrador y personaje. (b) La referencialidad parcial, centrando dicha referencialidad, en la autoría. (c) La construcción del efecto autoficcional (d) La imagen de autoría. (2) **Analizar e interpretar** textos literarios: (a) Considerando las características típicas de la autoficción, en particular, las maneras en que articula el efecto autoficcional. (3) **Reconocer** concepciones, aspectos, y problemas relativos al tema de la identidad. (4) **Producir** un discurso en situación de comunicación pública dentro del aula, teniendo en cuenta: (a) La hipótesis y los argumentos que la sostienen (5) **Evalúan** los textos leídos considerando: (a) Temas y problemas de la autoficción. Y (b) Temas y problemas de la identidad (6) **Escribir** textos de autoficción donde se aborden problemas relativos al tema de la identidad a partir de consignas de escritura (7) **Revisar y reescribir** sus textos para asegurar su coherencia y cohesión.

Contextualización de la planificación

Contextualización de la institución

El colegio Winterhill de Viña del Mar, nació a la vida educacional en el 1975 y fue fundado por la señora María Isabel Rubio Lacalle. El colegio surge a partir de un taller psicopedagógico de propiedad de la fundadora, la cual afectada por los cambios introducidos por el gobierno militar de 1973 en el área educacional, genera un proyecto pedagógico que busca rescatar los logros democratizadores del sistema educacional chileno, que permita educar en “libertad” y que fuese una fuente de trabajo para los profesores perseguidos por el gobierno militar.

El establecimiento ubicado en el pasaje Anwandter N 31, calle Von Schroeder de Viña del Mar, es de dependencia particular subvencionado, mixto y atiende a tres modalidades del sistema educacional: educación parvularia, educación general básica y educación media científica humanista. Por otro lado, su director es Gustavo González Valdez y su sostenedor la Sociedad Educacional Winterhill S.A.

El área en la que está inserto el colegio es urbana, cabe destacar que la ubicación del establecimiento resulta privilegiada, ya que está alejada del centro turístico y comercial de Viña del Mar. El tamaño del establecimiento responde a dos ejes: una casona para los alumnos de educación media (1° a 4°) y un edificio, construido en el año 2004, que está destinado para los alumnos del nivel párvulo y enseñanza básica (1° a 8°).

La comunidad a la que atiende el establecimiento en cuestión corresponde a la clase media y clase media acomodada, puesto que los costos estimados del pago de matrícula y mensualidad dan cuenta de ello (50.000 a 100.000). Además, el colegio se define como laico y respetuoso de la diversidad de sus alumnos, por lo tanto el ingreso de jóvenes a esta comunidad estudiantil resulta coherente con esta visión integradora de aceptación.

En cuanto a lo anteriormente nombrado, en mi proceso de observación pude dar cuenta de la heterogeneidad de personas que estudian en el colegio Winterhill, en él estudian jóvenes tanto de clase media como jóvenes con situación económica acomodada. Del mismo modo, coexisten alumnos con una variedad ideológica, variedad de caracteres, atendiendo al perfil anti homogeneizador del pensamiento Winterhilliano.

Contextualización del curso

El grupo curso del Cuarto año Medio A consta de 31 alumnos; 12 mujeres y 19 hombres, los que poseen un rango de edad que varía entre 17 y 18 años. En el marco de las NEE no se evidencian alumnos con precisión de ayudas y recursos adicionales en ningún ámbito, sin embargo, cabe destacar que dentro del curso existe una alumna con situación de repitencia, pero cuyo caso ya está tratado por el cuerpo de docente y por la misma joven (NEE transitoria).

Elementos a considerar del alumnado. En primer lugar, el rendimiento general del curso es bueno, en tanto los jóvenes poseen grandes capacidades intelectuales, que muchas veces no son aprovechadas y potenciadas del todo por el cuerpo docente. En cuanto al rendimiento particular, existen alumnos bastante aventajados, que poseen un nivel de comprensión textual y de escritura bastante elevado si lo comparamos con la media del curso.

Los alumnos del Cuarto A son curiosos, por lo tanto aprenden aún más cuando el profesor les entrega información novedosa, relacionándola con los contenidos. De este modo, siempre están ávidos por saber y enterarse de datos interesantes y contingentes, lo cual llama mucho la atención.

A nivel más particular, es posible subdividir el grupo en dos lineamientos de comportamiento. Existen alumnos bastante callados, que no realizan mayor disturbio en el aula, puesto que prestan atención a las clases y realizan las actividades. Este tipo de alumnos, por lo general se acercaban al docente para realizar preguntas o plantearnos sus posturas y reflexiones ante los temas tratados. En concordancia con ello, se puede plantear que el estilo de aprendizaje de este tipo de jóvenes es reflexivo, en tanto son observadores y analizan la información antes de llegar a una conclusión o antes de realizar algún tipo de intervención. Por otro lado, están los alumnos más revoltosos, a quienes les cuesta bastante mantener silencio mientras el docente habla, pero que no por ello dejan de captar la información, de hecho, estos chicos son quienes más participan activamente de las clases. Se desprende, por lo tanto, que sus estilos de aprendizajes sean de enfoque activo y pragmático, ya que ponen en práctica inmediatamente lo que escuchan y aprenden, además de realizar actividades adoptando un papel activo continuamente.

Si bien existen una gran variedad de motivaciones dentro del Cuarto A, porque no todos están interesados completamente en el ramo de Lenguaje y Comunicación, los alumnos son bastante receptivos a pesar de que no posean las mejores habilidades ni sea su asignatura favorita. En muchos casos lo que más les motiva es leer los libros propuestos por el docente o bien ver películas, ya que esta es una modalidad que en muchas ocasiones utiliza el profesor como mecanismo motivador e innovador para captar la atención de sus alumnos.

Marco teórico

Identidad

El programa de formación diferencial para el área de lenguaje y comunicación de tercero y/o cuarto medio aborda el tema de la identidad y las mediaciones que realiza la literatura y otras formas discursivas sobre esta temática en tres dimensiones distintas: la identidad personal, social y cultural. En tal sentido, el programa se divide en dos unidades. En una se busca reflexionar sobre cómo se expresa el problema de la identidad en distintos formatos discursivos, literarios o no, vinculando esto con las experiencias de los estudiantes; y en la otra unidad, en cambio, se busca reflexionar sobre cómo la literatura ha abordado el tema de la identidad en distintas épocas y sobre cómo el arte es un medio de expresión de la identidad.

En la propuesta de trabajo ministerial no se define minuciosamente lo que se entiende por identidad (ni por sus subcategorías: identidad personal, social y cultural), sin embargo, sí se exhibe en su hilvanado la existencia de una conceptualización de la identidad como una esencia que estaría más allá del texto y que sería recogida o evidenciada a través de los distintos formatos discursivos. Debido a que me propongo que los estudiantes puedan construir textos sobre la identidad es importante aquí marcar una diferencia con el programa de formación diferencial. No entenderé la identidad como una esencia o subjetividad originaria que los textos literarios o no literarios recogen con mayor o menor acierto sino como un discurso o, más bien, como una narrativa que se co-construye en el acto de escritura. Es decir, me propongo que los estudiantes, en tanto sujetos políticos y socioculturales, no

hagan del acto de escritura de un texto identitario un rastreo de cuño metafísico sobre una hipotética subjetividad originaria sino, por el contrario, un acto de intervención, de (re)significación, de las tramas y urdimbres que constituyen lo personal y lo colectivo con la intención, siguiendo a Homi Bhabha

De pensar más allá de las narrativas de las subjetividades originarias e iniciales, y concentrarse en esos momentos o procesos que se producen en la articulación de las diferencias culturales. Estos espacios "entre-medio" [in-between) proveen el terreno para elaborar estrategias de identidad [selfhood) (singular o comunitaria) que inician nuevos signos de identidad, y sitios innovadores de colaboración y cuestionamiento, en el acto de definir la idea misma de sociedad (1994, p. 18).

Por cierto, no reduciré aquí el concepto de diferencia a la clásica nomenclatura de género-clase-raza sino que entenderé “la diferencia cultural como la producción de identidades minoritarias que "se resquebrajan" (se autoenajenan) en el acto de ser articuladas en un cuerpo colectivo” (Bhabha, 1994, p. 19). Por lo tanto, lo que nos interesa aquí es articular un proceso de escritura del yo donde la temática de la identidad es tratada desde una singularidad situada que interroga e interviene lo común como parte de un proceso crítico de inserción de lo personal en lo colectivo. Para dicho propósito el concepto de autoficción se vuelve singularmente productivo como herramienta de producción creativa.

Ahora bien, habiendo señalado que la identidad no puede, o no debe, ser entendida como una construcción ahistórica, que se remite a la representación de una hipotética subjetividad originaria, es decir, un modo ser y de estar prefijo (y, por tanto, pétreo e inmodificable) en el mundo. Como plantea el texto El concepto de identidad, elaborado por la Secretaría de Estado para la Cooperación al Desarrollo de Bélgica, la identidad es “un sistema de símbolos

y de valores que permite afrontar diferentes situaciones cotidianas” (p.2). Este sistema de símbolos y valores dibuja una cartografía socio-cognitiva que delimita y traza los modos de pensar, de percibir y sentir, los entramados afectivos y los universos referenciales con los cuales los individuos regulan y valoran sus acciones y las de otros en el mundo. Ahora bien, como señala el texto ya citado, la identidad es dinámica y, por tanto, cambiante. Por lo mismo, no hay que confundir “la identidad con lo que, en una persona, es inmutable” (p.3).

Nuestras cartografías socio-cognitivas van cambiando según cambian, también, nuestros contextos de históricos y sociales, nuestras relaciones con nuestro entorno familiar y afectivo. Esto es particularmente cierto, en el contexto actual, donde todo se ha vuelto líquido y vaporoso. Vivimos un momento histórico signado por las arrolladoras transformaciones e incertidumbres que han impuesto el vertiginoso desarrollo tecnológico y la globalización, que han cambiado, incluso, nuestra formas de relacionarnos con las temporalidades y territorialidades, que eran piezas claves en cualquier proceso de construcción identitaria. Si bien, la identidad siempre ha sido dinámica, en la contemporaneidad su dinamismo se ha radicalizado. Los viejos modelos que orientaban nuestras maneras de ser y nuestros horizontes de expectativas, hoy, se vuelven caducos con una velocidad sorprendente. Nunca tuvo tanto sentido la vieja, y tantas veces citada, frase del Manifiesto comunista (1848) de Karl Marx: “Todo lo sólido se desvanece en el aire; todo lo sagrado es profano”.

Asimismo, la identidad no es solo dinámica sino, también, dialéctica. Se hilvana en nuestra relación el Otro. Como señala el texto, El concepto de identidad, “La construcción de la identidad no es un trabajo solitario e individual. Se modifica en el encuentro con el Otro, cuya mirada tiene un efecto sobre ella” (p.3). La identidad cumple, básicamente, dos propósitos; por una lado, permite al sujeto construir una imagen de sí mismo; por otro lado,

permite al sujeto adaptarse a su entorno y sus circunstancias desde un lugar personal. Es por esto que es importante, siguiendo la argumentación del texto *El concepto de identidad* trabajar sobre las estrategias identificativas. Una estrategia identificativa es la coherencia simple, que consiste en identificarse con una cultura y desdeñar o despreciar las otras, este sería el caso, por ejemplo, de los emigrantes que para adaptarse a la nueva cultura donde viven desarrollan un veloz proceso de asimilación y aculturación, negando u ocultando la cultura propia y asumiendo completamente la ajena. Otra estrategia es la coherencia compleja donde los procesos de identificación combinan elementos de las culturas sin jerarquizar una sobre otra. Una enseñanza multicultural, respetuosa y promotora de la pluralidad y la heterogeneidad, debería poner en valor las estrategias de identificación signadas como coherencia compleja.

Autoficción

La autoficción es un concepto que se utiliza para signar obras que articulan un pacto de lectura híbrido y ambiguo donde convergen dos pactos de lectura distintos, por un lado, el pacto de lectura de la autobiografía y sus pretensiones de referencialidad extratextual y veracidad; por otro, el pacto de lectura de la novela, que no busca una comprobación más allá del texto, sino que se articula a través de la verosimilitud. “es precisamente este cruce de géneros lo que configura un espacio narrativo de perfiles contradictorios, pues transgrede o al menos contraviene por igual el principio de distanciamiento de autor y personaje que rige el pacto novelesco y el principio de veracidad del pacto autobiográfico” (Alberca, p.6). Para el crítico español Manuel Abarca la autoficción es un pacto ambiguo en el cual se produce “un choque de pactos antitéticos, que desencadena la perplejidad y ambigüedad al no saber en principio a qué pacto de los dos debemos atender” (p.6).

En la contraportada del libro *Fils* de Serge Doubrovsky, publicada en 1977, en Francia encontramos lo siguiente: “¿Autobiografía? no. Ficción de acontecimientos y de hechos estrictamente reales. Si se quiere, autoficción, por haber confiado el lenguaje de una aventura a la aventura del lenguaje” (Faix, p. 127). En este breve fragmento encontramos el debut en sociedad del espinoso y problemático concepto de autoficción. Un dato interesante es que el texto de Serge Doubrovsky es la respuesta al canónico *Le pacte autobiographique* de Philippe Lejeune donde, siguiendo a Jorgelina Corbatta,

Distinguía entre pacto novelesco y pacto autobiográfico señalando como elemento distintivo del segundo la identidad del nombre del autor y del personaje: un autor vuelto sobre sí mismo en un proceso de introspección verídica, capaz de darnos la historia de sus pensamientos, hechos y gestos mediante la elaboración de un relato auténtico de su propia vida (p.2).

Por tanto, lo que hace Serge Doubrovsky –y signa como autoficción- es proponernos una narración ficticia utilizando las características, que según Philippe Lejeune, definían el pacto autobiográfico. Esto se logra a través de una coincidencia nominal entre autor y personaje/narrador, articulando un “personaje autor” y confundiendo, deliberadamente, persona y personaje, e “insinuando paradójicamente que este es y no es el autor” (Musitano, 5). Lo interesante es que “el autor ha renacido, luego de proclamada su muerte, no sin contradicciones, como sujeto autobiográfico” (Musitano, 5). Ahora bien, como veremos más adelante, la autoficción se inscribe dentro de la muerte del autor, ya que lo que se restituye no es el autor, en tanto éste sujeto localizable en un hipotético más allá del texto, sino, por el contrario, lo que se articula es “una imagen de autoría” a partir de las marcas textuales presentes en la propia obra.

Si bien, Serge Doubrovsky tiene la virtud de haberle colocado el nombre a una determinada práctica literaria, ésta –temporalmente- precede por mucho su conceptualización, sin ir muy lejos, con el término autoficción podríamos rotular un conjunto de obras que son previas a su formulación como pueden ser, entre muchos otros, algunos cuentos de Borges –por ejemplo, El Aleph o El otro – o el texto de José María Arguedas, El zorro de arriba y el zorro de abajo (1971)¹. El concepto de autoficción más que una propuesta rupturista, es la conceptualización de una práctica creativa de larga data. Asimismo, es importante señalar que la introducción de este neologismo coincide, como lo señala Manuel Abarca, con “un acuerdo general sobre la confusión e hibridación de los géneros en la literatura actual” (p.6). Y, también, encuentra ecos en la crítica contemporánea a la noción de verdad cerrada, en el giro subjetivista de las artes en general y en el deseo de construir “una imagen ambigua e inestable entre realidad y ficción, entre literatura y vida” (Musitano, p. 4). Con la intención de diluir –o, al menos, problematizar/tensar- las fronteras que demarcaban el discurso histórico y ficticio.

Desde su irrupción el concepto de autoficción ha generado una multiplicidad de debates críticos que ha versado mayoritariamente en si debe ser considerado un nuevo género literario, un tipo de novela o, por el contrario, un tipo de autobiografía. En esta propuesta didáctica tomaremos distancia de las categorías tradicionales y no entendamos la autoficción como una categoría genérica sino como un efecto, por tanto, no entenderé la autoficción como un “nuevo género” que se define y constituye a partir de una mezcla o amalgama entre los elementos de una supuesta realidad extratextual –lo biográfico- y la ficción –lo novelesco- sino como un “efecto de ficción”. Entender la autoficción como un género en el cual se van yuxtaponiendo la ficción y la biografía, la literatura y la vida, nos tendría que llevar a

dilucidar qué elementos de la novela son de la vida o cuáles de la imaginación del autor. Por tanto, de algún modo distinto por cierto, reeditaríamos la figura del autor que, primero, Roland Barthes y, después, Michel Foucault habían clausurado, viéndonos obligado a entrar en ese espinoso y poco productivo camino donde la intencionalidad del autor es la clave de lectura o el enigma a resolver, en este caso, la vida o cómo lo vivió. Por el contrario, debemos tomar el camino de la pluralidad irreductible donde el origen y sentido de las múltiples escrituras es el lenguaje mismo, no para entregarnos al esteticismo que lee el texto en su inmanencia, como de algún modo lo plantearon los formalistas rusos, sino para buscar los derroteros y los vínculos entre texto y (con)texto, pero desde el lenguaje mismo, entendiendo al autor como una función del discurso, como lo señalara Michel Foucault.

Ahora bien, rechazando el componente biográfico que subyace en la conceptualización tradicional de la autoficción ¿Por qué seguir poniendo en circulación este concepto? O ¿Cuál sería su especificidad? Despejado de lado el elemento autobiográfico, en mi propuesta, la autoficción se vuelve un tipo de ficción en la cual se articula un efecto específico, este efecto consiste en articular, a partir de los juegos y las problematizaciones de la “imagen de autoría” –biográfica o no, da igual- y sus vínculos con los personajes de la narración, una “ilusión biográfica” que es impórtate a la hora de interpretar los sentidos de la novela. Por tanto, no es que en la autoficción un autor mezcle, de manera deliberada o no, lo hipotética realidad con lo imaginario, sino que a través de gestos, pequeñas señales y marcas va montando una ilusión biográfica que se estructura a partir de cruces y junturas entre el personaje/narrador y la imagen de autoría, este juego puede ser a veces ambiguo, a veces diáfano, sin embargo, la ambigüedad y la incertidumbre suele ser la regla de la autoficciones más interesantes, la perenne posibilidad de que sea como que no sea, en una indeterminación que perfectamente

puede quedar inconclusa. Manuel Abarca señala que “la vacilación interpretativa no puede ser infinita, pues al lector le gusta resolver finalmente esa indeterminación de leerlo como novela o como autobiografía, es decir, como un relato ficticio o un relato real” (6/7), según Abarca, en algún momento de la lectura, el lector decidirá leer la autoficción como “un relato autobiográfico bajo la denominación de novela, o puede simular que una novela parezca una autobiografía sin serlo.”(7). La lectura de Abarca, demasiado encasillada en las cartografías genéricas, clausura, bajo el menesteroso argumento del supuesto gusto del lector, la posibilidad de que la ambigüedad llegue hasta lo inconcluso. En mi conceptualización de la autoficción lo inconcluso es completamente factible porque la autoficción no es ése ir y venir entre dos pactos sino las intersecciones y los cruces, continuos y/o discontinuos, entre la imagen de autoría y el personaje/narrador, cruces que producen, lo que arriba llamábamos, “ilusiones biográficas”. Es decir, en la lectura de la obra puede ser que la imagen de autoría coincida exactamente con el personaje, despejando la duda, pero también está la posibilidad que esa coincidencia sea momentánea, que en un momento se niegue y en otro se afirme, dejando el vínculo en una zona de indeterminación. Lo importante de este juego de intersecciones es que los vínculos, precarios o sólidos, sutiles o diáfanos, se den entre la imagen de autoría y el personaje que narra, si el vínculo es con otro personaje, ya no estaremos ante una autoficción, porque lo que importa es que las “ilusiones biográficas” afecten el punto de vista de quien cuenta la historia.

Asimismo, y asumiendo el riesgo de articular un concepto demasiado laxo, sostengo que el efecto autoficcional no solo se logra a través de la manera tradicional en que lo ha señalado la crítica, es decir, cuando se produce una coincidencia, palmo a palmo, entre el nombre del autor y el nombre del personaje/narrador. Es posible, perfectamente, que los vínculos entre

la imagen de autoría y los personajes de la historia sean más sutiles e indeterminados. Llegados hasta este punto hay que aclarar que la imagen de autoría, se articula no solamente con la información depositada en la narración, sino, también, con la información o construcciones depositadas en otros textos, en los paratextos de la novela o, sencillamente, en el espacio público. Por ejemplo, si en la contraportada de un libro se nos dice que el autor estudió periodismo en la Universidad Católica y en la narración el personaje/narrador es un estudiante innominado de periodismo en la misma universidad o en una universidad innominada o ficticia también estamos ante una autoficción, aunque los vínculos entre la imagen de autoría y el personaje/narrador son más oblicuos que la coincidencia nominal; o, por poner otro ejemplo, supongamos que en el libro viene incluida una pequeña reseña donde se nos dice que el autor nació en Valparaíso y debido a su militancia estuvo varios años preso durante la dictadura, y en la historia nos encontramos con un personaje innominado oriundo de Valparaíso y detenido en una cárcel dictatorial. Aquí también podemos hablar de autoficción, caso más complejos son cuando las coincidencias entre imagen de autoría y personajes son desmentidas por el nombre del personaje, sin embargo, aún en estos casos la lectura autoficcional no es descartable, ya que existe la posibilidad de un juego interpretativo en el plano nominativo. No es mi intención, por supuesto, fijar aquí las normas que hacen que una obra determinada sea una autoficción, no se trata de reglas, no podríamos hablar de reglas fijas cuando hablamos de obras que deliberadamente buscan jugar con la ambigüedad, pero sí me interesa trazar un principio que define lo autoficcional: el juego, a veces oblicuo a veces diáfano, que traza intersecciones y vínculos que buscan homologar la imagen de autoría y el personaje/narrador.

En este trabajo leeremos la autoficción como una forma narrativa, que de manera preferente, abre una posibilidad ético/estética de articular, desde la literatura, un punto de vista situado donde se desarrolla lo que Donna Haraway llama la “objetividad feminista”. Ahora bien, ni el yo situado ni el despliegue de una objetividad feminista son lo que definen a la autoficción. Lo que define a la autoficción son las características que desarrollamos arriba, sin embargo, este tipo de ficción/escritura se vuelve un tipo de narrativa privilegiada para lograr la situacionalidad que requiere la objetividad feminista. Donna Haraway criticando el relativismo, ya que, según ella, éste sería “una manera de no estar en ningún sitio mientras se pretende igualmente estar en todas partes” (329) esboza el concepto de objetividad feminista y la define de la siguiente manera: “la objetividad feminista trata de la localización limitada y del conocimiento situado, no de la trascendencia y el desdoblamiento del sujeto y el objeto. Caso de lograrlo, podremos aprender del objeto y de cómo miramos” (327). Para Haraway es “en la política y en la epistemología de las búsquedas parciales donde se encuentra la posibilidad de una búsqueda objetiva” (329). Haraway remarca, insistentemente en su texto, que lo importante de la situacionalidad es el punto de vista, lo que miramos, pero también cómo miramos, por tanto, la autoreflexión sobre cómo se mira. La situacionalidad implica, necesariamente, la figura del yo.

La autoficción es un marco de posibilidad preferente para la articulación ficcional de un yo situado que posibilita y se define por las búsquedas parciales. Ahora bien, ¿Por qué el yo situado sería una propiedad preferente de la autoficción y no de cualquier relato en primera persona? La respuesta a esta pregunta hay que buscarla en las ilusiones biográficas que se articulan a través de la yuxtaposición u la homologación entre el personaje/narrador –el punto de vista- y la imagen de autoría. Una narración en primera persona, atravesada por estas

ilusiones biográficas, imposibilita, en mi opinión, una lectura en clave alegórica en la cual el yo deviene en un nosotros o en un ellos. Los vínculos entre el yo y la imagen de autoría circunscriben las posibilidades de la representación. Lo que, a su vez, clausura un itinerario ficcional en el que se quiere –o puede leerse como un- representar a otros o dar cuenta de una cierta identidad colectiva –como, por ejemplo, una hipotética latinoamericanidad-, en las autoficciones las búsquedas siempre son parciales. Esto, por supuesto, no es una despolitización de la narrativa, o un ensimismamiento onanista, sino muy por el contrario, cerrada la posibilidad de representar a otros, lo que se abre es un diálogo crítico con el otro, a través de un yo parcial e inacabado que “es capaz de unirse a otro, de ver junto al otro sin pretender ser el otro” (Haraway, 329). Por tanto, se vuelve en una excelente herramienta de reflexión crítica sobre las identidades personales y sus vínculos e intersecciones con las identidades colectivas, culturales o sociales.

Asimismo, las obras que me propongo trabajar a lo largo de las clases –Formas de volver a casa, La vida privada de los árboles, Bonsái de Alejandro Zambra, Camanchaca de Diego Zúñiga y, por último, Visa americana de Marcelo Ríos- además de articular efectos autoficcionales son obras que pueden ser leídas desde las claves explicativas de la novela de formación o Bildungsroman. Vale la pena recordar que el programa de educación diferencial propone trabajar para el tema de identidad, precisamente, las novelas de formación, ya que en este tipo de novela los problemas de identidad son más evidentes. Por tanto, en la selección del corpus de este trabajo, los textos tendrán la doble función de ser autoficciones y novelas de formación. Sobre el Bildungsroman Mijaíl Bajtín, en su texto La novela de educación y su importancia en la historia del realismo, señala que su valor descansa en que “el desarrollo humano se concibe en una relación indisoluble con el devenir histórico” (p. 214). A

diferencia de la novelas de formación anteriores donde la transformación del protagonista era un cambio de índole biográfico en un mundo donde todo permanecía estático, en el Bildungsroman “el desarrollo del hombre tiene un carácter diferente [...] el hombre se transforma junto al mundo, refleja en sí el desarrollo histórico del mundo”.

Por otra parte, Georg Lukács, en *La teoría de la novela*, nos plantea que el Bildungsroman da cuenta de la negociación que se da entre un yo y el mundo. La característica de esta novela, según Lukács, reside en que “el tipo de personalidad y la estructura de la trama están determinados por la condición necesaria de que una reconciliación entre interioridad y realidad, aunque problemática, es de todas formas posible” (p.130). En este “reconocimiento de la discordancia entre la interioridad y el mundo” (p.134) reside, según Lukács, el carácter pedagógico de este tipo de novela. Ahora bien, la formación del protagonista o héroe de la novela conlleva, también, otra formación, la del lector, que “aprende” que el colapso de los ideales del héroe no es un fracaso total sino que el reconocimiento de la discordancia dada entre lo individual y lo colectivo.

Verosimilitud

En uno de los pasajes más famosos del libro *la República* de Platón el autor afirma que los poetas mienten, y, en consecuencia, llama a expulsarlos de la república por mentirosos. La afirmación de Platón, sin duda, es fascinante y es recordada y reinterpretada a menudo cuando se reflexiona sobre literatura. El desdén con el cual Platón trata a los poetas reside en su división entre el mundo de la ideas y de los fenómenos, siendo el segundo una imitación del primero, es decir, construimos algo en virtud de la idea que tenemos de ese algo que construimos. El trabajo de los poetas es desdeñado por Platón porque ellos imitaría algo que ya es en sí mismo una imitación, la imitación de la imitación tendría un escaso valor para el

filósofo. Aristóteles en la Poética, en cambio, al no trazar una línea divisoria entre el mundo fenomenológico y el mundo de las ideal, en la cual los fenómenos serían una imitación de las ideas, sino, por el contrario, para Aristóteles el fenómeno sería la realización de la idea y no su imitación, sostiene un mirada más valorativa del fenómeno literario.

Sin embargo, su propuesta mantiene ciertas similitudes a la platónica, ya que entiende también el fenómeno literario como una imitación de la naturaleza, un trabajo de mimesis, donde la imitación de los fenómenos de la naturaleza es más libre, ya que no tiene por qué ser una imitación de hito a hito de la realidad. Ahora bien, este trabajo, para Aristóteles tiene que tener dos características. Primero, la pretensión de universalidad, es decir, que la historia que se nos cuenta no sea un caso anecdótico o individual sino que pueda ser universalizado. Segundo, la exigencia de verisimilitud, es decir, que los hechos de la obra guarden entre sí un orden lógico, que los hagan verosímil en el universo de la obra, aunque contradigan las lógicas de la naturaleza. En tal sentido, Aristóteles incluso llega a plantear que es mejor para la trama de una obra el imposible verosímil, o sea, algo que es completamente irrealizable en el orden de la naturaleza, pero que sigue las lógicas y causalidades del orden de la obra, al posible inverosímil, es decir, algo que calza con las lógicas del mundo de la naturaleza, pero no con las lógicas y causalidades de la historia contada.

Kurt Spang, en su texto *Mimesis, ficción y verisimilitud* (1984) en la creación literaria, señala que la mimesis “nunca es reproducción y reflejo servil de la realidad, sino representación de circunstancias individuales (ficticias o no) en la que se resalta la significación y validez universal” (p. 157). En cambio, la ficción “es un proceso inventivo que al igual que la mimesis no puede prescindir de la realidad, sólo que utiliza sus elementos de una forma más libre” (p. 158). Además no posee la pretensión universalista de la mimesis

aristotélica. En ambos casos, tanto en la mimesis como en la ficción, el elemento regulador es la verosimilitud, es decir, la existencia de un orden lógico y causal, que si bien no es coherente con las lógicas de la realidad referencial, si guarda una coherencia en el universo creado de la obra. En tal sentido, Kurt Spang define la verosimilitud de la siguiente manera:

no designa [...] otra forma de creación de realidades literarias, sino una especie de regulador, de medida más o menos severa según la época en la que se aplica, ideada en su origen para mantener el difícil equilibrio entre la realidad literaria y extraordinaria, entre imitación e invención [...]¿Qué decide lo verosímil o inverosímil? Es ante todo la experiencia común, lo que sucede habitualmente, lo que parece creíble (p. 158).

La ficción, si bien, puede señalarse que siempre ha estado presente en la creación literaria, su conceptualización moderna tiene sus orígenes en el romanticismo, cuando los artistas reclaman una libertad creativa desvinculada de la realidad y ponen en valor la individualidad como límite e inicio de la creación artística. Eso sí, la ficción tiene su momento de mayor importancia con el advenimiento de las vanguardias artísticas, al punto de ser desbordada. Este desbordamiento, según Kurt Spang, hay que situarlo en el teatro del absurdo, ya que rechaza las exigencias impuestas por la verosimilitud, sin embargo, para Kurt Spang aun rechazando las reglamentaciones de la verosimilitud, no logra romper del todo su vínculo con el universo referencial porque “la descomposición presupone el orden, sin el cual sería incomensurable” (p. 159).

Parte III

Secuencia didáctica

Sesión	Aprendizajes esperados	Objetivos de la clase	Contenidos	Actividades	Materiales	Evaluación
1	Reconocer concepciones, aspectos, problemas relativos al tema de la identidad y perspectivas, modos de referencia y representación, formas discursivas y textuales en las que él se manifiesta en distintas situaciones comunicativas.	Comprenden críticamente el concepto de identidad	<p>Conceptuales</p> <p>Identidad</p> <p>Estrategias identificativas</p> <p>Procedimental</p> <p>Leer y analizar textos expositivos.</p> <p>Fundamentar opiniones y planteamientos sobre el concepto de identidad.</p> <p>Actitudinal</p> <p>Conocimiento de sí mismo, sus singularidades y potencialidades</p>	<p>Inicio</p> <p>El profesor escribe en la pizarra y enuncia el objetivo de la clase</p> <p>Activación de conocimientos previos preguntándoles a los estudiantes ¿Qué entienden por identidad?</p> <p>Retroalimentación de las respuesta de los estudiantes, pidiéndole a los estudiantes que basados en su propia experiencia, busquen algún conflicto identitario que hayan vivido.</p> <p>Desarrollo</p> <p>Desarrollo de la guía 1, que incluye el texto <i>El concepto de identidad</i>.</p> <p>Lectura de la guía</p> <p>Enuncia y explica las preguntas de la guía: (A) ¿Por qué el</p>	<p>Pizarra</p> <p>Plumón</p> <p>Computador</p> <p>Proyector</p> <p>Una fotocopia por alumno de la guía 1, que incluye el texto <i>El concepto de identidad</i>. Texto elaborado por la Secretaría de Estado para la Cooperación al Desarrollo de Bélgica</p>	<p>Evaluación de diagnóstico a través de la pregunta que activa los conocimientos previos</p> <p>Evaluación formativa a través del desarrollo del cuestionario</p>

				<p>concepto de identidad ha tomado tanta relevancia en las últimas décadas? (B) ¿Por qué podemos afirmar que la identidad no es un sistema de símbolos y valores estable o inmodificable en el tiempo? (C) ¿Cuál es la importancia del Otro en la construcción de la identidad? (D) ¿Cuáles son las funciones de la identidad? (E) ¿Qué te parecen las estrategias identificativas?</p> <p>Una vez que los estudiantes terminen la guía, el profesor en conjunto con el grupo curso, irá comentado cada pregunta.</p> <p>Finalmente, el profesor explicará brevemente cuando hay un conflicto identitario de una obra de arte, literatura o cine y cuáles son sus características a través de una exposición.</p> <p>Cierre</p>		
--	--	--	--	---	--	--

				El profesor resume los contenidos visto en la clase y anuncia la actividad de la próxima clase.		
--	--	--	--	---	--	--

Sesión	Aprendizajes esperados	Objetivos de la clase	Contenidos	Actividades	Materiales	Evaluación
2	<p>Reconocer concepciones, aspectos, problemas relativos al tema de la identidad y perspectivas, modos de referencia y representación, formas discursivas y textuales en las que él se manifiesta en distintas situaciones comunicativas.</p> <p>Comprender, analizar e interpretar obras cinematográficas que supongan un aporte relevante a la cultura</p> <p>Participar activamente en discusiones (orales):</p> <p>Pertinencia de lo que se dice</p>	reconocen cuándo una obra literaria u otro tipo de texto aborda un problema identitario	<p>Conceptuales</p> <p>Identidad</p> <p>Estrategias identificativas</p> <p>Procedimentales</p> <p>Ver y analizar el texto cinematográfico</p> <p>Fundamentar opiniones y planteamientos sobre el concepto de identidad</p> <p>Actitudinal</p> <p>Respetar y valorar las ideas distintas de las propias, reconociendo el diálogo como fuente</p>	<p>Inicio</p> <p>Escribir en la pizarra y enunciar el objetivo de la clase</p> <p>Retroalimentación de la clase anterior.</p> <p>Pedirle a los estudiantes que formen grupos de 3 o 4 personas</p> <p>Desarrollo</p> <p>Entregar las indicaciones de la actividad: (1) ver el documental (2) elaborar una exposición oral siguiendo las preguntas guía (3) contrastar la elaboración propia con las exposiciones de otros grupos</p> <p>Ver el documental Seres extravagantes de Manuel Zayas.</p>	<p>Computador</p> <p>Proyector</p> <p>Documental seres extravagantes</p>	Evaluación formativa a través de la exposición

	<p>El valor del propio discurso</p> <p>Su extensión</p>		<p>permanente de humanización</p>	<p>Preguntas guía: ¿Qué elementos, situaciones y experiencias tensionan la identidad de Reinaldo Arenas? ¿Cómo Reinaldo Arenas resuelve dichas tensiones? ¿Cuáles son las estrategias identificativas que utiliza Reinaldo Arenas? ¿Cómo se vinculan o relacionan las tensiones de Reinaldo Arenas con los procesos históricos y sociales en los que se ve envuelto? ¿Cuál es el lugar del Otro en la construcción de sí mismo que realiza Reinaldo Arena?</p> <p>Cada grupo elabora su exposición respondiendo las preguntas guías</p> <p>Cada grupo expone su presentación. Posteriormente se realiza una discusión, guiada por el profesor, sobre las diferencias de análisis que hay en las presentaciones</p> <p>Cierre</p> <p>El profesor valora distintos elementos</p>		
--	---	--	-----------------------------------	---	--	--

				<p>de las exposiciones y sintetiza la discusión</p> <p>Finalmente, hacer un recorrido panorámico sobre lo visto en clase, en ésta y en la pasada, sobre el concepto de identidad y sus representaciones</p>		
--	--	--	--	---	--	--

Sesión	Aprendizajes esperados	Objetivo de la clase	Contenidos	Actividades	Materiales	Evaluación
3	<p>Identificar, definir y comparar las características típicas de los textos de ficción:</p> <p>La noción de verosimilitud</p> <p>El pacto de lectura de la ficción (la extrareferencialidad de los hechos)</p> <p>El tiempo del relato (o novelesco) como una disposición o composición artística</p>	<p>Conocen y comprenden las singularidades de la ficción literaria</p>	<p>Conceptuales</p> <p>Ficción</p> <p>Verosimilitud</p> <p>Pacto de lectura</p> <p>Procedimentales</p> <p>Comprender los conceptos aprendidos en clases.</p> <p>Analizar e Interpretar los textos leídos.</p> <p>Fundamentar opiniones, planteamientos personales</p> <p>Actitudinales</p> <p>Respetar y valorar las ideas distintas de las propias, reconociendo el diálogo como fuente permanente de humanización.</p>	<p>Inicio</p> <p>Escribir en la pizarra el objetivo de la clase</p> <p>Activar los conocimientos previos a través de la preguntas: ¿Qué entienden por ficción? ¿Cuáles serían sus características? Y, por último, ¿Qué diferencia a los textos de ficción de otro tipo de textos como, por ejemplo, los textos periodísticos o historiográficos?</p> <p>Desarrollo</p> <p>Lectura individual del texto <i>El arte de mentir</i> de Mario Vargas Llosa. Después de la lectura cada estudiante responderá de manera individual las siguientes preguntas:</p> <p>(A)¿Por qué podemos señalar que tanto los personajes reales como los cadetes del Colegio</p>	<p>Plumón y pizarra</p> <p>Una fotocopia por estudiante del texto de la guía que incluye el texto <i>El arte de mentir</i> de Mario Vargas Llosa.</p>	<p>Evaluación de diagnóstico a través de la pregunta que activa los conocimientos previos</p> <p>Evaluación formativa a través del desarrollo del cuestionario.</p>

				<p>Militar Leoncio Prado, la exmujer del autor representada en <i>La tía Julia y el escribidor</i>, así como también personajes novelescos como Alonso Quijano o Emma Bovary no entendieron el pacto de lectura que la ficción propone?</p> <p>(B)¿Qué es el tiempo novelesco y qué diferencias tiene con el tiempo de la vida?</p> <p>(C)¿Qué diferencia la noción de verdad de una novela con la verdad de un libro de historia o de un reportaje periodístico?</p> <p>(D)¿Por qué el autor define la novela como un género amoral?</p> <p>(E)¿Qué es lo que entienden los inquisidores españoles sobre la ficción y, en particular, sobre la novela?</p> <p>(F)¿Qué nos dicen las novelas sobre sus contextos de producción?</p> <p>Entregan al profesor una hoja con las respuestas de cada pregunta.</p> <p>Luego el grupo curso, de manera</p>		
--	--	--	--	--	--	--

				<p>colectiva y guiados por el profesor, responden grupalmente las preguntas planteadas. El profesor interviene en el proceso deliberativo guiándolos, pero de manera acotada, ya que la idea es que los propios estudiantes logren formular las respuestas.</p> <p>Exposición del profesor incluyendo la explicación de:</p> <p>Los conceptos de pacto de lectura y verosimilitud.</p> <p>Cierre</p> <p>El profesor resumen los contenidos vistos en la clase, sintetizando las singularidades del discurso ficcional, y comenta lo que se verá en la clase siguiente.</p>	
--	--	--	--	--	--

Sesión	Aprendizajes esperados	Objetivo de la clase	Contenidos	Actividades	Materiales	Evaluación
4	<p>Analizar e interpretar textos literarios:</p> <p>Considerando la manera que articulan o que proponen un pacto de lectura y la verosimilitud.</p> <p>Reflexionando críticamente sobre la (auto)reflexión que contienen sobre la naturaleza de la ficción</p> <p>Considerando las intertextualidades presentes</p> <p>Producir un texto para expresar una interpretación de la obra leída.</p>	<p>Identifican y comprenden las singularidades de la ficción literaria</p>	<p>Conceptuales</p> <p>Ficción</p> <p>Pacto de lectura</p> <p>Verosimilitud</p> <p>Intertextualidad</p> <p>Procedimentales</p> <p>Comprender los conceptos aprendidos en clases.</p> <p>Analizar e Interpretar los textos leídos.</p> <p>Fundamentar opiniones, planteamientos personales</p> <p>Actitudinales</p> <p>Respetar y valorar las ideas distintas de las propias, reconociendo el diálogo como fuente permanente de humanización</p> <p>Autoestima y confianza en sí mismo</p>	<p>Inicio</p> <p>Escribir en la pizarra y enunciar el objetivo de la clase</p> <p>Retroalimentación de la clase anterior.</p> <p>El profesor entregar la corrección de la actividad de la clase pasada. Contrasta los errores más comunes con el diálogo realizado en clases.</p> <p>El profesor entrega la guía número 2 y explicación cómo realizarla.</p> <p>Desarrollo</p> <p>Los estudiantes de manera individual leen la guía, que contiene el cuento Pierre Menard, autor del Quijote, de Jorge Luis Borges.</p> <p>Después de leer el cuento el profesor realiza una reflexión colectiva con el grupo curso donde se analiza el texto leído (un trabajo por descubrimiento). La reflexión debe intentar dilucidar las siguientes preguntas: ¿Cuál es la reflexión que se esboza en le</p>	<p>Plumón</p> <p>Pizarra</p> <p>Guía con el cuento Pierre Menard, autor del Quijote</p>	<p>Formativa</p>

				<p>cuento sobre las características de la ficción? ¿Qué nos dicen los contextos de producción y recepción, según la reflexión sobre la ficción esboza en el cuento? Y ¿Cuáles son las intertextualidades presentes y de qué manera éstas articulan un sentido en la obra?</p> <p>Finalmente, el profesor, le pide a los estudiantes que escriban un breve artículo de opinión en cual, utilizando lo visto en la discusión previa y en la clase anterior, se señale una hipótesis sobre cómo el cuento reflexiona sobre el pacto de lectura de la literatura y de qué manera el cuento (auto)reflexiona sobre dicho pacto. Dicho artículo será de máximo dos planas.</p> <p>Escritura del artículo de opinión</p> <p>Cierre</p> <p>Retirar los artículo de opinión de cada estudiante</p>		
--	--	--	--	---	--	--

				Comentar colectivamente cuales eran las hipótesis		
--	--	--	--	---	--	--

Sesión	Aprendizajes esperado	Objetivos de la clase	Contenidos	Actividades	Materiales	Evaluación
5	<p>Identificar, definir y comparar las características típicas de los textos autobiográficos:</p> <p>Coincidencia nominal y referencial entre autor, narrador y personaje</p> <p>Pacto autobiográfico y Autoría como marca textual de una realidad extratextual indudable.</p> <p>Autoría</p> <p>Construcción enunciativa del yo</p>	<p>Conocen y comprenden las singularidades de los textos autobiográficos.</p>	<p>Conceptuales</p> <p>Autobiografía</p> <p>Pacto autobiográfico</p> <p>Autoría</p> <p>Procedimentales</p> <p>Comprender los conceptos aprendidos en clases.</p> <p>Analizar e Interpretar los textos leídos.</p> <p>Fundamentar opiniones, planteamientos personales</p> <p>Actitudinales</p> <p>Autoestima y confianza en sí mismo.</p>	<p>Inicio</p> <p>Retroalimentación de lo visto en la clase pasada.</p> <p>Se señalan y escriben en la pizarra los objetivos de la sesión del día.</p> <p>Activación de conocimientos previos mediante la pregunta: ¿Qué es una autobiografía?</p> <p>Desarrollo</p> <p>Presentación de los contenidos a través de una clase expositiva de power point, incluyendo la explicación de:</p> <p>Definición de autobiografía como: “relato retrospectivo en prosa que una persona real hace de su propia existencia, poniendo énfasis en su vida individual y,</p>	<p>Plumón</p> <p>Pizarra</p> <p>Computador</p> <p>Proyector</p> <p>Guía de trabajo de la autobiografía</p>	<p>Evaluación de diagnóstico a través de la pregunta que activa los conocimientos previos</p> <p>Evaluación formativa a través de la guía de trabajo.</p>

			<p>Valorar el carácter único de cada persona.</p>	<p>en particular, en la historia de su personalidad”</p> <p>La definición relaciona elementos de 4 categorías diferentes: (A) forma del lenguaje (B) tema tratado (C) situación de autor y (D) posición del narrador</p> <p>Luego de la exposición del profesor los estudiantes deberán realizar una guía de trabajo, que leerán en clases, pero que traerán resuelta desde la casa la próxima clase.</p> <p>Cierre</p> <p>El profesor sintetiza lo visto en la clase.</p> <p>Señala, también, lo que se realizará en la clase siguiente.</p>		
--	--	--	---	---	--	--

Sesión	Aprendizajes esperados	Objetivo de la clase	Contenidos	Actividades	Materiales	Evaluación
6	Escribir textos autobiográficos siguiendo sus características temáticas, de lenguaje, de situación de	Identifican y aplican las singularidades de los textos autobiográficos.	<p>Conceptuales</p> <p>Autobiografía</p> <p>Pacto autobiográfico</p>	<p>Inicio</p> <p>El profesor recibe la guía que los estudiantes terminarían en sus casas</p>	<p>Plumón</p> <p>Pizarra</p> <p>Rubrica de evaluación</p>	Formativa

	<p>autoría y de posición del narrador</p>		<p>Autoría</p>	<p>Retroalimentación de lo visto en la clase anterior</p> <p>Desarrollo</p> <p>Instrucciones de actividad: escribir un texto autobiográfico sobre una experiencia personal significativa siguiendo los aspectos vistos en la clase anterior: (A) forma del lenguaje (B) tema tratado (C) situación de autor y (D) posición del narrador</p> <p>Explicación de la pauta de evaluación de la actividad</p> <p>Explicación de la actividad mediante ejemplo por método de modelamiento</p> <p>Escritura de la autobiografía</p> <p>Cierre</p> <p>Lectura de algunos trabajos para realizar una corrección colectiva</p> <p>Entrega del trabajo</p>		
--	---	--	----------------	---	--	--

Sesión	Aprendizajes esperados	Objetivos de la clase	Contenidos	Actividades	Materiales	Evaluación
7	<p>Identificar, definir y comparar las características típicas de la autoficción.</p> <p>Considerando las características de la coincidencia nominal entre autor, narrador y personaje.</p> <p>La referencialidad parcial, centrando dicha referencialidad, en la autoría.</p> <p>La construcción del efecto autoficcional</p> <p>La imagen de autoría.</p>	<p>Conocen y Comprenden las características de la autoficción</p>	<p>Conceptuales</p> <p>Autoficción</p> <p>Imagen de autoría</p> <p>Procedimentales</p> <p>Comprender los conceptos aprendidos en clases.</p> <p>Analizar e Interpretar los textos leídos.</p> <p>Fundamentar opiniones, planteamientos personales</p> <p>Actitudinales</p> <p>Respetar y valorar las ideas distintas de las propias, reconociendo el diálogo como fuente permanente de humanización.</p>	<p>Inicio</p> <p>Retroalimentación de lo visto en la clase pasada.</p> <p>Se señalan y escriben en la pizarra los objetivos de la sesión del día.</p> <p>Activación de conocimientos previos a través de las preguntas: ¿Qué son las ficciones y las autobiografías? ¿Cuáles son sus diferencias? ¿Cuáles son sus semejanzas? ¿Qué es la autoficción?</p> <p>Desarrollo</p> <p>Presentación de los contenidos a través de una clase expositiva de power point, incluyendo la explicación de:</p> <p>Definición de autoficción e imagen de autoría</p> <p>Los estudiantes desarrollan un trabajo que incluye leer un fragmento de la Novela Camanchaca de Diego Zuñiga, en el</p>	<p>Plumón</p> <p>Pizarra</p> <p>Computador</p> <p>Proyector</p> <p>Fotocopia</p> <p>fragmento camanchaca</p>	<p>Evaluación de diagnóstico a través de la pregunta que activa los conocimientos previos</p> <p>Evaluación formativa a través de la guía de trabajo.</p>

				<p>cual deben reconocer al menos tres elementos que articulen el efecto autoficcional.</p> <p>Los estudiantes entregan una hoja al profesor donde explican cómo se articula el efecto autoficcional. Éste, en conjunto con el grupo curso, responden colectivamente cómo se articula el efecto en el fragmento leído.</p> <p>Cierre</p> <p>El profesor sintetiza lo visto en la clase.</p> <p>Señala, también, lo que se realizará en la clase siguiente.</p>		
--	--	--	--	---	--	--

Sesión	Aprendizajes esperados	Objetivo de la clase	Contenidos	Actividades	Materiales	Evaluación
8	<p>Analizar e interpretar textos literarios:</p> <p>Considerando las características típicas de la autoficción, en particular, las maneras en que articula el efecto autoficcional.</p>	<p>Identifican y comprenden las singularidades de los textos de autoficción</p> <p>Comprenden críticamente el concepto de identidad y reconocer cuándo una obra literaria u</p>	<p>Conceptuales</p> <p>Autoficción</p> <p>Imagen de autoría</p> <p>Procedimentales</p> <p>Comprender los conceptos aprendidos en clases.</p>	<p>Se señalan y escriben en la pizarra los objetivos de la sesión del día.</p> <p>Activación de conocimientos previos a través de las preguntas ¿Qué es la autoficción? ¿Cómo reconocemos una</p>	<p>Pizarra y plumón</p> <p>Una Fotocopia del fragmento de Visa Americana por cada grupo</p>	<p>Evaluación de diagnóstico a través de la pregunta que activa los conocimientos previos</p> <p>Evaluación formativa a través del desarrollo del trabajo grupal</p>

	<p>Reconocer concepciones, aspectos, y problemas relativos al tema de la identidad</p> <p>Producir un discurso en situación de comunicación pública dentro del aula, teniendo en cuenta:</p> <p>La hipótesis y los argumentos que la sostienen</p>	<p>otro tipo de texto aborda un problema identitario</p>	<p>Analizar e Interpretar los textos leídos.</p> <p>Fundamentar opiniones, planteamientos personales</p> <p>Actitudinales</p> <p>Respetar y valorar las ideas distintas de las propias, reconociendo el diálogo como fuente permanente de humanización</p>	<p>autoficción? ¿Cuáles son sus efectos? ¿Qué es la identidad? ¿Qué función tiene la identidad? ¿Cuándo estamos en presencia de un conflicto identitario? ¿Qué son las estrategias de identificación?</p> <p>Breve repaso de lo visto sobre autoficción e identidad.</p> <p>Desarrollo</p> <p>Se formarán grupos de dos estudiantes</p> <p>De manera grupal los estudiantes leerán fragmentos de la novela Visa Americana de Marcelo Ríoseco. Y deberán formular una hipótesis de lectura donde señalen cuál es el conflicto identitario presente en el texto y qué singularidades o posibilidades interpretativas tiene abordar dicho conflicto desde la autoficción.</p>		
--	--	--	---	--	--	--

				<p>Luego un representante de cada grupo expondrá la interpretación formulada al resto del curso</p> <p>Luego se realizará un diálogo crítico entre los estudiantes, guiado por el profesor, donde se señalen y problematicen las semejanzas y las diferencias de las distintas exposiciones</p> <p>Cierre</p> <p>El profesor resumirá los conclusiones del diálogo crítico, remarcando los aspectos más importantes y contrastándolos con las exposiciones</p> <p>Recordará, también, lo que se realizará en la clase siguiente: evaluación sumativa de la lectura domiciliaria (Novela Formas de Volver a casa)</p>		
--	--	--	--	--	--	--

Sesión	Aprendizajes esperados	Objetivos	Contenidos	Actividades	Materiales	Evaluación
9	<p>Evalúan los textos leídos considerando:</p> <p>Temas y problemas de la autoficción.</p> <p>Temas y problemas de la identidad</p>	<p>Evaluar los contenidos de autoficción vistos.</p>	<p>Conceptuales</p> <p>Autoficción</p> <p>Imagen de autoría</p> <p>Procedimentales</p> <p>Comprender los conceptos aprendidos en clases.</p> <p>Analizar e Interpretar los textos leídos.</p> <p>Fundamentar opiniones, planteamientos personales</p> <p>Actitudinales</p> <p>Autoestima y confianza en sí mismo</p>	<p>Inicio</p> <p>Realización de un breve repaso sobre los contenidos vistos.</p> <p>Desarrollo</p> <p>Entrega a cada estudiante de la prueba</p> <p>Lectura de las preguntas y explicación de cada una</p> <p>Desarrollo de la prueba</p> <p>Cierre</p> <p>Retiro de la prueba</p> <p>Señalar lo que se realizará en la clase siguiente</p>	<p>Una prueba por estudiante</p>	<p>La realización de una prueba como evaluación sumativa.</p>

Sesión	Aprendizajes esperados	Objetivo de la clase	Contenidos	Actividades	Materiales	Evaluación
10	<p>Escribir textos de autoficción donde se aborden problemas relativos al tema de la identidad a partir de consignas de escritura.</p>	<p>Aplican los conocimientos sobre autoficción e identidad a través de un trabajo de escritura creativa</p>	<p>Conceptuales</p> <p>Autoficción</p> <p>El concepto de Identidad</p> <p>Actitudinal</p> <p>Desarrollar la iniciativa</p>	<p>Inicio</p> <p>Entregar las prueba de la semana pasada y dar una retroalimentación de las respuestas</p>	<p>Plumón y pizarra.</p> <p>Rubrica de evaluación</p>	<p>Sumativa en proceso</p>

	<p>Revisar y reescribir sus textos para asegurar su coherencia y cohesión</p>		<p>personal, la creatividad.</p> <p>Autoestima y confianza en sí mismo</p> <p>Procedimentales</p> <p>Relacionar y comparar lo real con la ficción</p> <p>Desarrollar la creatividad narrativa</p> <p>Escribir textos donde se amalgaman elementos de la imaginación y de la realidad referencial</p>	<p>Repaso de lo visto sobre identidad y autoficción</p> <p>Desarrollo</p> <p>Explicación de la pauta de evaluación de la actividad: (a) la actividad consistirá en reconocer y narrar una experiencia personal donde haya existido un problema relativo a la identidad y (b) en escribir un relato ficticio, usando esa experiencia como base de la historia y articulando un efecto autoficcional</p> <p>La consigna es: cuéntale a tu yo infantil, al niño que eras a los nueve u ocho años, cómo te has transformando en el adolescente que eres ahora a través de una autoficción.</p> <p>Explicación de la actividad mediante ejemplo por método de modelamiento</p>		
--	---	--	---	---	--	--

				<p>Escritura individual de un problema relativo al tema de la identidad basado en sus experiencias vividas.</p> <p>Cierre</p> <p>Revisión de la primera fase de la actividad a través de la revisión colectiva de algunos trabajos.</p> <p>Entrega de los textos al profesor</p>		
--	--	--	--	--	--	--

Sesión	Aprendizajes esperados	Objetivo de clase	Contenidos	Actividades	Materiales	Evaluación
11	<p>Escribir textos de autoficción donde se aborden problemas relativos al tema de la identidad a partir de consignas de escritura</p> <p>Revisar y reescribir sus textos para asegurar su coherencia y cohesión</p>	Aplican los conocimientos sobre autoficción e identidad a través de un trabajo de escritura creativa	<p>Conceptuales</p> <p>Autoficción</p> <p>El concepto de identidad</p> <p>Actitudinal</p> <p>Desarrollar la iniciativa personal, la creatividad.</p> <p>Autoestima y confianza en sí mismo</p> <p>Procedimentales</p> <p>Relacionar y comparar lo real con la ficción</p>	<p>Inicio</p> <p>Entrega de los trabajos de la semana pasada corregidos.</p> <p>Realización de una retroalimentación general</p> <p>Desarrollo</p> <p>Explicar, nuevamente, la pauta de evaluación de la actividad en curso: poniendo la centralidad en los aspectos que faltan del trabajo,</p>	<p>Plumón y pizarra.</p> <p>Rubrica de evaluación</p>	Sumativa en proceso

			<p>Desarrollar la creatividad narrativa</p> <p>Escribir textos donde se amalgaman elementos de la imaginación y de la realidad referencial</p>	<p>es decir, escribir un relato ficticio, usando una experiencia personal como base de la historia y articulando un efecto autoficcional</p> <p>Desarrollo de la escritura narrativa</p> <p>Cierre</p> <p>Lectura de algunos trabajos y corrección colectiva de los mismos</p> <p>Entrega de los escritos al profesor.</p>		
--	--	--	--	--	--	--

Sesión	Aprendizajes esperados	Objetivo de clase	Contenidos	Actividades	Materiales	Evaluación
12	<p>Escribir textos de autoficción donde se aborden problemas relativos al tema de la identidad a partir de consignas de escritura</p> <p>Revisar y reescribir sus textos para asegurar su coherencia y cohesión</p>	<p>Aplican los conocimientos sobre autoficción e identidad a través de un trabajo de escritura creativa</p>	<p>Conceptuales</p> <p>Autoficción</p> <p>El concepto de identidad</p> <p>Actitudinal</p> <p>Desarrollar la iniciativa personal, la creatividad.</p> <p>Autoestima y confianza en sí mismo</p>	<p>Inicio</p> <p>Entrega de los trabajos de la semana pasada corregidos.</p> <p>Realización de una retroalimentación general</p> <p>Muestra de un power point donde muestre los aciertos y los errores más</p>	<p>Plumón y pizarra</p> <p>Computador y proyector</p>	Sumativa

			<p>Procedimentales</p> <p>Relacionar y comparar lo real con la ficción</p> <p>Desarrollar la creatividad narrativa</p> <p>Escribir textos donde se amalgaman elementos de la imaginación y de la realidad referencial</p>	<p>comunes. Esta presentación se realizará utilizando los propios textos de los estudiantes.</p> <p>Desarrollo</p> <p>Corrección de los textos, considerando la retroalimentación de cada trabajo.</p> <p>Retroalimentación personalidades: el profesor atiende las consultas sobre la retroalimentación de manera personal.</p> <p>Cierre</p> <p>Entrega del trabajo final</p>		
--	--	--	--	---	--	--

Material didáctico

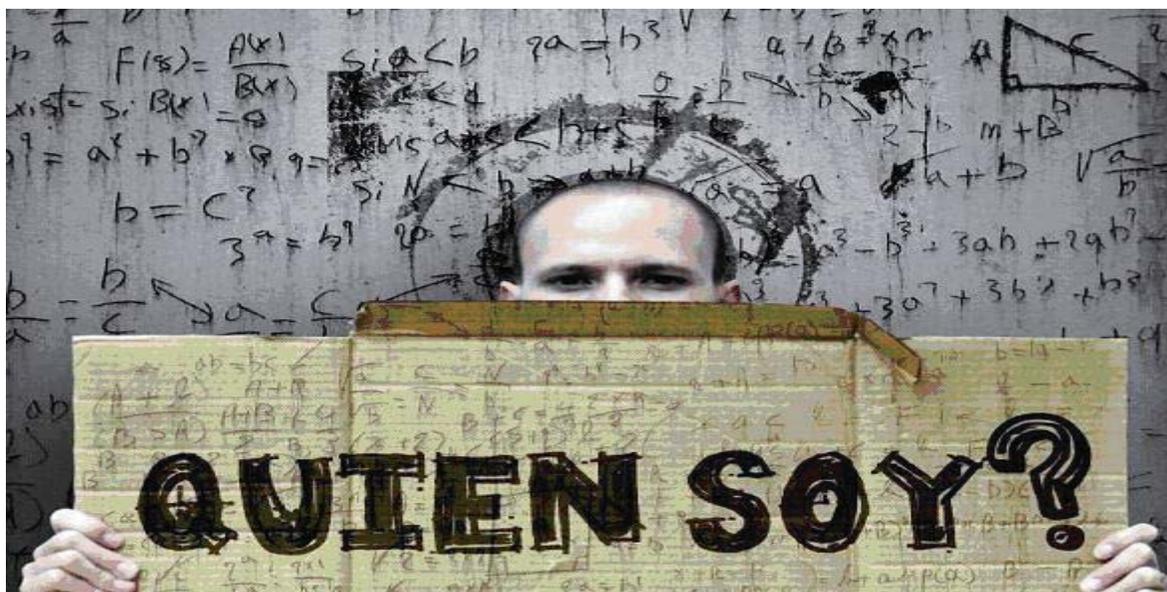
Clase 1

Guía 1

Nombre del alumno:

Fecha:

Curso:



El concepto de identidad²

El particular interés que ha adquirido la noción de identidad a partir de 1950, refleja las preocupaciones del mundo moderno. Esta noción se ha impuesto a causa de los importantes cambios culturales provocados por las profundas modificaciones en la sociedad. La globalización de la economía, el establecimiento de un modelo económico único que funciona sobre los principios de racionalidad y de eficacia y la introducción de nuevas tecnologías y de medios de comunicación son el origen de grandes cambios en las sociedades

² Artículo extraído del dossier pedagógico *Vivre ensemble autrement* (octubre 2002), perteneciente a la campaña de Educación para el Desarrollo *Annoncer la Couleur*, iniciativa de la Secretaría de Estado para la Cooperación al Desarrollo de Bélgica. Traducción para CIPFUHEM: Elsa Velasco.

actuales. Se han enlazado el éxodo rural y las transformaciones urbanas que han dado lugar a grandes ciudades donde es difícil conservar los lazos sociales; el desempleo y los cambios en la concepción del trabajo; las reivindicaciones regionales; la inmigración masiva; las transformaciones en los roles sexuales.

Esta evolución ha alcanzado a la identidad individual y colectiva y ha provocado efectos psicológicos, sociales y políticos concretos. La sociedad occidental ha pasado de una forma comunitaria a otra en la cual el individuo es el centro. El individualismo es uno de los cambios más importantes de nuestra época.

La construcción de la identidad individual constituye un trabajo laborioso que se va volviendo complejo. Antiguamente la alternativa de comportamientos era menos amplia y las reglas de conductas eran más claras -y más rígidas-. Hoy en día cada persona dispone de muchas posibilidades: una relación de pareja, por ejemplo, puede estar institucionalizada por el matrimonio o tomar la forma de una simple vida en común. Sin embargo, el individuo se encuentra relativamente solo frente a estas múltiples posibilidades.

Identidad de los inmigrantes, identidad catalana o madrileña, repliegue de la identidad, defensa de la identidad, identidad pura o no pura,...: es probable que este tipo de expresiones lleguen a ser cada vez más familiares puesto que vivimos un período de grandes cambios, incluyendo el tema de la identidad.

¿QUÉ ES LA IDENTIDAD?

La identidad (como en "documento de identidad") es un conjunto articulado de rasgos específicos de un individuo o de un grupo: hombre, 35 años, español, 1,75 m de altura, 70 Kg. de peso, cabellos castaños, católico, empleado de banca, casado, padre de familia... La identidad constituye también un sistema de símbolos y de valores que permite afrontar diferentes situaciones cotidianas. Opera como un filtro que ayuda a decodificarlas, a comprenderlas para que después funcione.

Esto explica que frente a tal situación, un individuo, con sus valores y su modo de pensar, de sentir y de actuar reaccionará probablemente de una manera definida. Para esto se cuenta con un repertorio de formas de pensar, de sentir y de actuar que, en un momento dado, se puede combinar. Este repertorio está en constante recreación.

CARACTERÍSTICAS DE LA IDENTIDAD

La identidad es compuesta

Cada cultura y cada subcultura transportan valores e indicadores de acciones, de pensamientos y de sentimientos. A ejemplo de la cultura, la identidad está, a menudo, relacionada con grandes corrientes culturales y también limitada a ellas: la procedencia territorial, el color de la piel, la religión... Se habla de un turco, de un italiano, de un negro, de un musulmán... De este modo, la influencia de la pertenencia a subconjuntos culturales sobre la estructura de la identidad está descartada. Estos subconjuntos pueden ser la clase

social, la profesión, el sexo, el origen (urbano/campesino), las diferentes formas que pueden tener una religión, etc.

La identidad es la síntesis que cada uno hace de los valores y de los indicadores de comportamientos transmitidos por los diferentes medios a los que pertenece. Integra esos valores y esas prescripciones según sus características individuales y su propia trayectoria de vida. El extranjero integra a su identidad su estatus de inmigrante o de refugiado político y los cambios culturales que él ha vivido durante su estancia en el país de acogida.

La identidad es dinámica

"Soy yo", responderá una persona a la que se pregunta lo que representa su identidad; llevándola más lejos en su razonamiento dirá: "es lo que en mí permanece igual". La permanencia aparece, efectivamente, como la característica más evidente de la identidad. Ésta está ligada a elementos que se repiten continuamente y que nos parecen permanentes: "soy así", "soy siempre la misma persona". Se confunde, de este modo, la identidad con lo que, en una persona, es inmutable.

Este punto de vista no es totalmente erróneo pero los comportamientos, las ideas y los sentimientos cambian según las transformaciones del contexto familiar, institucional y social en el cual vivimos. Cambiamos con la edad, cuando envejece nuestro cuerpo, si pasamos del estatus de trabajador al de parado, incluso cuando cambiamos de estatus profesional, dentro de una misma institución. La identidad es una estructura dinámica. Está en continua evolución. En definitiva, nuestra identidad es constante a la vez que cambiante, en el transcurso de nuestra vida.

La base de la experiencia emocional de la identidad proviene de la capacidad del individuo de seguir sintiéndose el mismo a través de los cambios continuos. Un proceso de articulación permanente de lo nuevo con lo antiguo debe tener lugar, de tal manera que lo nuevo sea percibido como teniendo una relación aceptada con lo que ya existía antes. Integrando lo nuevo en lo mismo hay un cambio en la continuidad. El sentimiento de identidad permanece en tanto que el sujeto consigue dar a la alteración el sentido de continuidad.

La adolescencia es un buen ejemplo. Los cambios que se producen en esta etapa de la vida son tan fuertes, profundos y visibles que todos los seres humanos tienen más o menos dificultades para pasar este escollo. Las dificultades acaban cuando el joven llega a reconocerse como la misma persona, aunque diferente.

La identidad es dialéctica

La construcción de la identidad no es un trabajo solitario e individual. Se modifica en el encuentro con el Otro, cuya mirada tiene un efecto sobre ella. La identidad se sitúa siempre en un juego de influencias con los otros: "estoy influido por la identidad del Otro y mi identidad influye en la suya". En un constante movimiento de ida y vuelta, los otros me definen y yo me defino con relación a ellos. Estas mutuas definiciones revisten la vía de señales con mensajes verbales y no verbales, como la elección de un vestido o de un peinado.

Incluso cuando el Otro no mira, siempre hay una interacción, que se produce en el interior de un contexto, influyendo la relación con el Otro, entre dos personas o dos comunidades diferentes. Es importante definir cada vez el contexto en el cual se produce un encuentro: con el mismo joven, la interacción será diferente si se produce en la piscina, en casa de sus padres o en la escuela, y si el joven está solo o en grupo; una persona española desarrollará una relación diferente con otra española si se encuentran en España o en el extranjero; el encuentro entre la comunidad inmigrante italiana y la comunidad belga era diferente antes de la entrada de Italia a la Comunidad Europea.

En realidad, la pregunta es menos "¿quién soy?" como "¿quién soy yo en relación a los otros?" y "¿qué son los otros en relación a mí?".

FUNCIONES DE LA IDENTIDAD

La identidad es el centro de dos acciones indispensables para el equilibrio psíquico de la persona. La primera consiste en darse una imagen positiva de sí misma; la segunda, adaptarse al entorno donde vive la persona. Es lo que se denomina funciones de la identidad: una función de valoración de sí mismo y una función de adaptación.

La función de valoración de sí mismo es la búsqueda que guía a todo ser humano a tener sentido y significación: busca tener una imagen positiva de sí mismo, a llegar a ser una persona de valor, a creerse capaz de actuar sobre los acontecimientos y sobre las cosas.

La función de adaptación consiste en la modificación de la identidad con vistas a una integración al medio. El individuo adapta algunos rasgos de su identidad, asegurando una continuidad. Se trata de la capacidad de los seres humanos de tener consigo su identidad y de manipularla, de su capacidad de cambiar sin perder la sensación de seguir siendo ellos mismos.

En algunas circunstancias esto es evidente: el medio donde vive devuelve una imagen positiva de sí mismo; se siente bien ahí y se conocen los códigos que ahí funcionan. En otras situaciones, especialmente en la inmigración, la tarea se vuelve más complicada, como para cualquiera que vive una situación de desvalorización de forma prolongada.

Para el inmigrante la complicación se acentúa: no conoce todos los códigos de adaptación y a pesar de ello tiene necesidad de ser reconocido en lo que es, es decir, en "su" cultura -su propia manera de haber integrado las diferentes culturas y subculturas que en él convergen-, desconocida a menudo por los demás. Debe ser puesto en marcha un constante esfuerzo de reconocimiento, al mismo tiempo que las estrategias de adaptación a la nueva situación, aunque esté desvalorizada. Está negociando constantemente su identidad.

LAS ESTRATEGIAS IDENTIFICATIVAS

Los individuos que crecen y se desarrollan entre sistemas culturales diferentes, con valores a veces contradictorios, deben conseguir evolucionar en medio de los dos, a pesar de todo. Para hacerlo elaboran, desde ese momento, lo que se denomina "estrategias identificativas"

al nivel de su comportamiento, lo que les permiten superar la angustia o la tensión creada por los códigos culturales diferentes. Busca, de este modo, encontrar su lugar en la sociedad.

Estas "estrategias", que una persona puede adoptar con el fin de regular la diversidad sociocultural a la que está enfrentada, han sido analizadas en el seno de una gran empresa francesa especializada en la exportación y la producción petrolera, que cuenta con numerosos extranjeros entre sus empleados. Allí se encuentran individuos en lucha contra múltiples procedencias culturales, diferentes por sus modos de vida y sus símbolos. Para estos hombres y mujeres se trata de continuar fieles a sus comunidades de origen intentando abrirse dentro de la organización que les remunera. Deben maniobrar entre los dos sistemas culturales (el suyo y el de la empresa), elaborando "estrategias identificativas".

Así es el caso de los inmigrantes, como el de toda persona enfrentada a una multiplicidad de códigos, sean éstos de los medios sociales o de otras procedencias (familia, amigos, trabajo...). Las estrategias son necesarias para moverse entre los códigos culturales de su ambiente de origen y de otros que se encuentre, así como para asegurar una movilidad social. Esta necesidad ha sido notablemente señalada a propósito de la diferencia entre la cultura de los medios populares y la de la escuela.

Estas "estrategias" pueden ser de naturaleza diferente en uno u otro individuo, en función de criterios particulares, tales como la edad, la profesión, etc.

La estrategia "de coherencia simple" privilegia la lógica "o/o". De este modo, para intentar resolver las tensiones que provoca la contradicción entre los dos tipos de cultura, se puede decidir, deliberadamente, desdeñar una de las dos culturas en las que se vive y adoptar el conjunto de valores y de símbolos de la Otra. Así, las personas de origen extranjero intentarán asimilarse totalmente a la cultura occidental con el pretexto de rechazar su cultura de origen. O, al contrario, un individuo puede replegarse en su cultura de origen exaltando sus valores y negando los valores de la sociedad de acogida; éste es el caso de todos los integristas.

La estrategia "de coherencia compleja" constituye una segunda vía, que responde a la lógica del "y/y". Aquí el individuo busca combinar las dos culturas. Para hacerlo está obligado a ciertos compromisos que pueden ser de orden racional o irracional.

Estos compromisos serán "irracionales" cuando un individuo conserva los rasgos que él considera ventajosos de la cultura de origen y abandona las obligaciones relativas a ella. Acumula, de este modo, los dos sistemas culturales, "maximizando las ventajas". Es el caso de los hombres que se casan con mujeres modernas, de quienes esperan que sean, al mismo tiempo, mujeres tradicionales.

Estos compromisos pueden ser, igualmente, de orden más "racional" y es, generalmente, el caso de individuos capaces de integrar un cambio y, por consiguiente, adaptarse a una lógica de continuidad con los valores de la cultura de origen. Consiguen, de esta manera, superar el conflicto interior. Una relectura de la tradición, por ejemplo, puede ser considerada como medio para encontrar allí elementos compatibles con la modernidad. Las prácticas consideradas arcaicas pueden integrarse, igualmente, en un contexto que las vuelve más

fácilmente aceptables: los niños entienden mejor algunas actitudes paternas cuando dominan el contexto.

Una misma persona o un mismo grupo puede desarrollar, simultáneamente, varias estrategias identificativas, susceptibles de generar contradicciones, incluso crisis. En efecto, cuando pertenecen a grupos muy diferentes y sin conexión, la identidad de los individuos está en movimiento continuo. Por otra parte, no es raro, en tal situación de "biculturalidad", que se forje una identidad negativa. Así, en la sociedad occidental, algunas culturas son vistas con connotaciones más negativas que otras. La doble procedencia -a la cultura de origen a la vez que a la de la sociedad de acogida- es tanto más difícil de administrar para los jóvenes pues se añade a la crisis de la adolescencia, período de la vida en que la identidad se construye.

Preguntas

- 1) ¿Por qué el concepto de identidad ha tomado tanta relevancia en las últimas décadas?
- 2) ¿Por qué podemos afirmar que la identidad no es un sistema de símbolos y valores estable o inmodificable en el tiempo?
- 3) ¿Cuál es la importancia del Otro en la construcción de la identidad?
- 4) ¿Cuáles son las funciones de la identidad?
- 5) ¿Qué te parecen las estrategias identificativas?

Clase 2

Documental *Seres extravagantes* de Manuel Zayas, disponible en internet en el siguiente link: http://www.filmotech.com/v2/es/FX_FichaPelicula.asp?ID=12463

Clase 3

Guía 2

Nombre del alumno:

Fecha:

Curso:



¿Quién es Mario Vargas Llosa?

Mario Vargas Llosa, es un escritor peruano, considerado uno de los más importantes novelistas y ensayistas contemporáneos, su obra ha cosechado numerosos premios, entre los más destacados el Príncipe de Asturias de las Letras 1986 y el Nobel de Literatura 2010. El comité del premio Nobel premió al escritor «por su cartografía de las estructuras del poder y sus imágenes mordaces de la resistencia del individuo, su rebelión y su derrota»

Vargas Llosa alcanzó la fama en la década de 1960 con novelas, tales como *La ciudad y los perros* (1962), *La casa verde* (1965) y *Conversación en La Catedral* (1969). Fue una de las figuras más relevantes del llamado Boom Latinoamericano. Continúa escribiendo prolíficamente en una serie de géneros literarios, incluyendo la crítica literaria y el periodismo. Entre sus novelas se cuentan comedias, novelas policíacas, históricas y políticas. Varias de ellas, como *Pantaleón y las visitadoras* (1973) y *La Fiesta del Chivo* (1998), han sido adaptadas y llevadas al cine.

El arte de mentir

Mario Vargas Llosa

Desde que escribí mi primer cuento me han preguntado si lo que escribía era verdad. Aunque mis respuestas satisfacen a veces a los curiosos, a mí me queda rondando, cada vez que contesto a esa pregunta, no importa cuán sincero sea, la incómoda sensación de haber dicho algo que nunca da en el centro del blanco. Si las novelas son ciertas o falsas importa a cierta gente tanto como que sean buenas o malas, y muchos lectores, consciente o inconscientemente, hacen depender lo segundo de lo primero. Los inquisidores españoles, por ejemplo, prohibieron que se publicaran o importaran novelas en las colonias hispanoamericanas con el argumento de que esos libros disparatados y absurdos -es decir,

mentirosos- podían ser perjudiciales para la salud espiritual de los indios. Por esta razón, los hispanoamericanos sólo leyeron ficciones de contrabando durante trescientos años, y la primera novela que, con tal nombre, se publicó en América española apareció sólo después de la independencia (en México, en 1816). Al prohibir no unas obras determinadas, sino un género literario en abstracto, el Santo Oficio estableció algo que a sus ojos era una ley sin excepciones: que las novelas siempre mienten, que todas ellas ofrecen una visión falaz de la vida. Hace años escribí un trabajo ridiculizando a esos fanáticos arbitrarios, capaces de una generalización semejante. Ahora pienso que los inquisidores españoles fueron los primeros en entender -antes que los críticos y que los propios novelistas- la naturaleza de la ficción y sus propensiones sediciosas.

En efecto, las novelas mienten -no pueden hacer otra cosa-, pero ésa es sólo una parte de la historia. La otra es que, mintiendo, expresan una curiosa verdad, que sólo puede expresarse disimulada y encubierta, disfrazada de lo que no es. Dicho así, esto tiene el aire de un galimatías. Pero, en realidad, se trata de algo muy sencillo. Los hombres no están contentos con su suerte, y casi todos -ricos o pobres, geniales o mediocres, célebres u oscuros- quisieran una vida distinta de la que llevan. Para aplicar -tramposamente- ese apetito nacieron las ficciones. Ellas se escriben y se leen para que los seres humanos tengan las vidas que no se resignan a no tener. En el embrión de toda novela hay una inconformidad y un deseo.

¿Significa esto que novela es sinónimo de irrealidad? ¿Que los introspectivos bucaneros de Conrad, los morosos aristócratas proustianos, los anónimos hombrecillos castigados por la adversidad de Kafka y los eruditos metafísicos de los cuentos de Borges nos exaltan o nos conmueven porque no tienen nada que ver con nosotros, porque nos es imposible identificar sus experiencias con las nuestras? Nada de eso. Conviene pisar con cuidado, pues este camino -el de la verdad y la mentira en el mundo de la ficción- está sembrado de trampas y los invitadores oasis suelen ser espejismos.

Para transformar la vida

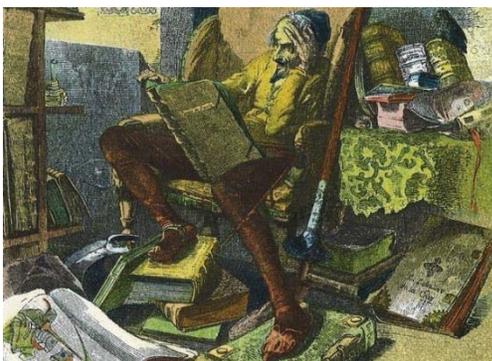


¿Qué quiere decir que una novela siempre miente? No lo que creyeron los oficiales y cadetes del Colegio Militar Leoncio Prado, donde -en apariencia, al menos- sucede mi primera novela, La ciudad y los perros, que quemaron el libro acusándolo de calumnioso a la institución. Ni lo que pensó mi primera mujer al leer otra de mis novelas, La tía Julia y el escribidor, y que, sintiéndose incorrectamente retratada en ella, ha publicado luego un libro que pretende restaurar la verdad alterada por la ficción. Desde luego que en ambas historias hay más invenciones, tergiversaciones y

exageraciones que recuerdos y que, al escribirlas, nunca pretendí ser anecdóticamente fiel a unos hechos y personas anteriores y ajenos a la novela. En ambos casos, como en todo lo que he escrito, partí de algunas experiencias aún vivas en mi memoria y estimulantes para mi

imaginación, y fantaseé algo que refleja de manera muy infiel esos materiales de trabajo. No se escriben novelas para contar la vida, sino para transformarla, añadiéndole algo. En las novelitas del francés Restif de La Bretonne, la realidad no puede ser más fotográfica, ellas son un catálogo de las costumbres del siglo XVIII francés. En estos cuadros costumbristas tan laboriosos, en los que todo semeja la vida real, hay sin embargo algo diferente, mínimo y revolucionario. Que en ese mundo los hombres no se enamoran de las damas por la pureza de sus facciones, la galanura de su cuerpo, sus prendas espirituales, etcétera, sino, exclusivamente, por la belleza de sus pies (se ha llamado, por eso, bretonismo al fetichismo del botín). De una manera menos cruda y explícita, y también menos consciente, todas las novelas rehacen la realidad -embelleciéndola o empeorándola- como lo hizo, con deliciosa ingenuidad, el profuso Restif. En esos sutiles o groseros agregados a la vida -en los que el novelista materializa sus obsesiones- reside la originalidad de una ficción. Ella es más profunda cuanto más ampliamente exprese una necesidad general y cuantos más sean, a lo largo del espacio y del tiempo, los lectores que identifiquen, en esos contrabandos filtrados a la vida, los oscuros demonios que los desasosiegan. ¿Hubiera podido yo, en aquellas novelas, intentar una escrupulosa exactitud con los recuerdos? Ciertamente. Pero, aun si hubiera conseguido esa proeza aburrida de sólo narrar hechos ciertos y describir personajes cuyas biografías se ajustaban como un guante a las de sus modelos, mis novelas no hubieran sido por eso menos mentirosas o más verdaderas de lo que son.

La escritura y el tiempo



Porque no es la anécdota lo que en esencia decide la verdad o la mentira de una ficción. Sino que ella no sea vivida, sino escrita; que esté hecha de palabras y no de experiencias vivas. Al traducirse en palabras, los hechos sufren una modificación profunda. El hecho real -la sangrienta batalla en la que tomé parte, el perfil gótico de la muchacha que amé- es uno, en tanto que los signos que pueden describirlo son innumerables. Al elegir unos y descartar otros, el novelista privilegia una y asesina otras mil posibilidades o versiones de aquello que describe: esto, entonces, muda de naturaleza, lo que describe se convierte en lo descrito. Me refiero sólo al caso del escritor realista, aquella secta, escuela o tradición a la que pertenezco cuyas novelas relatan sucesos que los lectores pueden reconocer como posibles a través de su propia experiencia de la realidad. Parecería, en efecto, que para el novelista de estirpe fantástica, que describe mundos irreconocibles y notoriamente inexistentes, no se plantea siquiera el cotejo entre la realidad y la ficción. En realidad, sí se plantea, pero de otra manera. La irrealidad de la literatura fantástica se vuelve, para el lector, símbolo o alegoría, es decir,

representación de realidades, de experiencias que sí puede identificar como posibles en la vida. Lo importante es esto: no es el carácter realista o fantástico de una anécdota lo que traza la línea fronteriza entre verdad y mentira en la ficción.

A esta primera modificación -la que imprimen las palabras a los hechos- se entrelaza una segunda, no -menos radical: la del tiempo. La vida real fluye y no se detiene, es inconmensurable, un caos en el que cada historia se mezcla con todas las historias y, por lo mismo, no empieza ni termina jamás. La vida de la ficción es un simulacro en el que aquel vertiginoso desorden se torna orden: organización, causa y efecto, fin y principio. La soberanía de una novela no está dada sólo por el lenguaje en que está escrita. También, por su sistema temporal, la manera como discurre en ella la existencia: cuándo se detiene y cuándo se acelera y cuál es la perspectiva cronológica del narrador para describir ese tiempo narrado. Si entre las palabras y los hechos hay una distancia, entre el tiempo real y el de una ficción hay siempre un abismo. El tiempo novelesco es un artificio fabricado para conseguir ciertos efectos psicológicos. En él el pasado puede ser anterior al presente -el efecto precede a la causa-, como en ese relato de Alejo Carpentier, Viaje a la semilla, que comienza con la muerte de un hombre anciano y continúa hasta su gestación, en el claustro materno; o ser sólo pasado remoto que nunca llega a disolverse en el pasado próximo desde el que narra el narrador, como en la mayoría de las novelas clásicas; o ser eterno presente, sin pasado ni futuro, como en las ficciones de Samuel Beckett; o un laberinto en que pasado, presente y futuro coexisten, anulándose, como en *The sound and the fury*, de Faulkner.

Decir la verdad

Las novelas tienen principio y fin y, aun en las más informes y espasmódicas, la vida adopta un sentido que podemos percibir porque ellas nos ofrecen una perspectiva que la vida verdadera, en la que estamos inmersos, no nos da jamás. Ese orden es invención, un añadido del novelista, ese simulador que aparenta recrear la vida cuando en verdad la rectifica. A veces sutil, a veces brutalmente, la ficción traiciona la vida, encapsulándola en una trama de palabras que la reducen de escala y la ponen al alcance del lector. Éste puede, así, juzgarla, entenderla y, sobre todo, vivirla con una impunidad que la vida verdadera no le consiente.

¿Qué diferencia hay entonces entre una ficción y un reportaje periodístico o un libro de historia? ¿No están compuestos ellos de palabras? ¿No encarcelan acaso en el tiempo artificial del relato ese torrente sin riberas, el tiempo real? Se trata de sistemas opuestos de aproximación a lo real: en tanto que la novela se rebela y transgrede la vida, aquellos géneros no pueden dejar de ser sus esclavos. La noción de verdad o mentira funciona de manera distinta en ambos casos. Para el periodismo o la historia depende del cotejo entre lo escrito y la realidad que lo inspira: a más cercanía, más verdad, y, a más distancia, más mentira. Decir que la Historia de la revolución francesa, de Michelet, o la Historia de la conquista del Perú, de Prescott, son novelescas es vejarlas, insinuar que carecen de seriedad. Documentar los errores históricos de La guerra y la paz sobre las guerras napoleónicas sería una pérdida de tiempo: la verdad de la novela no depende de eso. ¿De qué, entonces? De su propia capacidad de persuasión, de la fuerza comunicativa de su fantasía, de la habilidad de su magia. Toda

buena novela dice la, verdad y toda mala novela miente. Porque decir la verdad para una novela significa hacer vivir al lector una ilusión, y mentir, ser incapaz de lograr esa superchería. La novela es, pues, un género amoral, o, más bien, de una ética sui géneris, para la cual verdad o mentira son conceptos exclusivamente estéticos. Arte enajenante es de constitución antibrechtiana: si no hay "ilusión, no hay novela".

De lo que llevo dicho parecería desprenderse que la ficción es una fabulación gratuita, una prestidigitación sin trascendencia. Todo lo contrario: por delirante que sea, hunde sus raíces en la experiencia humana, de la que se nutre y a la que alimenta. Un tema recurrente en la historia de la ficción es el riesgo que entraña tomar lo que dicen las novelas al pie de la letra, creer que la vida es como la describen. Los libros de caballería quemaron el seso a Don Quijote y lo lanzan a los caminos a alancear molinos de viento, y la tragedia de Emma Bovary no hubiera ocurrido si el personaje de Flaubert no intentara parecerse a las heroínas de las novelitas románticas que lee. Por creer que la realidad es como las ficciones, Alonso Quijano y Emma sufren terribles quebrantos. ¿Los condenamos por ello? No, sus historias nos conmueven y nos admiran: su empeño imposible de vivir la ficción nos parece personificar una actitud idealista que honra a la especie. Porque querer ser distinto de lo que se es la aspiración humana por excelencia. De ella ha nacido lo mejor y lo peor que registra la historia. De ella han nacido también las ficciones.

Las mentiras que somos

Cuando leemos novelas no somos el que somos, sino también los seres hechizados entre los cuales el novelista nos traslada. El traslado es una metamorfosis: el reducto asfixiante que es nuestra vida real se abre y sialimos a ser otros, a vivir vicariamente experiencias que la ficción vuelve nuestras. Sueño lúcido, fantasía encarnada, la ficción nos completa, a nosotros, seres mutilados a quienes ha sido impuesta la atroz dicotomía de tener una sola vida y la facultad de desear mil. Ese espacio entre la vida real y los deseos y fantasías que le exigen ser más rica y diversa es el que ocupan las ficciones.

En el corazón de todas ellas llamea una protesta. Quien las fabuló lo hizo porque no pudo vivirlas, y quien las lee (y las cree) encuentra en sus fantasmas las caras y aventuras que necesitaba para aumentar su vida. Esa es la verdad que expresan las mentiras de las ficciones: las mentiras, que somos, las que nos consuelan y desagravian de nuestras nostalgias y frustraciones. ¿Qué confianza podemos prestar, pues, al testimonio de las novelas sobre la sociedad que las produjo? ¿Eran esos hombres así? Lo eran, en el sentido de que así querían ser, de que así se veían amar, sufrir y gozar. Esas mentiras no documentan sus vidas, sino los demonios que las soliviantaron, los sueños en que se embriagaron para que la vida que vivían fuera más llevadera. Una época no está poblada sólo de seres de carne y hueso; también de los fantasmas en que éstos se mudan para romper las barreras que los limitan.

Las mentiras de las novelas no son gratuitas: llenan las insuficiencias de la vida. Por eso, cuando la vida parece plena y absoluta y, gracias a una fe que todo lo justifica y absorbe, los hombres se conforman con su destino, las novelas no cumplen servicio alguno. Las culturas religiosas producen poesía, teatro, no novelas. La ficción es un arte de sociedades donde la fe experimenta alguna crisis, donde hace falta creer en algo, donde la visión unitaria, confiada y absoluta ha sido sustituida por una visión resquebrajada y una incertidumbre sobre el mundo en que se vive y el trasmundo. Además de amoralidad, en las entrañas de las novelas anida cierto escepticismo. Cuando la cultura religiosa entra en crisis, la vida parece escurrirse de los esquemas, dogmas, preceptos que la sujetaban y se vuelve caos: ése es el momento privilegiado para la ficción. Sus órdenes artificiales proporcionan refugio, seguridad, y en ellos se despliegan libremente aquellos apetitos y temores que la vida real incita y no alcanza a saciar o conjurar. La ficción es un sucedáneo transitorio de la vida. El regreso a la realidad es siempre un empobrecimiento brutal: la comprobación de que somos menos de lo que soñamos. Lo que quiere decir que, a la vez que aplacan transitoriamente la insatisfacción humana, las ficciones también la azuzan, espoleando la imaginación.

Los inquisidores españoles entendieron el peligro. Vivir las vidas que uno no vive es fuente de ansiedad, un desajuste con la existencia que puede tornarse rebeldía, actitud indócil frente a lo establecido. Es comprensible que los regímenes que aspiran a controlar totalmente la vida desconfíen de las ficciones y las sometan a censuras. Salir de sí mismo, ser otro, aunque sea ilusoriamente, es una manera de ser menos esclavo y de experimentar los riesgos de la libertad.

Preguntas

- 1) ¿Por qué podemos señalar que tanto los personajes reales como los cadetes del Colegio Militar Leoncio Prado, la exmujer del autor representada en *La tía Julia y el escribidor*, así como también personajes novelescos como Alonso Quijano o Emma Bovary no entendieron el pacto de lectura que la ficción propone?
- 2) ¿Qué es el tiempo novelesco y qué diferencias tiene con el tiempo de la vida?
- 3) ¿Qué diferencia la noción de verdad de una novela con la verdad de un libro de historia o de un reportaje periodístico?
- 4) ¿Por qué el autor define la novela como un género amoral?
- 5) ¿Qué es lo que entienden los inquisidores españoles sobre la ficción y, en particular, sobre la novela?
- 6) ¿Qué nos dicen las novelas sobre sus contextos de producción?

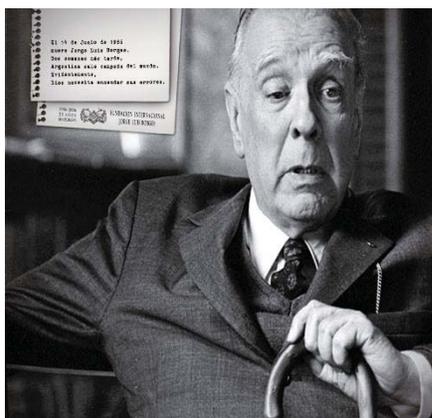
Clase 4

Guía 3

Nombre del alumno:

Fecha:

Curso:



¿Quién es Jorge Luis Borges?

Fue un escritor argentino, uno de los autores más destacados de la literatura del siglo XX. Publicó ensayos breves, cuentos y poemas. Su obra, fundamental en la literatura y el pensamiento universales, además de objeto de minuciosos análisis y múltiples interpretaciones, trasciende cualquier clasificación y excluye todo tipo de dogmatismo

Es considerado uno de los grandes eruditos del siglo veinte, fue candidato al premio Nobel en reiteradas ocasiones, sin embargo, nunca lo recibió, aparentemente dicen tanto sus críticos como seguidores, por su incorrección política que lo llevo a apoyar a dictaduras militares. Quedo ciego a los 55 años, no obstante, esto no detuvo su trabajo literario.

Pierre Menard, autor del Quijote

Jorge Luis Borges

La obra visible que ha dejado este novelista es de fácil y breve enumeración. Son, por lo tanto, imperdonables las omisiones y adiciones perpetradas por madame Henri Bachelier en un catálogo falaz que cierto diario cuya tendencia protestante no es un secreto ha tenido la desconsideración de inferir a sus deplorables lectores —si bien estos son pocos y calvinistas, cuando no masones y circuncisos. Los amigos auténticos de Menard han visto con alarma ese catálogo y aun con cierta tristeza. Diríase que ayer nos reunimos ante el mármol final y entre los cipreses infaustos y ya el Error trata de empañar su Memoria... Decididamente, una breve rectificación es inevitable.

Me consta que es muy fácil recusar mi pobre autoridad. Espero, sin embargo, que no me prohibirán mencionar dos altos testimonios. La baronesa de Bacourt (en cuyos vendredis inolvidables tuve el honor de conocer al llorado poeta) ha tenido a bien aprobar las líneas que

siguen. La condesa de Bagnoregio, uno de los espíritus más finos del principado de Mónaco (y ahora de Pittsburgh, Pennsylvania, después de su reciente boda con el filántropo internacional Simón Kautzsch, tan calumniado, ¡ay!, por las víctimas de sus desinteresadas maniobras) ha sacrificado “a la veracidad y a la muerte” (tales son sus palabras) la señorial reserva que la distingue y en una carta abierta publicada en la revista Luxe me concede asimismo su beneplácito. Esas ejecutorias, creo, no son insuficientes.

He dicho que la obra visible de Menard es fácilmente enumerable. Examinado con esmero su archivo particular, he verificado que consta de las piezas que siguen:

a) Un soneto simbolista que apareció dos veces (con variaciones) en la revista *La Conque* (números de marzo y octubre de 1899).

b) Una monografía sobre la posibilidad de construir un vocabulario poético de conceptos que no fueran sinónimos o perífrasis de los que informan el lenguaje común, “sino objetos ideales creados por una convención y esencialmente destinados a las necesidades poéticas” (Nîmes, 1901).

c) Una monografía sobre “ciertas conexiones o afinidades” del pensamiento de Descartes, de Leibniz y de John Wilkins (Nîmes, 1903).

d) Una monografía sobre la *Characteristica Universalis* de Leibniz (Nîmes, 1904).

e) Un artículo técnico sobre la posibilidad de enriquecer el ajedrez eliminando uno de los peones de torre. Menard propone, recomienda, discute y acaba por rechazar esa innovación.

f) Una monografía sobre el *Ars Magna Generalis* de Ramón Llull (Nîmes, 1906).

g) Una traducción con prólogo y notas del Libro de la invención liberal y arte del juego del axedrez de Ruy López de Segura (París, 1907).

h) Los borradores de una monografía sobre la lógica simbólica de George Boole.

i) Un examen de las leyes métricas esenciales de la prosa francesa, ilustrado con ejemplos de Saint-Simon (*Revue des Langues Romanes*, Montpellier, octubre de 1909).

j) Una réplica a Luc Durtain (que había negado la existencia de tales leyes) ilustrada con ejemplos de Luc Durtain (*Revue des Langues Romanes*, Montpellier, diciembre de 1909).

k) Una traducción manuscrita de la *Aguja de navegar cultos* de Quevedo, intitulada *La Boussole des précieux*.

l) Un prefacio al catálogo de la exposición de litografías de Carolus Hourcade (Nîmes, 1914).

m) La obra *Les Problèmes d'un problème* (París, 1917) que discute en orden cronológico las soluciones del ilustre problema de Aquiles y la tortuga. Dos ediciones de este

libro han aparecido hasta ahora; la segunda trae como epígrafe el consejo de Leibniz Ne craignez point, monsieur, la tortue, y renueva los capítulos dedicados a Russell y a Descartes.

n) Un obstinado análisis de las “costumbres sintácticas” de Toulet (N.R.F., marzo de 1921). Menard -recuerdo- declaraba que censurar y alabar son operaciones sentimentales que nada tienen que ver con la crítica.

o) Una transposición en alejandrinos del Cimetière marin, de Paul Valéry (N.R.F., enero de 1928).

p) Una invectiva contra Paul Valéry, en las Hojas para la supresión de la realidad de Jacques Reboul. (Esa invectiva, dicho sea entre paréntesis, es el reverso exacto de su verdadera opinión sobre Valéry. Éste así lo entendió y la amistad antigua de los dos no corrió peligro.)

q) Una “definición” de la condesa de Bagnoregio, en el “victorioso volumen” -la locución es de otro colaborador, Gabriele d'Annunzio- que anualmente publica esta dama para rectificar los inevitables falseos del periodismo y presentar “al mundo y a Italia” una auténtica efigie de su persona, tan expuesta (en razón misma de su belleza y de su actuación) a interpretaciones erróneas o apresuradas.

r) Un ciclo de admirables sonetos para la baronesa de Bacourt (1934).

s) Una lista manuscrita de versos que deben su eficacia a la puntuación.[1]

Hasta aquí (sin otra omisión que unos vagos sonetos circunstanciales para el hospitalario, o ávido, álbum de madame Henri Bachelier) la obra visible de Menard, en su orden cronológico. Paso ahora a la otra: la subterránea, la interminablemente heroica, la impar. También, ¡ay de las posibilidades del hombre!, la inconclusa. Esa obra, tal vez la más significativa de nuestro tiempo, consta de los capítulos noveno y trigésimo octavo de la primera parte del Don Quijote y de un fragmento del capítulo veintidós. Yo sé que tal afirmación parece un dislate; justificar ese “dislate” es el objeto primordial de esta nota.[2]

Dos textos de valor desigual inspiraron la empresa. Uno es aquel fragmento filológico de Novalis —el que lleva el número 2005 en la edición de Dresden— que esboza el tema de la total identificación con un autor determinado. Otro es uno de esos libros parasitarios que sitúan a Cristo en un bulevar, a Hamlet en la Cannebière o a don Quijote en Wall Street. Como todo hombre de buen gusto, Menard abominaba de esos carnavales inútiles, sólo aptos -decía- para ocasionar el plebeyo placer del anacronismo o (lo que es peor) para embelesarnos con la idea primaria de que todas las épocas son iguales o de que son distintas. Más interesante, aunque de ejecución contradictoria y superficial, le parecía el famoso propósito de Daudet: conjugar en una figura, que es Tartarín, al Ingenioso Hidalgo y a su escudero... Quienes han insinuado que Menard dedicó su vida a escribir un Quijote contemporáneo, calumnian su clara memoria.

No quería componer otro Quijote —lo cual es fácil— sino el Quijote. Inútil agregar que no encaró nunca una transcripción mecánica del original; no se proponía copiarlo. Su

admirable ambición era producir unas páginas que coincidieran -palabra por palabra y línea por línea- con las de Miguel de Cervantes.

“Mi propósito es meramente asombroso”, me escribió el 30 de septiembre de 1934 desde Bayonne. “El término final de una demostración teológica o metafísica —el mundo externo, Dios, la causalidad, las formas universales— no es menos anterior y común que mi divulgada novela. La sola diferencia es que los filósofos publican en agradables volúmenes las etapas intermediarias de su labor y que yo he resuelto perderlas.” En efecto, no queda un solo borrador que atestigüe ese trabajo de años.

El método inicial que imaginó era relativamente sencillo. Conocer bien el español, recuperar la fe católica, guerrear contra los moros o contra el turco, olvidar la historia de Europa entre los años de 1602 y de 1918, ser Miguel de Cervantes. Pierre Menard estudió ese procedimiento (sé que logró un manejo bastante fiel del español del siglo diecisiete) pero lo descartó por fácil. ¡Más bien por imposible! dirá el lector. De acuerdo, pero la empresa era de antemano imposible y de todos los medios imposibles para llevarla a término, éste era el menos interesante. Ser en el siglo veinte un novelista popular del siglo diecisiete le pareció una disminución. Ser, de alguna manera, Cervantes y llegar al Quijote le pareció menos arduo -por —consiguiente, menos interesante— que seguir siendo Pierre Menard y llegar al Quijote, a través de las experiencias de Pierre Menard. (Esa convicción, dicho sea de paso, le hizo excluir el prólogo autobiográfico de la segunda parte del Don Quijote. Incluir ese prólogo hubiera sido crear otro personaje —Cervantes— pero también hubiera significado presentar el Quijote en función de ese personaje y no de Menard. Éste, naturalmente, se negó a esa facilidad.) “Mi empresa no es difícil, esencialmente” leo en otro lugar de la carta. “Me bastaría ser inmortal para llevarla a cabo.” ¿Confesaré que suelo imaginar que la terminó y que leo el Quijote —todo el Quijote— como si lo hubiera pensado Menard? Noches pasadas, al hojear el capítulo xxvi —no ensayado nunca por él— reconocí el estilo de nuestro amigo y como su voz en esta frase excepcional: las ninfas de los ríos, la dolorosa y húmeda Eco. Esa conjunción eficaz de un adjetivo moral y otro físico me trajo a la memoria un verso de Shakespeare, que discutimos una tarde:

Where a malignant and a turbaned Turk...

¿Por qué precisamente el Quijote? dirá nuestro lector. Esa preferencia, en un español, no hubiera sido inexplicable; pero sin duda lo es en un simbolista de Nîmes, devoto esencialmente de Poe, que engendró a Baudelaire, que engendró a Mallarmé, que engendró a Valéry, que engendró a Edmond Teste. La carta precitada ilumina el punto. “El Quijote”, aclara Menard, “me interesa profundamente, pero no me parece ¿cómo lo diré? inevitable. No puedo imaginar el universo sin la interjección de Edgar Allan Poe:

Ah, bear in mind this garden was enchanted!

o sin el Bateau ivre o el Ancient Mariner, pero me sé capaz de imaginarlo sin el Quijote. (Hablo, naturalmente, de mi capacidad personal, no de la resonancia histórica de las obras.) El Quijote es un libro contingente, el Quijote es innecesario. Puedo premeditar su escritura, puedo escribirlo, sin incurrir en una tautología. A los doce o trece años lo leí, tal vez

íntegramente. Después, he releído con atención algunos capítulos, aquellos que no intentaré por ahora. He cursado asimismo los entremeses, las comedias, la Galatea, las Novelas ejemplares, los trabajos sin duda laboriosos de Persiles y Segismunda y el Viaje del Parnaso... Mi recuerdo general del Quijote, simplificado por el olvido y la indiferencia, puede muy bien equivaler a la imprecisa imagen anterior de un libro no escrito. Postulada esa imagen (que nadie en buena ley me puede negar) es indiscutible que mi problema es hartamente más difícil que el de Cervantes. Mi complaciente precursor no rehusó la colaboración del azar: iba componiendo la obra inmortal un poco à la diable, llevado por inercias del lenguaje y de la invención. Yo he contraído el misterioso deber de reconstruir literalmente su obra espontánea. Mi solitario juego está gobernado por dos leyes polares. La primera me permite ensayar variantes de tipo formal o psicológico; la segunda me obliga a sacrificarlas al texto 'original' y a razonar de un modo irrefutable esa aniquilación... A esas trabas artificiales hay que sumar otra, congénita. Componer el Quijote a principios del siglo diecisiete era una empresa razonable, necesaria, acaso fatal; a principios del veinte, es casi imposible. No en vano han transcurrido trescientos años, cargados de complejísimos hechos. Entre ellos, para mencionar uno solo: el mismo Quijote.”

A pesar de esos tres obstáculos, el fragmentario Quijote de Menard es más sutil que el de Cervantes. Éste, de un modo burdo, opone a las ficciones caballerescas la pobre realidad provinciana de su país; Menard elige como “realidad” la tierra de Carmen durante el siglo de Lepanto y de Lope. ¡Qué españoladas no habría aconsejado esa elección a Maurice Barrès o al doctor Rodríguez Larreta! Menard, con toda naturalidad, las elude. En su obra no hay gitanerías ni conquistadores ni místicos ni Felipe II ni autos de fe. Desatiende o proscribiste el color local. Ese desdén indica un sentido nuevo de la novela histórica. Ese desdén condena a Salammbô, inapelablemente.

No menos asombroso es considerar capítulos aislados. Por ejemplo, examinemos el xxxviii de la primera parte, “que trata del curioso discurso que hizo don Quixote de las armas y las letras”. Es sabido que don Quijote (como Quevedo en el pasaje análogo, y posterior, de La hora de todos) falla el pleito contra las letras y en favor de las armas. Cervantes era un viejo militar: su fallo se explica. ¡Pero que el don Quijote de Pierre Menard —hombre contemporáneo de La trahison des clercs y de Bertrand Russell— reincida en esas nebulosas sofisterías! Madame Bachelier ha visto en ellas una admirable y típica subordinación del autor a la psicología del héroe; otros (nada perspicazmente) una transcripción del Quijote; la baronesa de Bacourt, la influencia de Nietzsche. A esa tercera interpretación (que juzgo irrefutable) no sé si me atreveré a añadir una cuarta, que condice muy bien con la casi divina modestia de Pierre Menard: su hábito resignado o irónico de propagar ideas que eran el estricto reverso de las preferidas por él. (Rememoremos otra vez su diatriba contra Paul Valéry en la efímera hoja superrealista de Jacques Reboul.) El texto de Cervantes y el de Menard son verbalmente idénticos, pero el segundo es casi infinitamente más rico. (Más ambiguo, dirán sus detractores; pero la ambigüedad es una riqueza.)

Es una revelación cotejar el Don Quijote de Menard con el de Cervantes. Éste, por ejemplo, escribió (Don Quijote, primera parte, noveno capítulo):

... la verdad, cuya madre es la historia, émula del tiempo, depósito de las acciones, testigo de lo pasado, ejemplo y aviso de lo presente, advertencia de lo por venir.

Redactada en el siglo diecisiete, redactada por el “ingenio lego” Cervantes, esa enumeración es un mero elogio retórico de la historia. Menard, en cambio, escribe:

... la verdad, cuya madre es la historia, émula del tiempo, depósito de las acciones, testigo de lo pasado, ejemplo y aviso de lo presente, advertencia de lo por venir.

La historia, madre de la verdad; la idea es asombrosa. Menard, contemporáneo de William James, no define la historia como una indagación de la realidad sino como su origen. La verdad histórica, para él, no es lo que sucedió; es lo que juzgamos que sucedió. Las cláusulas finales —ejemplo y aviso de lo presente, advertencia de lo por venir— son descaradamente pragmáticas.

También es vívido el contraste de los estilos. El estilo arcaizante de Menard —extranjero al fin— adolece de alguna afectación. No así el del precursor, que maneja con desenfado el español corriente de su época.

No hay ejercicio intelectual que no sea finalmente inútil. Una doctrina es al principio una descripción verosímil del universo; giran los años y es un mero capítulo —cuando no un párrafo o un nombre— de la historia de la filosofía. En la literatura, esa caducidad es aún más notoria. El Quijote —me dijo Menard— fue ante todo un libro agradable; ahora es una ocasión de brindis patriótico, de soberbia gramatical, de obscenas ediciones de lujo. La gloria es una incomprensión y quizá la peor.

Nada tienen de nuevo esas comprobaciones nihilistas; lo singular es la decisión que de ellas derivó Pierre Menard. Resolvió adelantarse a la vanidad que aguarda todas las fatigas del hombre; acometió una empresa complejísima y de antemano fútil. Dedicó sus escrúpulos y vigiliias a repetir en un idioma ajeno un libro preexistente. Multiplicó los borradores; corrigió tenazmente y desgarró miles de páginas manuscritas.[3] No permitió que fueran examinadas por nadie y cuidó que no le sobrevivieran. En vano he procurado reconstruirlas.

He reflexionado que es lícito ver en el Quijote “final” una especie de palimpsesto, en el que deben traslucirse los rastros —Tenues pero no indescifrables— de la “previa” escritura de nuestro amigo. Desgraciadamente, sólo un segundo Pierre Menard, invirtiendo el trabajo del anterior, podría exhumar y resucitar esas Troyas...

“Pensar, analizar, inventar (me escribió también) no son actos anómalos, son la normal respiración de la inteligencia. Glorificar el ocasional cumplimiento de esa función, atesorar antiguos y ajenos pensamientos, recordar con incrédulo estupor que el doctor universalis

pensó, es confesar nuestra languidez o nuestra barbarie. Todo hombre debe ser capaz de todas las ideas y entiendo que en el porvenir lo será.”

Menard (acaso sin quererlo) ha enriquecido mediante una técnica nueva el arte detenido y rudimentario de la lectura: la técnica del anacronismo deliberado y de las atribuciones erróneas. Esa técnica de aplicación infinita nos insta a recorrer la Odisea como si fuera posterior a la Eneida y el libro *Le jardin du Centaure* de madame Henri Bachelier como si fuera de madame Henri Bachelier. Esa técnica puebla de aventura los libros más calmosos. Atribuir a Louis Ferdinand Céline o a James Joyce la *Imitación de Cristo* ¿no es una suficiente renovación de esos tenues avisos espirituales?

Nîmes, 1939

[1] Madame Henri Bachelier enumera asimismo una versión literal de la versión literal que hizo Quevedo de la *Introduction à la vie dévote* de san Francisco de Sales. En la biblioteca de Pierre Menard no hay rastros de tal obra. Debe tratarse de una broma de nuestro amigo, mal escuchada.

[2] Tuve también el propósito secundario de bosquejar la imagen de Pierre Menard. Pero ¿cómo atreverme a competir con las páginas áureas que me dicen prepara la baronesa de Bacourt o con el lápiz delicado y puntual de Carolus Hourcade?

[3] Recuerdo sus cuadernos cuadriculados, sus negras tachaduras, sus peculiares símbolos tipográficos y su letra de insecto. En los atardeceres le gustaba salir a caminar por los arrabales de Nîmes; solía llevar consigo un cuaderno y hacer una alegre fogata.

Preguntas de reflexión

¿Cuál es la reflexión que se esboza en el cuento sobre las características de la ficción?

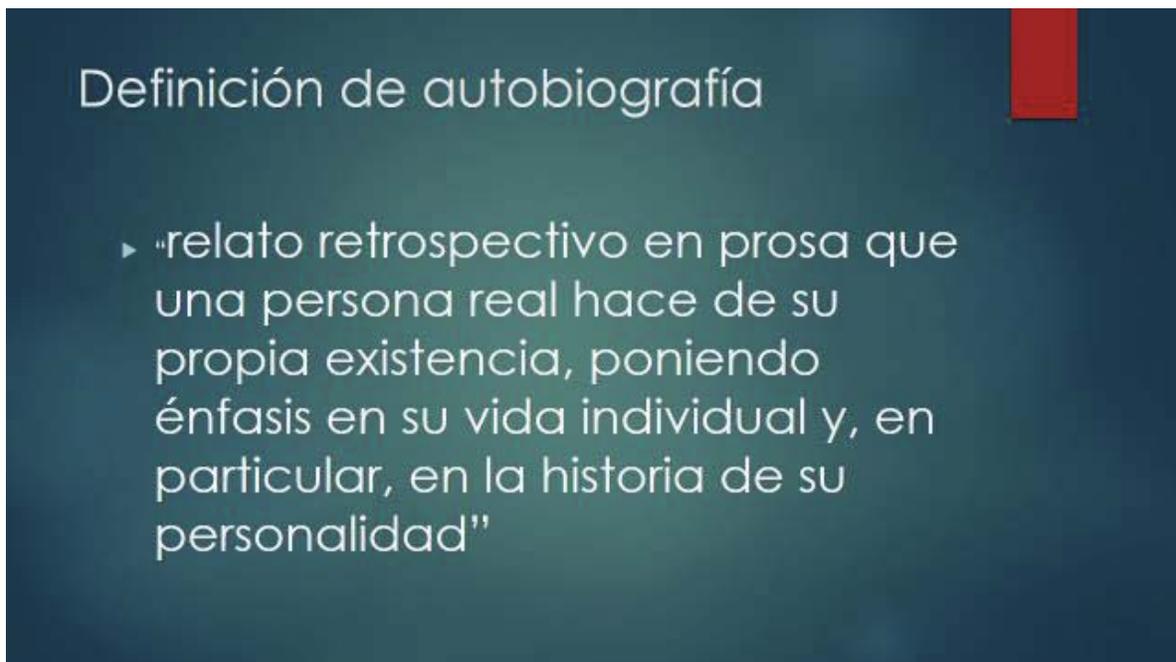
¿Qué nos dicen los contextos de producción y recepción, según la reflexión sobre la ficción esboza en el cuento?

¿Cuáles son las intertextualidades presentes y de qué manera éstas articulan un sentido en la obra?

Escritura del artículo de opinión

Clase 5

Power Point clase 5:



La definición relaciona elementos de 4 categorías diferentes:

- ▶ 1. Forma del lenguaje
 - narración
 - en prosa
- ▶ 2. Tema tratado:
vida individual, historia de una personalidad
- ▶ 3. Situación del autor:
Identidad de autor (cuyo nombre reenvía a una persona real) y del narrador
- ▶ 4. Posición del narrador:
 - identidad del narrador y del personaje principal
 - perspectiva retrospectiva de la narración.

- ▶ Debemos situar los problemas de la autobiografía en relación al nombre propio.

En ese nombre (el de la portada) se resume toda la existencia de lo que llamamos el autor: única señal en el texto de una realidad extratextual indudable, que envía a una persona real, la cual exige de esa manera que se atribuya, en última instancia, la responsabilidad de la enunciación de todo el texto escrito.

¿Quién es "yo"?, ¿quién dice "quién soy yo"?

La primera persona se define en la articulación de dos niveles:

- La referencia: los pronombres personales (yo/tú) solo tienen referencia real en el interior del discurso, en el acto mismo de enunciación.
- Enunciado: los pronombres personales de primera persona señalan la identidad del sujeto de la enunciación y del sujeto del enunciado.

¿Qué se entiende por autor?

- ▶ El autor no es una persona. Es una persona que escribe y publica.
- ▶ Es la línea de contacto entre lo extratextual y el texto. El autor es una persona real y el productor de un discurso.
- ▶ Para el lector, que no conoce a la persona real, pero cree en su existencia, el autor se define como la persona capaz de producir ese discurso, y lo imagina a partir de lo que produce.

¿Cómo distinguir entre la autobiografía y la novela autobiográfica?

- ▶ Si permanecemos en el plano del análisis interno del texto, no hay diferencia alguna.
- ▶ Esto es cierto si nos limitamos al texto, excluyendo la página del título; en el momento en que la englobamos en el texto, con el nombre del autor inscrito en ella, disponemos de un criterio textual general, el pacto autobiográfico

El pacto autobiográfico

- ▶ Es un tipo de contrato establecido entre el autor y el lector.
- ▶ Es la afirmación en el texto de esta identidad del nombre (autor-narrador personaje), y nos envía en última instancia al nombre del autor sobre la portada.
- ▶ Manifiesta la intención de hacer honor a la firma.

¿Cómo opera, entonces, la verificación en el caso de la autobiografía?

- ▶ De manera distinta a otros géneros referenciales, porque a juicio de Lejeune, el autobiógrafo cuenta precisamente lo que solo él puede decir (su intimidad).
- ▶ En la autobiografía resulta indispensable que el pacto referencial sea establecido y que sea mantenido, pero no es necesario que el resultado sea un parecido exacto.

¿La identidad es lo mismo que el parecido?

- ▶ La identidad se define a partir de tres términos: autor, narrador y personaje.
- ▶ El parecido se establece con respecto a un "modelo" , entendido como lo real al que el enunciado quiere parecerse. Los criterios asociados a esta noción son los de exactitud y fidelidad.

¿Contribuye esta distinción a la definición de autobiografía?

- ▶ Sí, porque aclara la oposición entre autobiografía y biografía. En la primera, el punto de partida es la identidad; mientras que en la segunda el gran objetivo es el parecido.
- ▶ Biografía: AUTOR es o no NARRADOR; PERSONAJE se parece a MODELO.
- ▶ Autobiografía: NARRADOR es a PERSONAJE lo que AUTOR a MODELO.

- 
- ▶ En resumen, para Lejeune el género autobiográfico es un género contractual.
 - ▶ Su perspectiva sobre la autobiografía se basa en un análisis de lo que él llama el "nivel global de la publicación, del contrato propuesto por el autor al lector, contrato que determina el modo de lectura del texto y que engendra los efectos que, atribuidos al texto, nos parece que lo definen como autobiográfico".

Guía 4

Nombre del alumno:

Fecha:

Curso:



¿Quién fue Mahatma Gandhi

?

Fue un abogado, pensador y político hinduista indio. Desde 1918 perteneció abiertamente al frente del movimiento nacionalista indio.

Instauró métodos de lucha social novedosos como la huelga de hambre, y en sus programas rechazaba la lucha armada y realizaba una predicación de la áhimsa (no violencia) como medio para resistir al dominio británico.

Una vez conseguida la independencia, Gandhi trató de reformar la sociedad india, empezando por integrar las castas más bajas (los shudras o ‘esclavos’, los parias o ‘intocables’ y los mlechas o ‘bárbaros’), y por desarrollar las zonas rurales. Desaprobó los conflictos religiosos que siguieron a la independencia de la India, defendiendo a los musulmanes en el territorio indio, siendo asesinado por Nathuram Godse, un fanático integracionista hinduista, el 30 de enero de 1948 a la edad de 78 años. Sus cenizas fueron arrojadas al río Ganges.

AUTOBIOGRAFÍA

LA HISTORIA DE MIS EXPERIMENTOS CON LA VERDAD

Mahatma Gandhi

XI- PREPARATIVOS PARA IR A INGLATERRA

En 1887 aprobé los exámenes para el ingreso a la universidad. Tales exámenes se solían efectuar en dos centros: Ahmedabad o Bombay. La pobreza general de la región inducía, naturalmente, a los estudiantes de Kathiawad a preferir el lugar más cercano y económico. Y la pobreza de mi familia impuso la misma elección. Así, fuí por primera vez de Rajkot a Ahmedabad, y sin compañía alguna.

Mi familia quería que prosiguiera los estudios universitarios. Había una universidad en Bhavnagar, así como otra en Bombay, pero estudiar en la primera resultaba más económico. Decidí ir a Bhavnagar e ingresar en el Colegio Samaldas. Así lo hice, pero me hallé completamente desorientado. No lograba seguir las explicaciones de los profesores, y no por culpa de ellos, pues eran considerados como excelentes maestros. Pero yo no estaba preparado. Y al final del primer curso me volví a casa.

Mavji Dave, un brahmán muy inteligente y culto, era un viejo amigo y consejero de la familia que había seguido visitándonos, incluso después de la muerte de mi padre. Ocurrió que vino a vernos durante mis vacaciones. Charlando con mi madre y mi hermano mayor preguntó sobre mis estudios. Al enterarse de que estaba en el Colegio Samaldas, dijo: “Los tiempos han cambiado. Y ninguno de vosotros puede aspirar a seguir la carrera de vuestro padre sin poseer una educación adecuada. Como este muchacho prosigue sus estudios, todos debéis velar para que mantenga la tradición familiar. Tardaría cuatro o cinco años en obtener un título de menor cuantía. O si, al igual que mi hijo, sigue la carrera de Derecho, le llevará más tiempo todavía. Y cuando se gradue habrá una legión de abogados aspirando al puesto de Diwan. Yo, en vuestro lugar, lo enviaría a Inglaterra. Mi hijo Kevalram dice que allí es muy fácil hacerse abogado. En tres años estará de vuelta. Y los gastos no excederán de cuatro a cinco mil rupias. Fijáos en ese abogado que acaba de regresar de Inglaterra. ¡Qué fácilmente vive! Lo harían Diwan en cuanto lo pidiera. Os recomiendo que enviéis a Mohandas a Inglaterra este mismo año. Kevalram, que tiene muchos amigos allí, le dará unas cartas de presentación y ya veréis cómo a Mohandas le va muy bien”.

Joshiji —que así es como acostumbrábamos a llamar al viejo Mavji Dave— volvióse hacia mí, y preguntó, con plena seguridad:

— ¿No preferirías estudiar en Inglaterra en vez de aquí?

En verdad, ninguna sugestión podía serme más grata. Yo estaba batallando por sacar adelante mis difíciles estudios, de manera que manifesté que me gustaría partir hacia Inglaterra lo antes posible. Pero no era tarea fácil aprobar rápidamente los exámenes. ¿No podría estudiar la carrera de medicina?

Mi hermano me interrumpió:

—A nuestro padre jamás le gustó. Pensaba en tí cuando dijo que nosotros los vaishnavas no debíamos jamás hacer la disección de organismos muertos. Nuestro padre quería que fueses abogado.

Intervino Joshiji:

—Yo no me opongo a la profesión médica como se oponía Gandhiji. Nuestros Shastras no dicen nada en su contra. Pero el título de médico no te permitirá ser Diwan e incluso algo mejor. Y sólo de ese modo puedes tomar a tu cargo la protección de tu numerosa familia. Los tiempos cambian rápidamente y son más duros cada día. Lo más inteligente es que te hagas abogado. —Y volviéndose hacia mi madre, agregó—: Bueno, ahora debo irme. Os ruego que meditéis sobre cuanto os he dicho. Cuando os visite la próxima vez espero que me informéis de que Mohandas se está preparando para ir a Inglaterra. Y, por supuesto, creo que me diréis si os puedo ayudar en algo.

Joshiji partió y yo comencé a levantar castillos en el aire. Mi hermano mayor estaba muy preocupado con la cuestión. ¿De dónde iba a sacar lo necesario para los gastos? Y ¿era prudente enviar al extranjero, sin nadie que lo acompañara, a un joven como yo?

Mi madre sentíase perpleja y apenada. No le gustaba la idea de separarse de mí. Y para quitarme la idea de la cabeza me dijo:

—El tío es ahora el cabeza de familia. Deberíamos consultarle. Si él da su consentimiento, pensaré el asunto.

Mi hermano tenía otros pensamientos, y me los comunicó:

—Tenemos unos derechos evidentes con respecto al Estado de Porbandar. Mr. Lely es el administrador. Tiene un elevado concepto de nuestra familia y estima mucho al tío. Es posible que acceda a recomendarnos para que el Estado preste alguna ayuda para tu educación en Inglaterra.

XII- DESCASTADO

Con el permiso y las bendiciones de mi madre partí, exultante, dejando a mi esposa con un niño de pocos meses. Pero al llegar a Bombay, los amigos le dijeron a mi hermano que el Océano Índico estaba muy tempestuoso durante los meses de junio y julio, y que, siendo este mi primer viaje no debían dejarme embarcar hasta noviembre. Alguien informó que se había hundido un barco en medio de una galerna.

Todo esto intranquilizó a mi hermano, quien no quiso aceptar el riesgo de hacerme embarcar inmediatamente. Me dejó en Bombay con un amigo y volvió a Rajkot para reanudar sus obligaciones. Depositó el dinero del viaje en manos de un cuñado y advirtió a varios amigos que me ayudaran en todo lo que fuera menester.

El tiempo transcurría lentamente en Bombay. Pesaba sobre mis hombros. No soñaba sino en partir hacia Inglaterra.

Mientras tanto, la gente de mi casta se agitó mucho ante la noticia de mi partida. Ningún modh bania había ido jamás a Inglaterra y si yo me atrevía a hacer semejante cosa sería llamado a capítulo. Se convocó una asamblea general de mi casta y me convocaron para

que compareciera. Fuí Cómo conseguí reunir en seguida el valor necesario, es algo que no acierto a explicarme. Nada intimidado y sin la más leve vacilación, me presenté ante la asamblea. El sheth —el jefe de la comunidad—, que era un pariente lejano mío, y que siempre estuvo en muy buenos términos con mi padre, me abordó así:

—En opinión de la casta, tus propósitos de ir a Inglaterra son totalmente inaceptables. Nuestra religión prohíbe los viajes al extranjero. También hemos oído decir que no es posible vivir allí sin traicionar a nuestra religión. ¡Porque uno se ve obligado a comer y beber como los europeos!

A lo cual, yo respondí:

—No creo que ir a Inglaterra esté contra nuestra religión. Pienso ir allí para ampliar estudios. Ya he prometido solemnemente a mi madre abstenerme de las tres cosas que más teméis. Y estoy seguro de que el juramento que hice me mantendrá a salvo.

—Pero nosotros te decimos —prosiguió el sheth— que no es posible cultivar nuestra religión allí. Conoces mis relaciones con tu padre y deberías escuchar mi consejo.

—Conozco esas relaciones —repliqué— y tú eres para mí como el cabeza de nuestra familia. Pero nada puedo hacer en esta cuestión. No puedo alterar mi resolución de ir a Inglaterra. El amigo y consejero de mi padre, que es un sabio brahmán, no hace objeción alguna a que vaya. Y mi madre y mi hermano me han concedido también su autorización.

—Pero ¿desobedecerás las órdenes de la casta?

—Realmente nada puedo hacer. Pienso que la casta no debe inmiscuirse en este asunto. Mi respuesta irritó al sheth. Yo tomé asiento, impasible. Entonces, el sheth pronunció su sentencia:

—A partir de hoy este muchacho ha de ser considerado como un descastado. Quienquiera que le ayude o vaya a verle en el muelle, será castigado con una multa de una rupia a cuatro annas.

La sentencia no me produjo el menor efecto, y despidiéndome del sheth me fui de allí. Me pregunté cómo tomaría mi hermano lo ocurrido. Por fortuna se mantuvo firme y me escribió diciendo que seguía contando con su permiso para ir, pese a la orden del sheth. De cualquier forma, el incidente aumentó mi ansiedad por partir. ¿Qué ocurriría si mediante presión conseguían doblegar a mi hermano? Mientras así cavilaba, supe que un vakil de Juiiagadh iba a embarcarse para Inglaterra, pues debía actuar en un caso ante el foro inglés. Iba a partir en un barco que levaría anclas el 4 de septiembre. Me entrevisté con los amigos a los cuales me había encomendado mi hermano y todos coincidieron conmigo en que no debía pasar por alto la oportunidad de viajar en tan buena compañía.

No había tiempo que perder. Telegrafíé a mi hermano para que me autorizase. Me contestó afirmativamente. Pedí a mi cuñado que me diera el dinero confiado a su custodia pero me manifestó que no podía dármelo; tenía que acatar la orden del sheth pues no podía correr el riesgo de que se le descastase. Busqué entonces a un amigo de la familia y le pedí que me diera el monto de mi pasaje, y para las necesidades más inmediatas, y que al mismo tiempo tratara de recuperar el dinero de mi hermano. Este amigo no sólo fue lo bastante bondadoso como para acceder a mi petición sino que me animó a seguir adelante. Con parte del dinero compré el pasaje. Luego tenía que equiparme para el viaje. Fue él quien me consiguió las

ropas necesarias y otros efectos. Algunas ropas me gustaban y otras no. La corbata, por ejemplo, que posteriormente me encantaba llevar, me pareció entonces algo horrendo. El chaqué me resultaba inmodesto. Pero todo aquello no incidía para nada en mis deseos de ir a Inglaterra, que seguían primando por sobre todo. Todavía tenía las provisiones necesarias para hacer el viaje. Mis amigos me hicieron reservar una litera en la misma cabina de Sjt. Tryambakrai Mazmudar que era el vakil de Junadah. Además, me encomendaron a él. Era un hombre de edad madura, mucha experiencia, y conocimiento amplio del mundo. En cambio yo era un mocoso de dieciocho años, sin la menor experiencia mundana. Sjt. Mazmudar dijo a mis amigos que no se preocuparan por mí. Y el 4 de septiembre salí al fin de Bombay rumbo a Inglaterra.

XXI- ÉL ES EL AMPARO DE LOS DESAMPARADOS, LA FUERZA DE LOS DÉBILES

[...]

No hubo nada que hacer. Me retorcí las manos de desesperación. Mi hermano también estaba muy preocupado. Los dos llegaron a la conclusión de que era inútil seguir por más tiempo en Bombay. Me instalaría en Rajkot, donde mi hermano, abogadillo sin título, podía proporcionarme algunos trabajos, tales como la redacción de solicitudes y memoriales. Además, como teníamos casa en Rajkot, levantar la de Bombay representaba una economía considerable. Me gustaba la idea. Así, mi pequeño establecimiento fue clausurado definitivamente, al cabo de una estadía de seis meses en Bombay.

Mientras estuve allí, solía ir a tribunales todos los días, no puedo decir que haya aprendido gran cosa. Tenía pocos conocimientos para aprender mucho. Con frecuencia era incapaz de seguir los casos, y me dormía. Pero había otros que me acompañaban en el sueño, aligerando así mi carga de vergüenza. Al cabo de un tiempo dejé de avergonzarme, pues comencé a pensar , que dormir en Tribunales era una moda distinguida.

Si la presente generación tiene también sus abogados sin pleitos como yo en Bombay, les recomiendo que practiquen este precepto de carácter práctico: andar. Aunque yo vivía en Girgaum rara vez tomaba un coche o un tranvía. Mi norma invariable era ir a pie al tribunal. Tardaba en llegar unos cuarenta y cinco minutos y, desde luego, regresaba a casa a pie. De este modo no sólo hacía ejercicio, sino que me inmunicé contra los calores del sol. Este paseo hacia y desde tribunales, me ahorró mucho dinero, y cuando muchos de mis amigos de Bombay se ponían enfermos, yo recuerdo que me mantenía sano. Mi memoria no registra que una sola vez haya estado enfermo. Incluso cuando empecé a ganar dinero conservé la costumbre de caminar desde mi casa hasta el lugar de trabajo y hoy sigo todavía cosechando los beneficios de ese ejercicio.

PARTE II

IV- EL PRIMER DISGUSTO

Decepcionado, me fui de Bombay, llegué a Rajkot e instalé mi oficina. Allí me fue relativamente bien. Redactando solicitudes, demandas y memoriales, ganaba unas 300 rupias por mes. Por este trabajo debía dar gracias a la influencia de mi hermano, y no a mi propia capacidad, pues el socio de mi hermano tenía una buena clientela. Todas las demandas, que eran en realidad, o según su opinión, de importancia, se las entregaba a los grandes abogados. Las de menor cuantía a mí.

Debo confesar, que tuve que renunciar a mi norma de no dar comisión, que tan escrupulosamente mantuve en Bombay. Me dijeron que en Rajkot las condiciones eran distintas. Que mientras en Bombay las comisiones había que pagarlas a los agentes, en Rajkot se abonaban a los vakiles que proporcionan el pleito. Y que lo mismo que en Bombay, todos los abogados, sin excepción pagaban un tanto por ciento en concepto de comisión. Además el argumento empleado por mi hermano era incontestable: -Date cuenta- me dijo-, de que trabajo en sociedad con otro vakil. Yo siempre me inclinaré a darte todo el trabajo que puedas realizar, pero si te niegas a pagar una comisión a mi socio me crearás dificultades. Porque tú y yo tenemos un negocio en común y, automáticamente, cuando tú ingresas algo, yo gano una parte. Pero ¿y mi socio? Supongamos que entrega el mismo caso a otro abogado; evidentemente percibirá la comisión.

Me convencieron sus argumentos, pensé que si quería ejercer como abogado, no podía mantener mi negativa de pagar comisiones. Así, razoné que sólo tenía dos caminos: o aceptaba o debía abandonar el ejercicio de la profesión, con lo cual me engañaba a mi mismo. Pero, permítaseme agrega que jamás di comisiones a nadie por ningún otro concepto, salvo el expuesto. De este modo, cuando comenzaba a creer que iba adquiriendo mucha experiencia, recibí la primera gran lección y también el primer disgusto de mi vida. Yo había oído hablar de lo que era un funcionario británico, pero hasta la fecha no había tenido que vérmelas con ninguno.

Mi hermano había sido secretario y consejero de Ranasaheb de Porbandar -ya fallecido-, antes de que fuera instalado en su gadi (trono). Y de aquel entonces, quedaba pendiente la acusación sobre mi hermano de haber aconsejado mal al príncipe, mientras ocupó el mencionado cargo. El asunto había ido a manos del Agente Político, quien tenía prejuicios contra mi hermano. Ahora bien, yo había conocido a ese funcionario durante mi estancia en Inglaterra, y podía decirse que se comportó conmigo cordial y amistosamente. Mi hermano pensó que yo debía hacer uso de esa amistad para decir unas palabras en su favor y lograr que el Agente Político no estuviera injustamente prevenido contra él.

A mí no me gustaba la idea en modo alguno. “Yo no debo –pensaba- aprovecharme de una amistad superficial hecha en Inglaterra. Si mi hermano era realmente culpable ¿de qué servía cualquier recomendación? Y si inocente era innecesario recurrir al Agente Político.

Bastaba confiar en su inocencia y esperar el resultado”. Pero mi hermano no compartió mi opinión, en absoluto.

-No conoces Kathiawad -me dijo - y todavía tienes que conocer el mundo. Aquí sólo cuenta la influencia. No es propio de ti, siendo mi hermano que eludas tu deber, cuando fácilmente puedes interceder por mí ante un funcionario al cual conoces.

No le podía negar el favor que me pedía y fui a visitar al funcionario. Yo estaba convencido de que no me asistía derecho alguno para dirigirme a él y tenía la plena conciencia de que estaba arriesgando mi propia dignidad. De cualquier modo, pedí y obtuve una entrevista. Le recordé nuestra vieja relación, pero inmediatamente descubrí que Kathiawad, aquí, era distinto a Londres; que un funcionario con licencia no era el mismo hombre que cuando estaba de servicio. El Agente Político se puso rígido y como en guardia al recordar aquella relación. Con su estiramiento parecía decirme: “¿Supongo que no viene usted aquí a abusar de nuestra amistad ?” Aquella idea parecía incluso estar escrita en su frente. Pese a aquellas señales, expuse mi caso. El sahib se impacientó:

-Su hermano es un intrigante -me dijo-. No quiero que siga usted adelante. No tengo tiempo que perder. Si su hermano tiene algo que decir, que lo diga por el conducto habitual y adecuado.

La respuesta era fuerte pero, probablemente, merecida. Sin embargo, el egoísmo es ciego. Seguí adelante con mi historia. El sahib se puso en pie y dijo:

- Hágame el favor de irse.

-¡Pero escúcheme, se lo ruego! -le contesté.

Lo cual lo hizo enfurecer. Llamó a su asistente y le ordenó que me acompañara hasta la puerta. Yo seguía vacilando cuando llegó el asistente, plantó ambas manos sobre mis hombros y me empujó fuera de la habitación.

Me quedé en la calle hecho una furia. En el acto escribí una nota que envié al funcionario. Decía así:

“Usted me ha insultado. Usted me ha agredido por intermedio de su asistente. Si no me presenta sus excusas, tendré que proceder contra usted”.

La respuesta llegó inmediatamente, por intermedio de su sower:

“Usted se comportó conmigo rudamente. Le pedí que se fuera y no me hizo caso. No tenía otro camino, sino ordenar a mí asistente que le mostrara la puerta. Incluso cuando él le pidió que saliera, usted no hizo caso. Él por consiguiente, tuvo que hacer la fuerza necesaria para obligarlo a salir. Está usted en libertad de proceder como guste”.

Con esta respuesta en el bolsillo llegué a casa, alicaído, y le conté a mi hermano lo ocurrido. Se sintió muy apenado, sobre todo porque no sabía cómo consolarme. Habló a sus amigos vakiles, porque yo no sabía cómo iniciar demanda contra el sahib. Por aquellos días pasó por allí sir Pherozechah Mehta, que llegaba de Bombay para defender un pleito en Rajkot. Pero ¿un abogado novato como yo podía atreverse a visitarlo? Por consiguiente, le envié por escrito los datos de mi caso y solicité su consejo.

-Dile a Gandhi -manifestó al vakil que estaba a su servicio- que episodios semejantes son

una experiencia común de muchos abogados y vakiles. Acaba de llegar de Inglaterra y su sangre se inflama fácilmente todavía. No conoce a los funcionarios británicos. Si quiere ganar algún dinero y vivir tranquilo, dile que rompa la nota y que se olvide del insulto. No conseguirá nada procediendo contra el sahib y, por el contrario, lo más probable es que origine su propia ruina. Dile que primero tiene que conocer la vida.

El Consejo fue un amargo veneno para mí pero tenía que tragármelo. Guardé el insulto, pero también extraje algún beneficio. Pensé que nunca más me volvería a colocar en una falsa posición como aquella, ni trataría de explotar una amistad en esa forma. Y desde entonces no he quebrantado esa determinación.

Ese primer disgusto cambió totalmente el curso de mi vida.

V- ME PREPARO PARA SUDÁFRICA

(...)

El tren llegó a Maritzburg, la capital de Natal, hacia las nueve de la noche. En esa estación se solían tomar los camarotes. Un empleado del ferrocarril vino y me preguntó si quería una litera. Le dije que no. El empleado se fue. Al poco llegó un pasajero y me miró de arriba abajo. Vio que era un “hombre de color” y se sintió molesto. Salió y volvió momentos después con dos empleados. Uno de ellos se adelantó y me dijo:

—Venga conmigo. Usted tiene que viajar en los vagones de tercera.

—Pero yo tengo billete de primera —repliqué.

—No importa —terció el otro empleado—. Usted tiene que viajar en tercera.

—Se me permitió viajar en este compartimiento desde Durban e insisto en seguir viaje donde estoy.

—No puede. Debe dejar este compartimiento o tendré que llamar a un policía para que lo eche.

—Hágalo. Yo me niego a salir voluntariamente.

Llegó el policía, me tomó de la muñeca y me sacó afuera. Mi equipaje también lo sacaron al andén. Me negué a meterme en la tercera. Y en esto, el tren partió. Fui a la sala de espera y me senté, llevando en la mano mi portafolios. El resto del equipaje lo dejé donde estaba, pues consideré que las autoridades ferroviarias se habían hecho cargo de él.

Era invierno y durante esa época del año en las regiones altas de Sudáfrica hace mucho frío. Como Maritzburg está a considerable altura, el frío era muy intenso. Yo tenía el sobretodo en una valija, pero no me atrevía a pedirlo por temor a ser insultado otra vez. Por consiguiente, me limité a quedarme sentado y temblando. No había luz en la sala de espera. Hacia la medianoche se acercó un pasajero, al parecer con ganas de entablar conversación. Pero yo no estaba de humor para hablar.

Comencé a pensar en cuál era mi deber. ¿Debía seguir luchando por mis derechos o volver a la India? ¿O debía seguir hasta Pretoria, sin hacer caso de los insultos, y regresar a mi país después de haber concluido el litigio? Sería cobardía retornar a la India sin haber cumplido mis compromisos. Las humillaciones a que me veía sometido eran superficiales. Un simple

síntoma de la profunda enfermedad de los prejuicios raciales. Trataría, en la medida de lo posible, de desarraigar la enfermedad y soportaría todas las durezas inherentes al proceso. Me preocuparía ante todo, no de mí, sino de buscar los medios de cooperar a la desaparición de los prejuicios de color.

Consecuente con estas ideas, decidí tomar el siguiente tren para Pretoria.

A la mañana siguiente envié un largo telegrama al Director General de Ferrocarriles e informé al Sheth Abdulla, quien inmediatamente se entrevistó con el Director General. Éste justificó la conducta de las autoridades ferroviarias, pero le dijo que ya había ordenado al jefe de estación, para que adoptase las medidas necesarias, a fin de que yo llegase a destino sin inconvenientes de ninguna especie.

Abdulla cablegrafió a los comerciantes indos de Maritzburg y a los amigos de otros lugares para que me ayudasen de lo posible. Los comerciantes vinieron a verme a la estación y trataron de consolarme narrándome sus propias dificultades y explicándome que lo que me había ocurrido a mí era cosa frecuente. Agregaron que los indos que viajaban en primera o segunda clase, casi siempre tienen conflictos con los pasajeros blancos y los empleados del ferrocarril.

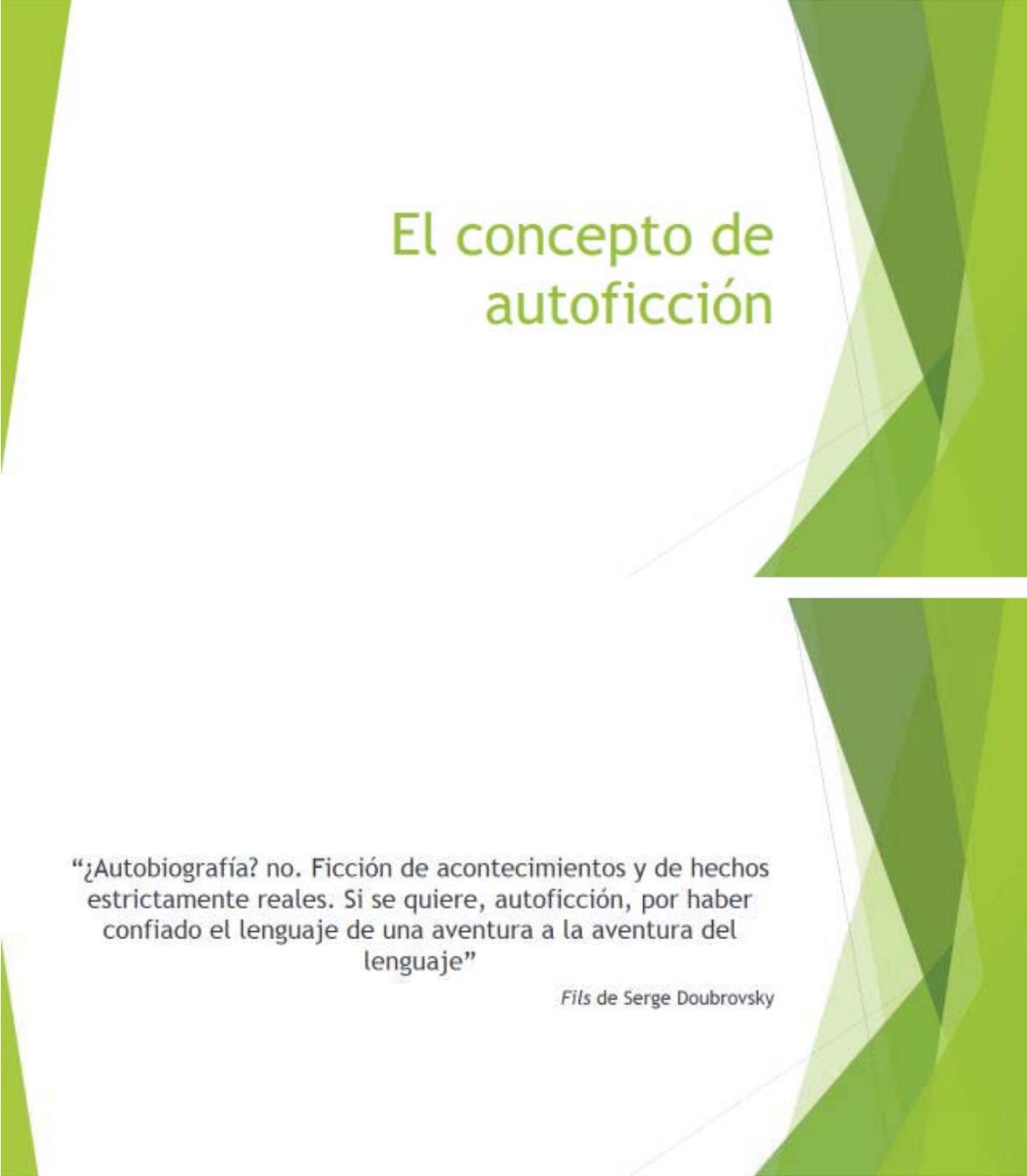
Y así pasó el día, oyendo estos relatos de temor. El tren llegó hacia el anochecer. Estaba reservado un camarote a mi nombre. Esta vez compré en Maritzburg el billete de cama que me había negado a adquirir en Durban. El tren me llevó hasta Charlestown

Actividad

Escriba un texto argumentativo (de máximo dos planas) en el cual explique por qué el texto leído debemos considerarlo una autobiografía. Su argumentación debe centrarse en cuatro aspectos diferentes (el lenguaje, el tema, la situación del autor y la posición del narrador). Debe utilizar citas del texto en cada uno de los aspectos para justificar su argumentación.

Clase 7

Power Point class 7:



El concepto de autoficción

“¿Autobiografía? no. Ficción de acontecimientos y de hechos estrictamente reales. Si se quiere, autoficción, por haber confiado el lenguaje de una aventura a la aventura del lenguaje”

Fils de Serge Doubrovsky

¿el pacto autoficcional?

La propuesta de Serge Doubrovsky, la autoficción, nos propone una narración ficticia utilizando las características, que según Philippe Lejeune, definían el pacto autobiográfico o, al menos, una de sus características centrales; es decir, la coincidencia nominal entre autor y personaje-narrador.

La coincidencia nominal entre autor y personaje-narrador, en el pacto autobiográfico, nos remitía a una referencia extratextual; en la autoficción, dicha referencia queda clausurada, sin embargo, se mantienen las características de la autobiografía.

¿Por qué escribir una ficción con las características de la autobiografía?

- ▶ Confundir deliberadamente persona y personaje, insinuando paradójicamente que este es y no es el autor.
- ▶ la introducción de este concepto coincide con un acuerdo general sobre la confusión e hibridación de los géneros en la literatura actual
- ▶ Encuentra ecos, también, en la crítica contemporánea a la noción de verdad cerrada, en el giro subjetivista de las artes en general y en el deseo de construir una imagen ambigua e inestable entre realidad y ficción, entre literatura y vida.
- ▶ la intención de diluir las fronteras que demarcaban el discurso histórico y ficticio.



“es precisamente este cruce de géneros lo que configura un espacio narrativo de perfiles contradictorios, pues transgrede o al menos contraviene por igual el principio de distanciamiento de autor y personaje que rige el pacto novelesco y el principio de veracidad del pacto autobiográfico”

Manuel Alberca, crítico literario.

El concepto de autoficción como efecto.

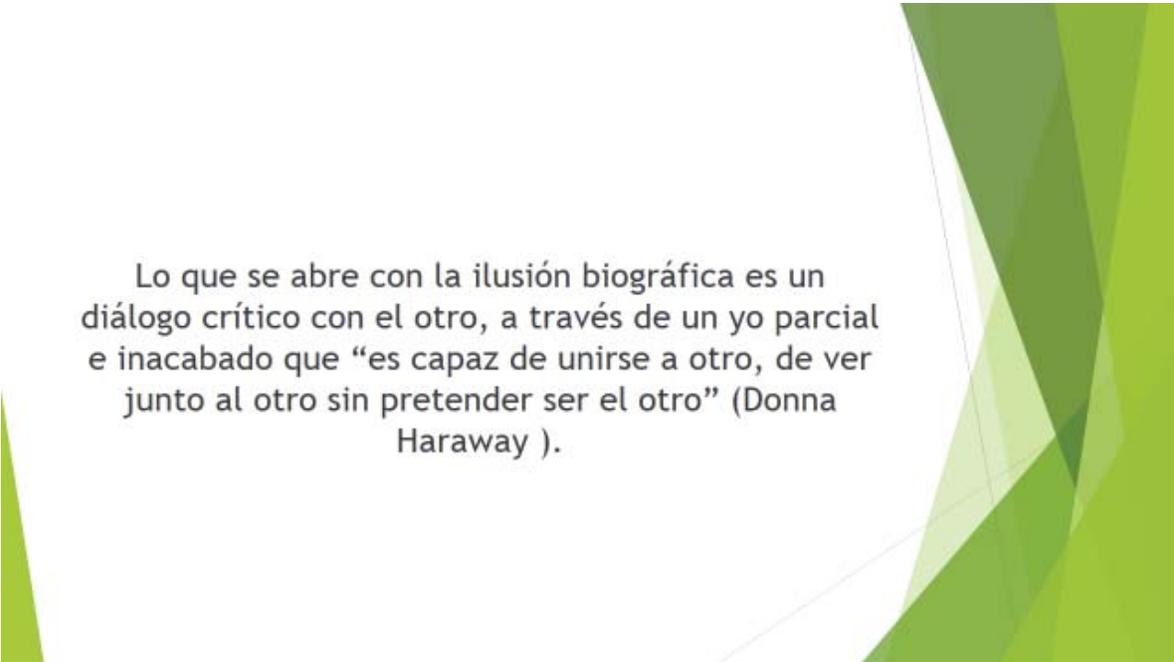
- 
- ▶ Los autores clásicos leen, comúnmente, la autoficción como la amalgama entre el pacto novelesco y el pacto autobiográfico.
 - ▶ No obstante, nuevas propuestas, entienden la autoficción como un “efecto de ficción”, es decir, no importa que elementos de la autoficción son de la vida del autor (referencialidad) o cuales de su inventiva (extrareferencial) sino como un efecto que articula una ilusión biográfica.
 - ▶ En esta lectura lo importante no es determinar la veracidad o no veracidad de lo que señala el texto, sino los efectos de ambigüedad que producen las ilusiones biográficas

Imagen de autoría

Si entendemos la autoficción como efecto no se habla de autor (que alude siempre a una referencialidad) sino de imagen de autoría porque se pone la atención en que la autoría no es una persona, sino una función del discurso

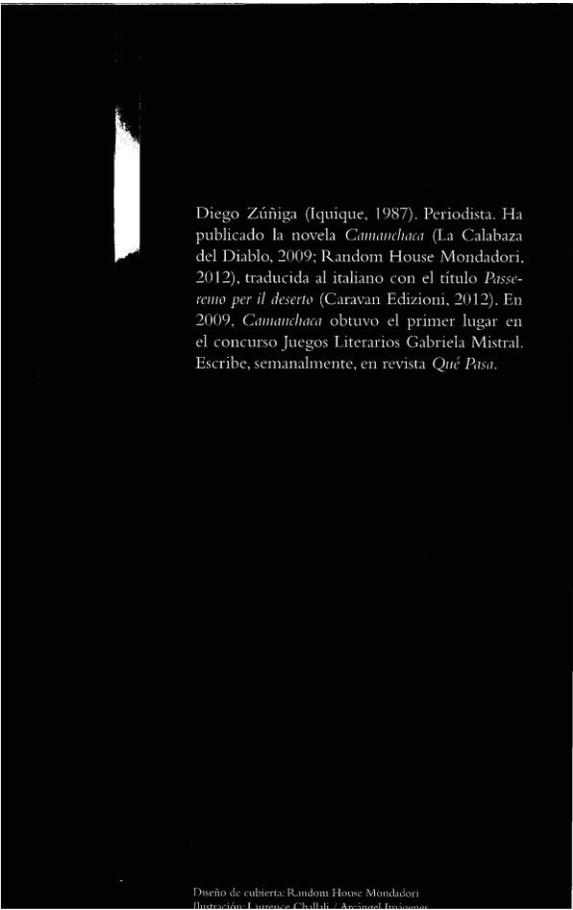
¿Por qué es importante la ilusión biográfica ?

- ▶ La ilusión biográfica articula un punto de vista situado, que puede ser real o ficticia, lo importante es que es el punto de vista de una identidad, de una individualidad, que dialoga con el contexto extrareferencial y que es esa y no otra, por tanto, no permite una lectura alegórica de la obra, por tanto, no es atribuirle una representación.
- ▶ La lógica de la mirada es importante para la autoficción porque es una identidad que mira, mostrándose. Por tanto, a la reflexión del contexto (lo que mira) introduce una reflexión sobre el que mira, sobre la mirada y las maneras de mirar. Es decir, la ilusión biográfica imposibilita el gesto de representación del narrador.



Lo que se abre con la ilusión biográfica es un diálogo crítico con el otro, a través de un yo parcial e inacabado que “es capaz de unirse a otro, de ver junto al otro sin pretender ser el otro” (Donna Haraway).

Fragmento novela camanchaca



Diego Zúñiga (Iquique, 1987). Periodista. Ha publicado la novela *Camanchaca* (La Calabaza del Diablo, 2009; Random House Mondadori, 2012), traducida al italiano con el título *Passe-remo per il deserto* (Caravan Edizioni, 2012). En 2009, *Camanchaca* obtuvo el primer lugar en el concurso Juegos Literarios Gabriela Mistral. Escribe, semanalmente, en revista *Qué Pasa*.

Diseño de cubierta: Random House Mondadori
Ilustración: Laurence Chahbi / Arcimod / Imagoart

—Ahí tienes: una historia de familia —dijo Bobby.
—La historia de todo el mundo —respondí—.
La historia de siempre.

RICHARD FORD

[Mis papás se separaron cuando yo tenía cuatro años. Ahora tengo veinte.] Vivo con mi mamá en Santiago. Él se quedó en Iquique junto a su nueva familia. A veces nos vemos cuando viaja por negocios. Me lleva a comprar ropa o me pide que lo acompañe, junto a su nueva mujer, a buscar algunas cajas. Yo me subo a su camioneta, me pongo los audífonos, enciendo el mp3 y lo acompaño.

Ahora me dice que debemos ir a Tacna porque si no podría perder mis dientes, que él conoce a una dentista que me ayudará a salvarlos. Me explica eso y su hijo de diez años, que va en la parte trasera de la camioneta, se ríe a carcajadas y dice algo que no alcanzo a entender. Se ríe y la mujer de mi papá le dice Eduardito, cállate, pero él no deja de reírse.

[Mi mamá perdió todos los dientes.] Se tuvo que poner una placa. A veces va a la cocina y abre un cajón, donde guarda la crema especial, y se da media vuelta y se arregla la dentadura superior. Yo miro el reflejo de su cara en la ventana de la cocina y no digo nada. Después ella se gira y aparece con la parte superior de los dientes bien puesta. La parte inferior no la usa. Dice que le hace daño, que no la deja dormir.

↳ Bruxismo

su papá eduardo

La mujer de mi papá se llama Nancy. Mi mamá dice que se paraba en Thompson y que ahí conoció a mi papá. A veces me dan ganas de preguntárselo. Ahora que la miro por el espejo retrovisor, mientras me ofrece un vaso con bebida, pienso que podría preguntárselo. Decirle si es verdad que se paraba en Thompson. La miro. Ella sonríe. Ella me muestra su sonrisa perfecta y yo niego con la cabeza. Después me pongo los audífonos y dirijo la mirada hacia la carretera.

Desde el día que llegamos a Santiago, mi mamá nunca más quiso trabajar. Nunca más salió a la calle. Solo vamos al supermercado la primera semana de cada mes. Mi abuelo le manda plata y ella me pide que la acompañe. Entonces vamos y compra las cosas del mes, y se compra una tintura para el pelo, aunque nunca sabe cuál le sienta mejor, así que me pide mi opinión; yo miro las cajas y no entiendo la diferencia entre un rubio ceniza y un rubio mate. Aunque miro a la mujer que sale en la caja y luego observo a mi mamá y le doy mi opinión. A veces me hace caso, aunque generalmente elige el contrario y sale del pasillo de las tinturas y continúa con la compra del mes.

Fue una de esas noches, completamente a oscuras, que mi mamá me contó lo de mi tío Neno. Me dijo que había muchas cosas que yo no sabía, que no fue idea suya mentirme, que era un trato que había hecho con mis abuelos. Y me contó la historia. Con detalles. Con silencios. Días después no volveríamos a hablar más de mi tío Neno. Días después habría otra historia que nadie iba a querer contar.

Mi papá me dice que ya estamos cerca de Antofagasta. Me explica que hay que tenerle respeto al desierto y a la carretera, que no cualquiera puede conducir por ahí. Yo asiento con la cabeza mientras me saco uno de los audífonos con la mano. Lo miro, moviendo la cabeza, y él me dice que algún día me enseñará a manejar, que no cuesta nada. Y yo vuelvo a asentir. Y después él pone su mano derecha en mi muslo y me dice que debería bajar un poco de peso, que si no bajo de peso me puede pasar algo. Y yo muevo mi cabeza y me pongo el audífono.

Nos bajamos en una bencinera. Mi papá compra un par de bebidas y algo para comer. Yo me quedo junto a la camioneta, viendo cómo la mujer y su hijo hojean unas revistas mientras esperan a mi papá. Pienso en mi último viaje a Iquique. Mi abuela muerta. Sus ojos cerrados y un hilo de sangre que corre por su boca, un hilo que aparece justo antes de que cierren el cajón. Luego el cementerio. La enterraron junto a mi tío Neno. Creo que esa mañana tuvieron que reducir los restos de mi tío para que entraran en el mismo nicho. Mi papá no quiso ir a verlo. Tuvo que ir mi abuelo. Dijo que el cuerpo de mi tío estaba momificado. Mi papá no dijo nada.

Al día siguiente no fui a clases. No creo que haya sido por la historia de mi tío, simplemente no tuve ganas de levantarme. Estudiaba periodismo, quería trabajar en una radio. Quería tener un programa sobre fútbol o de entrevistas. Mi mamá, en cambio, lo único que deseaba era que estudiara derecho. Insistía en que me iba a perder en el periodismo, que no iba a tener futuro, que la radio era una huevada. Eso decía. Pero yo soñaba con unos audífonos grandes, el estudio y entrevistando a distintos deportistas. O conduciendo un noticiero. Finalmente postulé y entré. Le conté a mi papá y me felicitó. Cuando le dije que debía pagar la matrícula me dijo que no tenía plata. Tampoco para pagarme la mensualidad. Tuve que postular a distintas becas. Por suerte me las dieron todas.

Llegaremos por el desierto, dice mi papá, nos demoraremos un par de horas más pero llegaremos bien, dice él y yo me quedo pensando en las playas que no veremos. Pasamos el cruce que nos hubiese llevado a Antofagasta y nos adentramos en el desierto: la ruta costera está cortada. Nunca he llegado por este camino a Iquique, pienso. El sol comienza a descender. Su hijo hojea una revista de videojuegos que se compró. La mujer mira por la ventana. Mi papá pone otro disco de Pat Metheny.

También me daban una cuponera con cheques para comprar comida. No eran muchos, pero me los gastaba, sin falta, la primera semana de cada mes. A veces invitaba a comer comida china a mi mamá y yo pagaba con los cheques. O si no me los gastaba solo. Iba a clases y a la hora de almuerzo me ponía a recorrer el centro y ver en qué lugares los aceptaban. Alguna vez hice una lista de todos los restaurantes donde podía utilizarlos. Y los comencé a visitar en Providencia, en el centro, en Estación Central. La acción no variaba mucho: entraba, me sentaba a una mesa alejada y comía. Los cheques, por supuesto, no duraban más que la primera semana de cada mes.

Con mi mamá jugábamos a contarnos historias antes de dormirnos. Apagábamos la tele y en la oscuridad debíamos inventar historias. No sé por qué lo hacíamos, pero disfrutábamos mucho ese momento. Nos reíamos cuando estábamos completamente a oscuras en esa cama de dos plazas que nos regaló mi abuelo. Desde que llegamos a Santiago decidimos dormir juntos. Aunque en realidad la decisión la tomó mi mamá: me dijo que no había plata para gas, que no podíamos tener una estufa y que lo mejor era dormir juntos, como cuando yo era un niño y aún vivíamos en Iquique. Por supuesto que no cuestioné nada, solo agarré algunas cosas y me trasladé a su pieza, nuestra pieza.]

Complejo de edepo? XD

Imagino las playas desiertas. El sol comenzando a esconderse. El mar rojo. El cielo naranja. Esos lugares a los que iba con mi familia antes de que yo tuviera memoria, antes del accidente. Las imágenes no existen más allá de algunas fotos descoloridas. Pero así me contaron. Las playas desiertas y mi familia que iba a acampar por un par de semanas. Mi papá, mi mamá, mis abuelos, yo y mi tío Neno.

Jaee

Mi papá golpea con los dedos índices el volante, como si estuviera tocando una batería. La mujer y su hijo duermen, pero a él no le importa. Yo le bajo el volumen al mp3. Él sigue golpeando el volante, mientras suenan una guitarra y una batería. Es Pat Metheny. Me mira, con una sonrisa en la cara. Me sacó los audífonos. Él no deja de sonreír. Me pregunta si sé qué es lo que suena. Yo asiento con la cabeza. Él golpea con más fuerza el volante. Cuando termina la canción me cuenta de la vez que vio a Pat Metheny en vivo, en el estadio Chile, cuando fue con Nancy. Después me dice que si vuelve a venir, me invitará a mí. Yo no digo nada. Miro por la ventana derecha. Un hombre caminando en el desierto. Lo alcanzo a ver por unos segundos, antes de que lo dejemos atrás y él se vaya perdiendo entre los cerros. Lo veo y me imagino siendo él, recorriendo el desierto, perdiéndome. Como un empampado. Me gusta esa palabra. (Empampado) Lo quedo mirando. Nos alejamos. Vuelve a sonar Pat Metheny y mi papá nuevamente empieza a golpear el volante.

También me daban una beca en plata. Eran quince mil pesos mensuales. A veces juntaba dos o tres meses para comprarme ropa y así no necesitar tantas cosas cuando viajara a Iquique. Una vez reuní plata para comprarme una grabadora y un micrófono. Y comencé a grabarme en las noches, antes de acostarme con mi mamá. Quería ser como uno de los comentaristas de ESPN que relataba la Champions League cuando yo era chico y vivía aún en Iquique. Como ese que narró la final entre Manchester United y Bayern Munich, en el Camp Nou. Decían que era chileno, aunque su acento era más bien neutro. Y yo, en las noches, practicaba ese acento y buscaba sobrenombres para cada jugador, mientras recordaba esa final, esos días en Iquique, cuando mi mamá trabajaba y yo me quedaba todo el día solo, viendo los partidos de la Champions League de 1999.

La Fútbol, cultura popular

[Una vez conseguí volver a ver esa final entre el Manchester y el Bayern. Y lo que hice fue bajarle el volumen al televisor y comenzar a relatar el partido.] Traté de olvidar cómo terminaba, aunque fue imposible. Relaté con tranquilidad el primer tiempo, cuando el Bayern se fue al descanso con un gol de ventaja. El segundo tiempo, como diría minutos después el relator chileno, no era apto para cardíacos. Cuando al minuto ochenta fue sustituido Lothar Matthäus, me puse de pie y comencé a aplaudir. En ese momento mi mamá entró a mi pieza y me vio ahí, frente al televisor, con el micrófono, la grabadora y yo aplaudiendo. [Le hice un gesto con la mano para que se fuera y me hizo caso.] Al minuto noventa y uno empezó, finalmente, a cambiar la historia. Un córner y gol de Teddy Sheringham. Grité tan fuerte que mi mamá volvió a entrar a la pieza y se quedó observando la escena: yo gritaba e intentaba articular un relato coherente, emotivo. Me encontraba al borde de las lágrimas. Y luego vino el final, un minuto después, cuando Ole Gunnar Solskjær, el asesino con cara de niño, el mejor suplente de todos los tiempos, desvió una pelota en el área chica y le dio la gloria al Manchester, a Inglaterra, a un país entero que veía cómo su equipo lograba dar vuelta el marcador; una historia épica, un partido para la memoria, una clase de buen fútbol.

El color del cielo: naranja, quizá morado por momentos. El desierto azul, como si lo cubriera un manto. No hay nada. [Mi papá escucha otro disco de un grupo que desconozco.] Atrás, la mujer y su hijo hablan en voz baja. El desierto, como si fuera a dormirse, acostado bajo ese manto azul. Y a lo lejos un pueblo. Unas casas. Chacabuco. Hay un hombre a la entrada del pueblo. El hombre bebe algo de una taza mientras observa los autos cruzar la carretera. O esa sensación me da. Mi papá me dice que debe de estar loco. El pueblo está desierto. No hay luces, no hay nada ni nadie. El hombre en la entrada y las casas que se confunden con el desierto. Mi papá insiste en su idea, pero yo no le digo nada. Tengo los audífonos puestos. Él dice que debe de escuchar voces, que eso se comenta, que su historia es conocida. Yo no despego la mirada del desierto. Lo dejamos atrás. Mi papá comienza a contarme la historia, pero yo prefiero no escucharlo. Y me imagino al hombre bebiendo el último sorbo de la taza y luego yéndose a dormir, en una habitación iluminada por un par de velas. Esperar que se consuman, cerrar los ojos y dormir. Entre murmullos, dice mi papá, las pesadillas y los gritos y los murmullos de toda esa gente, dice él y yo cierro los ojos, mientras anochece en el desierto.

El último tramo. Alto Hospicio. Luces en medio de la oscuridad. Calles iluminadas por ampolletas de baja intensidad. Dos mujeres caminando al borde de la carretera. Una haciendo dedo. Mi papá conduce en silencio, su familia duerme. Cuando me fui de Iquique, Alto Hospicio todavía no existía. Eran cinco casas en medio del desierto, al lado de un par de basurales clandestinos. Ahora es una ciudad, pienso, una ciudad con calles iluminadas. Mi papá enciende la radio y logra sintonizar una estación iquiqueña. Un hombre habla de un incendio. No hay muertos, solo damnificados, dice el locutor mientras comenzamos a bajar desde los cerros hacia Iquique. Las luces que se separan de una mancha negra: El mar. Algunos puntos en medio de esa mancha negra, cerca del puerto. El estadio de fútbol con la cancha iluminada. La ciudad amarilla, nosotros bajando, la familia que despierta y el hombre en la radio que nos deja con una canción de un grupo sound. Mi papá apaga la radio y me dice que ya llegamos a casa. Yo asiento con la cabeza mientras pienso que debo llamar a mi mamá, pero no quiero.

Clase 8

Fragmento american visa

Por supuesto que todo había sido organizado y las chicas ya sabían de qué iba el plan. Le reproché a Jenny que no me hubiese dicho nada. «Es que pensamos que no ibas a querer, como te gusta tanto vivir en USA», me respondió con una candidez muy latinoamericana. A esto es lo que se llama cuchillada directo al corazón. Hay que ver lo que te hacen las mujeres que te aman. Amanda no paraba de repetir: «This is great». Era para que no nos olvidáramos de que ella era positiva, protestante y echá pa'delante. Cuando le hablé de los crímenes de Ciudad Juárez se limitó a decir: «That's interesting». No es que fuera tonta ni mucho menos. Simplemente no podía ver el lado negativo de las cosas y menos el lado negativo de la vida. «That's interesting» sonaba a «eso no me puede pasar a mí». Pero en Latinoamérica la mala suerte y la desgracia son como la caca de la paloma; le puede caer a cualquiera. Yo tenía que hablar con John todavía para decirle que iríamos con él. No sabíamos incluso si quería quedarse en casa de Frank. Esperé que pasara tranquilamente la mañana antes de llamarlo. Por lo pronto sentía la necesidad interior de pensar positivamente del viaje a México. Pensar positivamente —como ya dije— es una cosa que le cuesta mucho a un chileno. Es que en Chile hasta la gente que le va bien se queja.

Es «para que no se note».

¿No se note qué?

«Que me va bien.»

Ah, haberlo dicho antes. *Chile, Chile lindo / lindo como el sol...* Yo soy de los que extraña el país hasta que llega a tomar el vuelo de conexión en Atlanta o en el Dallas Fort Worth International Airport. Cuando empiezo a escuchar ese español terminado en *í* se me acaba todo el patriotismo. «¿Querí comer?» «¿Tenís plata que me prest?» (las *eses* son opcionales). Andrés Bello, Andrés Bello, ¿dónde estás que no te veo? ¿Ya

te volviste a Venezuela? Y siempre hablando alto y agudo, como si todo el mundo quisiera ser barítono. Si uno habla mal de Chile lo encuentran inteligente y si uno habla mal de la gente que conoce lo encuentran «auténtico». ¿No *vis* que dice lo que piensa, no se guarda nada? ¿Cachái o no cachái na'?

Y con este peso cultural me tenía que enfrentar a Jennifer. Al menos lo hacía con humor. Vivir en Chile toda la vida debiera estar penalizado por la ley; es que es malo, insalubre, claustrofóbico. Es como estar sentado en la misma silla todo el día; sale sarpullido. Lo sé porque yo solía ser chileno, andaba medio enfermo en esa época, ahora soy más latinoamericano, que es el mismo mal pero con consciencia de que la enfermedad es colectiva. No hay ningún mal en Chile que no sea peor en otra parte, así es que mis queridos compatriotas métanse esto en la cabeza: «No somos únicos, no somos especiales, no somos jaguares».

A la mierda, pastorcitos, se acabó la Navidad.

Así es que dejé de pensar chileno, esto es, en la desgracia de ir a México, y me mentalicé gringamente, «this is the great opportunity to see the real Mexican-American border». Primero había que deshacerse de toda la marihuana que teníamos y, como no la íbamos a botar, hubo que lastimosamente fumársela. Eso nos tomó tres días. Se entiende que esa mañana no hubo ningún check out, porque todo estaba arreglado para que nos quedáramos unos días más en ese vaciadero de Tennessee. John estaba feliz con la idea de que lo lleváramos a México, dijo que estaba aburrido de ver tanta tierra seca. Parece que no había estado nunca en Texas, porque eso sí que está seco, árido y vacío. Nos quedamos, por supuesto, en el hotel disfrutando de la hospitalidad de la casa y de los desayunos en vasos plásticos y los waffles quemados

preparados irresponsablemente por Simón o Amanda. John aprovechó los días para descansar en casa de Frank. Habló con Margaret y Kimberly y paseó por el río al atardecer. Yo aproveché el tiempo para escribir estas páginas, las cuales eran meticulosamente revisadas por Simón cada noche. El muy cabrón también había traído su laptop. Y ahora adivinen qué. Lo estaba ayudando Amanda. ¿A qué? «A darle más colorido a la novela», me confesó Simón, como si mi novelita ya fuera de dominio público. Yo sabía que no estaba escribiendo *Cien años de soledad*, pero no había para qué estar manoseándola tampoco. Me di por vencido. Querido lector, si usted se decide a corregir estas páginas, hágalo con gusto y sin pedir permiso. Mire que el Arcipreste de Hita ya inauguró esta tradición de andar ofreciendo el manuscrito propio como si fuera el de otro. Complete lo que falta, tache lo que no le gusta, escriba lo que quiera, pero a mí no me joda, que he hecho lo que se podía con la realidad, que tampoco era material para montar una película ni menos una tragedia shakespeariana.

Simón y Pequeño Juan se encargaron de todo y las chicas se dedicaron a la logística, que para eso eran mejor que Kimberly y mamá Margaret. Amanda y Jennifer nos citaron a una reunión para explicarnos el plan. Básicamente había dos posibilidades. No les cuento el viaje antes de llegar a la frontera porque eso ya lo conté en otra parte. ¿No ven que son las mismas carreteras, los mismos árboles, las mismas piedras? Entonces, la cosa iba como sigue: el paso a México lo podíamos hacer en Texas por dos lados. Uno, por Laredo cruzando el puente de las Américas, que es el que cruza el Río Grande para llegar a Nuevo Laredo. El GPS de Amanda calculó que desde Nashville hasta Laredo había 1.093 millas si tomábamos la carretera I-30W y la I-35S, o sea, dieciséis horas y quince minutos de viaje. Pero si tomábamos

la I-59S y I-10W, el viaje se alargaba 121 millas más. Interesante, pero de qué sirve conocer alternativas que por lógica uno no va a tomar. Yo soy un nietzschiano definido, a mí las posibilidades múltiples me paralizan. De Nuevo Laredo podíamos ir hacia Monterrey con rumbo a la costa este, o sea, hacia el océano Atlántico. El otro paso era por la mítica ciudad de El Paso, Texas, para ir a Ciudad Juárez y enterarnos de los asesinatos de las maquiladoras. Nos decidimos por esta última opción.

Una semana después todo estuvo listo.

El último día, Simón y yo estábamos en el lobby del hotel esperando que Amanda y Jenny terminaran de «arreglarse». Pequeño Juan había ido a echarle gasolina a la van y nosotros nos deprimíamos sentados alrededor de las mesas metálicas que servían para desayunar hasta las diez de la mañana. Simón se levantó y anunció que iría a ver por qué las chicas se demoraban tanto. Volvió a los diez minutos sonriendo. Se sentó con la llave electrónica todavía en la mano, me miraba de una manera extraña.

—¿Pasa algo? —pregunté.

—No, nada —contestó.

Pero sí pasaba, pero no lo pudimos poner en esta novela porque tenía que ver con cosas demasiado personales entre Amanda y Jenny. Y el testimonio tiene sus límites también. Ah... respiré aliviado. Menos mal que Dios no existía.

En el lobby del hotel se veían las noticias internacionales. Se decía algo de Venezuela, de Chávez y de su cáncer. También se estaba anunciando una serie de paros estudiantiles en la mayoría de las ciudades de Chile. De a poco me iba acordando de mi tierra querida y su infinidad de males y plagas. Es que de la historia nadie aprende nada al sur del Río Grande. Pero uno no habla de sus gobiernos, sino de sus amigos. Miré el rostro de Chávez en la pantalla muda. Al

parecer, estaba contando un chiste y el chiste era un golpe de Estado, pero no podía estar seguro, pues no escuchaba el audio del televisor. «Esta es la gente, esa es mi gente». *Patria o muerte. Revolución sí, revolcón no. Rojo rojito, blanco blanquito, negro negrito*. De pronto, algo me trajo de vuelta a la tierra, al lobby de nuestro motelcito Super 8 en la ciudad de Nashville, Tennessee. Era Simón.

—¿En qué estás pensando, Marce Marcelo? —me preguntó.

—En nada, en nada, Simón.

—Qué novedoso —exclamó y se fue.

Después de que salimos de Nashville rumbo a El Paso no hay mucho que decir. Si quieren saber lo que vimos desde Tennessee a Texas lean la primera parte de esta novela. Nada más que ahora todo estaba seco, árido y desolado. Simón manejaba la camioneta de Amanda, yo iba a su lado y John iba atrás, recostado. Las chicas venían detrás de nosotros con Pequeño Juan. Viajando sentía que se iba cerrando un círculo, pero lo cierto es que se iba abriendo otro, más extenso, más complicado. El paisaje era tan deprimente como para derribar a un búfalo, pero a mí no me importaba, nunca me había importado mucho; al final te acostumbras y hasta lo echas de menos. Yo nunca me he sentido más en mi casa como en el aeropuerto de Atlanta. El aeropuerto de Santiago es para llegar o salir, el de Atlanta es para viajar, para circular, no es un destino, es un punto intermedio. Es el tipo de paisajes al que te acostumbras en USA. ¿Vacío? No, el vacío es lo que sentimos los latinoamericanos o los europeos en Estados Unidos; aquí, un aeropuerto es simplemente un aeropuerto. Por eso, cuando miraba hacia fuera a través de las blindadas ventanas de la camioneta de Amanda, me decía que lo importante no era el paisaje, que no había ninguno, sino nosotros cruzando las desérticas planicies texanas. Y

aun así sentía ese vacío helado, impersonal y asesino de saber que lo que había allá fuera no me pertenecía. Pero me equivocaba otra vez. El paisaje no era yo, el vacío existe cuando el alma se te está vaciando, cuando no hay referentes, cuando ser chileno no sirve de nada. En ese momento hay que dejarse llevar; después de todo, a esas alturas ya estábamos en Texas, el estado maldito de USA.

Seguíamos rodando por la carretera creyendo ingenuamente que habíamos salido de una ciudad. Nunca habíamos salido de Nashville porque nunca habíamos entrado. Nashville es como Chile, no existe. Lo que existe son las miles de casas que se ordenan cerca de una carretera. Uno no sale ni llega, uno pasa. Aquí no se sale de una ciudad para ir al campo. Adonde uno realmente va a parar es al desierto. Pero nosotros no le hicimos caso al desierto y a los hoyos desolados que me abrían en el alma esos paisajes de la nada. Nos fuimos cantando y fumando los últimos porros. Jenny y Amanda estaban felices y emocionadas de cruzar una frontera, aunque fuera real. Cada cierto tiempo nos llamaban por celular o nos hacían señas desde atrás. Nunca habían estado fuera del Imperio, y esto de ir a El Paso era como salir de la casa por la puerta trasera, aunque para los mexicanos es una puerta delantera y bastante grande. Hicimos el viaje en tres días, paramos en otros hoteles de carretera tipo Super 8 o Super 9 o Super 10. Ya ni me acuerdo, comimos la misma basura y no nos hicimos problema por nada y seguimos rodando hasta ver hasta dónde se puede llegar en una carretera. Con Simón comenzamos a acariciar la idea de irnos para siempre, no volver, seguir manejando y llegar hasta el mar. No le dijimos nada a las chicas y tampoco a John. Cuando llegamos a El Paso, Simón con el GPS encontró rápidamente la manera de cruzar el puente y alcanzar el paso fronterizo. Sintonizó la radio para ver si podía escuchar alguna emisora mexicana de

Ciudad Juárez. Había 40 grados de temperatura, pero nosotros íbamos en nuestra van blindada con aire acondicionado, listos para entrar en esa tierra donde nada está blindado y todo parece más vivo y agitado que en USA. Nos tocó esperar en una larga fila de autos; ya estábamos en el puente en dirección a Juárez. La mayoría de los autos pertenecían a mexicanos, podíamos ver los rostros morenos de sus ocupantes, familias enteras regresando a su país. Y nosotros dejando este otro país, como la flor del loto, floreciendo ya no sobre la tierra, sino sobre el agua, aprendiendo a flotar. A cien metros del paso fronterizo me pareció que toda mi vida en USA había sido un sueño y que ahora despertaba y que por fin vería el mar y escucharía a la gente hablar español. Al llegar al control de migración miré hacia atrás. Jennifer me hacía señas con su celular y me mandaba besos eróticos a través de la ventana de la camioneta de Pequeño Juan, se reía. Amanda me amenazaba con el puño para que avanzáramos más rápido. Allí estaban ellas, las chicas que no eran tan chicas, tal como las habíamos conocido, jugando, riéndose, porque ellas habían descubierto el secreto que a nosotros nos costaba tanto encontrar: el de la levedad. Vivían fuera de la historia. Jennifer estaba allí, no era Kimberly, pero eso no aseguraba nada; sin embargo, era bueno cruzar la frontera junto a ella. Pero ¿qué frontera estábamos cruzando? ¿Viajábamos sin rumbo o estábamos volviendo al comienzo? No había ya un comienzo adonde volver, lo único que había era esta caravana rumbo al mar, un hombre enfermo y miles de recuerdos que comenzaban a borrarse en mi mente. Me sentí aliviado, había estado en USA y había sobrevivido. No era gran cosa para decir, pero era suficiente para mí. Y creo que para Simón también. Todos los lugares son iguales, todos los lugares son distintos. Avanzamos un poco más, solo faltaba un auto más para que nos tocara nuestro turno. ¿Aquello

que veía era Ciudad Juárez? ¿Eso era México? ¿Es verdad que allí estaba Latinoamérica? Simón hizo un gesto con la mano y me señaló la radio. Estaban transmitiendo noticias de Chile, las calles estaban inundadas de estudiantes universitarios que habían salido a protestar, varias universidades estaban tomadas y en gran parte del país reinaba el caos. Los estudiantes pedían educación gratuita, fin del lucro. El gobierno había prohibido las manifestaciones públicas y en Santiago, al parecer, las fuerzas policiales habían reprimido violentamente una manifestación estudiantil. Por un momento las noticias me recordaron las protestas contra Pinochet, esa energía que una vez había cambiado a Chile. Algo estaba pasando, una revolución, una revuelta sin camino de regreso, como nosotros, como yo, como todos los que estábamos a punto de cruzar la frontera. Sí, ahora lo sabíamos. Ya estábamos en Latinoamérica.

Clase 9

Prueba de Formas de Volver a Casa

Nombre:

Fecha:

Curso:

Instrucciones:

La prueba se desarrolla de manera individual y podrá realizarse con la novela leída. La finalidad de poder usar la novela responde a que todas las respuestas deben ser argumentadas con citas que respalden lo señalado por usted. Mucha suerte.

- 1) ¿Qué elementos presentes en la narración nos permiten señalar que se articula un efecto autoficcional en la novela?
- 2) En un pasaje de la novela el protagonista nos señala la posición de su familia y de él durante la dictadura militar “Entonces yo acababa de cumplir trece años y comenzaba tardíamente a conocer a mis compañeros: hijos de gente asesinada, torturada y desaparecida. Hijos de victimarios, también. Niños ricos, pobres, buenos, malos. Ricos buenos, ricos malos, pobres buenos, pobres malos. Es absurdo ponerlo así, pero recuerdo haberlo pensado más o menos de esa manera. Recuerdo haber pensado, sin orgullo y sin autocompasión, que yo no era ni rico ni pobre, que no era ni bueno ni malo” ¿por qué esta no participación o inacción en el conflicto político que se vivió en Chile durante los años de la dictadura es un motivo de búsqueda personal para el protagonista que lo hace buscar en su pasado y en su historial personal?
- 3) En la novela se nos narra la vida de un escritor y, al mismo tiempo, el proceso creativo que conlleva escribir un libro. ¿Qué tipo de libro (novela, autoficción, autobiografía) escribe el protagonista de la novela? Justifique su respuesta y, también, señale ¿por qué este tipo de libro sería adecuado para escribir nuestra memoria reciente?
- 4) En un pasaje de la novela se narra un suceso que coloca en diálogo la novela con la novela vista en clase Camanchaca ¿Cuáles es este pasaje? Y ¿por qué podemos considerarlo un gesto autoficcional?

Novela formas de volver a casa (texto completo)

I. Personajes secundarios

Una vez me perdí. A los seis o siete años. Venía distraído y de repente ya no vi a mis padres. Me asusté, pero enseguida retomé el

camino y llegué a casa antes que ellos —seguían buscándome, desesperados, pero esa tarde pensé que se habían perdido. Que yo sabía regresar a casa y ellos no.

Tomaste otro camino, decía mi madre, después, con los ojos todavía llorosos.

Son ustedes los que tomaron otro camino, pensaba yo, pero no lo decía.

Mi papá miraba tranquilamente desde el sillón. A veces creo que siempre estuvo echado ahí, pensando. Pero tal vez no pensaba en nada. Tal vez sólo cerraba los ojos y recibía el presente con calma o resignación. Esa noche habló, sin embargo —esto es bueno, me dijo, superaste la adversidad. Mi madre lo miraba con recelo pero él seguía hilvanando un confuso discurso sobre la adversidad.

Me recosté en el sillón de enfrente y me hice el dormido. Los escuché pelear, al estilo de siempre. Ella decía cinco frases y él respondía con una sola palabra. A veces decía, cortante: no. A veces decía, al borde de un grito: mentira. Y a veces, incluso, como los policías: negativo.

Esa noche mi madre me cargó hasta la cama y me dijo, tal vez sabiendo que fingía dormir, que la escuchaba con atención, con curiosidad: tu papá tiene razón. Ahora sabemos que no te perderás. Que sabes andar solo por las calles. Pero deberías concentrarte más en el camino. Deberías caminar más rápido.

Le hice caso. Desde entonces caminé más rápido. De hecho, un par de años más tarde, la primera vez que hablé con Claudia, ella me preguntó por qué caminaba tan rápido. Llevaba días siguiéndome, espiándome. Nos habíamos conocido hacía poco, la noche del terremoto, el 3 de marzo de 1985, pero entonces no habíamos hablado.

Claudia tenía doce años y yo nueve, por lo que nuestra amistad era imposible. Pero fuimos amigos o algo así. Conversábamos mucho. A veces pienso que escribo este libro solamente para recordar esas conversaciones.

La noche del terremoto tenía miedo pero también me gustaba, de alguna forma, lo que estaba sucediendo.

En el antejardín de una de las casas los adultos montaron dos carpas para que durmiéramos los niños. Al comienzo fue un lío, porque todos queríamos dormir en la de estilo iglú, que entonces era una novedad, pero se la dieron a las niñas. Nos encerramos a pelear en silencio, que era lo que hacíamos cuando estábamos solos: golpearnos alegre y furiosamente. Pero al pelirrojo le sangró la nariz cuando recién habíamos comenzado y tuvimos que buscar otro juego.

A alguien se le ocurrió hacer testamentos y en principio nos pareció una buena idea, pero al rato descubrimos que no tenía sentido, pues si venía un terremoto más fuerte el mundo se acabaría y no habría nadie a quien dejar nuestras cosas. Luego imaginamos que la Tierra era como un perro sacudiéndose y que las personas caían como pulgas al espacio y pensamos tanto en esa imagen que nos dio risa y también nos dio sueño.

Pero yo no quería dormir. Estaba, como nunca, cansado, pero era un cansancio nuevo que enardecía los ojos. Decidí que pasaría la noche en vela y traté de colarme en el iglú para seguir conversando con las niñas, pero la hija del carabinero me echó diciendo que quería violarlas. Entonces yo no sabía bien lo que era un violador y sin embargo prometí que no quería violarlas, que sólo quería mirarlas, y ella rió burlescamente y respondió que eso era lo que siempre decían los violadores. Tuve que quedarme fuera, escuchándolas jugar a que

las muñecas eran las únicas sobrevivientes —remecían a sus dueñas y rompían en llanto al comprobar que estaban muertas, aunque una de ellas pensaba que era mejor porque la raza humana siempre le había parecido apestosa. Al final se disputaban el poder y aunque la discusión parecía larga la resolvieron rápidamente, pues de todas las muñecas sólo había una barbie original. Ésa ganó.

Encontré una silla de playa entre los escombros y me acerqué con timidez a la fogata de los adultos. Me parecía extraño ver a los vecinos, acaso por primera vez, reunidos. Pasaban el miedo con unos tragos de vino y miradas largas de complicidad. Alguien trajo una vieja mesa de madera y la puso al fuego, como si nada —si quieres echo también la guitarra, dijo mi padre, y todos rieron, incluso yo, que estaba un poco desconcertado, porque no era habitual que mi papá dijera bromas. En eso volvió Raúl, el vecino, con Magali y Claudia. Ellas son mi hermana y mi sobrina, dijo. Después del terremoto había ido a buscarlas y regresaba ahora, visiblemente aliviado.

Raúl era el único en la villa que vivía solo. A mí me costaba entender que alguien viviera solo. Pensaba que estar solo era una especie de castigo o de enfermedad.

La mañana en que llegó con un colchón amarrado al techo de su Fiat 500, le pregunté a mi mamá cuándo vendría el resto de la familia y ella me respondió, dulcemente, que no todo el mundo tenía familia. Entonces pensé que debíamos ayudarlo, pero al tiempo entendí, con sorpresa, que a mis padres no les interesaba ayudar a Raúl, que no creían que fuera necesario, que incluso sentían una cierta reticencia por ese hombre delgado y silencioso. Eramos vecinos, compartíamos un muro y una hilera de ligustrinas, pero nos separaba una distancia enorme.

En la villa se decía que Raúl era democratacristiano y eso me parecía interesante. Es difícil explicar ahora por qué a un niño de nueve años podía entonces parecerle interesante que alguien fuera democratacristiano. Tal vez creía que había alguna conexión entre el hecho de ser democratacristiano y la situación triste de vivir solo. Nunca había visto a mi papá hablar con Raúl, por eso me impresionó que esa noche compartieran unos cigarrillos. Pensé que hablaban sobre la soledad, que mi padre le daba al vecino consejos para superar la soledad, aunque debía saber más bien poco sobre la soledad. Magali, en tanto, abrazaba a Claudia en un rincón alejado del grupo. Parecían incómodas. Por cortesía pero tal vez con algo de insidia una vecina le preguntó a Magali a qué se dedicaba y ella respondió de inmediato, como si esperara la pregunta, que era profesora de inglés.

Era ya muy tarde y me mandaron a acostar. Tuve que hacerme un espacio, a desgana, en la carpa. Temía quedarme dormido, pero me distraje escuchando esas voces perdidas en la noche. Entendí que Raúl había ido a dejar a las mujeres, porque empezaron a hablar de ellas. Alguien dijo que la niña era rara. A mí no me había parecido rara. Me había parecido bella. Y la mujer, dijo mi madre, no tenía cara de profesora de inglés —tenía cara de dueña de casa nomás, agregó otro vecino, y alargaron el chiste por un rato.

Yo pensé en la cara de una profesora de inglés, en cómo debía ser la cara de una profesora de inglés. Pensé en mi madre, en mi padre. Pensé: de qué tienen cara mis padres. Pero nuestros padres nunca tienen cara realmente. Nunca aprendemos a mirarlos bien.

Creía que pasaríamos semanas e incluso meses a la intemperie, a la espera de algún lejano camión con alimentos y frazadas, y hasta me

imaginaba hablando por televisión, agradeciendo la ayuda a todos los chilenos, como en los temporales —pensaba en esas lluvias terribles de otros años, cuando no podía salir y era casi obligatorio quedarse frente a la pantalla mirando a la gente que lo había perdido todo.

Pero no fue así. La calma volvió casi de inmediato. En ese rincón perdido al oeste de Santiago el terremoto había sido nada más que un enorme susto. Se derrumbaron unas cuantas panderetas, pero no hubo grandes daños ni heridos ni muertos. La tele mostraba el puerto de San Antonio destruido y algunas calles que yo había visto o creía haber visto en los escasos viajes al centro de Santiago. Confusamente intuía que ése era el dolor verdadero.

Si había algo que aprender, no lo aprendimos. Ahora pienso que es bueno perder la confianza en el suelo, que es necesario saber que de un momento a otro todo puede venirse abajo. Pero entonces volvimos, sin más, a la vida de siempre.

Papa comprobó, satisfecho, que los daños eran pocos: nada más que algunas grietas en las paredes y un ventanal trizado. Mi mamá solamente lamentó la pérdida de los vasos zodiacales. Se quebraron ocho, incluidos el de ella (piscis), el de mi papá (leo) y el que usaba la abuela cuando venía a vernos (escorpión) —no hay problema, tenemos otros vasos, no necesitamos más, dijo mi padre, y ella le respondió sin mirarlo, mirándome a mí: sólo el tuyo se salvó. Enseguida fue a buscar el vaso del signo libra, me lo dio con un gesto solemne y pasó los días siguientes un poco deprimida, pensando en regalar los demás vasos a gente géminis, a gente virgo, a gente acuario.

La buena noticia era que no volveríamos pronto al colegio. El antiguo edificio había sufrido daños importantes y quienes lo habían visto decían que era un montón de ruinas. Me costaba imaginar el

colegio destruido, aunque no era tristeza lo que sentía. Sentía simplemente curiosidad. Recordaba, en especial, el sitio baldío al final del terreno donde jugábamos en las horas libres y el muro que rayaban los alumnos de la media. Pensaba en todos esos mensajes volando en pedazos, esparcidos en la ceniza del suelo —recados burlescos, frases a favor o en contra de Colo-Colo o a favor o en contra de Pinochet. Me divertía mucho una frase en especial: A Pinochet le gusta el pico. Entonces yo estaba y siempre he estado y siempre estaré a favor de Colo-Colo. En cuanto a Pinochet, para mí era un personaje de la televisión que conducía un programa sin horario fijo, y lo odiaba por eso, por las aburridas cadenas nacionales que interrumpían la programación en las mejores partes. Tiempo después lo odié por hijo de puta, por asesino, pero entonces lo odiaba solamente por esos intempestivos shows que mi papá miraba sin decir palabra, sin regalar más gestos que una piteada más intensa al cigarro que llevaba siempre cosido a la boca.

El padre del pelirrojo viajó, por entonces, a Miami, y regresó con un bate y un guante de béisbol para su hijo. El regalo produjo un inesperado quiebre en nuestras costumbres. Durante unos días cambiamos el fútbol por ese deporte lento y un poco estúpido que sin embargo hipnotizaba a mis amigos. La nuestra debía ser la única plaza en el país donde los niños jugaban béisbol en vez de fútbol. Me costaba mucho darle a la bola o lanzarla bien, por lo que rápidamente pasé a la reserva. El pelirrojo se volvió popular y fue así como, por culpa del béisbol, me quedé sin amigos.

Por las tardes, resignado a la soledad, salía, como se dice, a cansarme: caminaba ensayando trayectos cada vez más largos, aunque casi siempre respetaba una cierta geometría de círculos. Apuraba los

trazos, las cuadras, apuntando nuevos paisajes, a pesar de que el mundo no variaba demasiado: las mismas casas nuevas, construidas de repente, como obedeciendo a una urgencia, y sin embargo sólidas, resistentes. En pocas semanas la mayoría de los muros habían sido restaurados y reforzados. Era difícil sospechar que acababa de ocurrir un terremoto.

Ahora no entiendo bien la libertad de que entonces gozábamos.

Vivíamos en una dictadura, se hablaba de crímenes y atentados, de estado de sitio y toque de queda, y sin embargo nada me impedía pasar el día vagando lejos de casa. ¿Las calles de Maipú no eran, entonces, peligrosas? De noche sí, y de día también, pero con arrogancia o con inocencia, o con una mezcla de arrogancia e inocencia, los adultos jugaban a ignorar el peligro: jugaban a pensar que el descontento era cosa de pobres y el poder asunto de ricos, y nadie era pobre ni era rico, al menos no todavía, en esas calles, entonces.

Una de esas tardes me encontré con la sobrina de Raúl, pero no supe si debía saludarla, y volví a verla los días siguientes. No me di cuenta de que ella, en verdad, me seguía —es que me gusta caminar rápido, respondí cuando me habló, y luego vino un silencio largo que ella rompió preguntándome si estaba perdido. Le respondí que no, que sabía perfectamente regresar a casa. Era una broma, quiero hablar contigo, juntémonos el próximo lunes, a las cinco, en la pastelería del supermercado —lo dijo así, en una sola frase, y se fue.

Al día siguiente me despertaron temprano porque pasaríamos el fin de semana en el tranque Lo Ovalle. Mi mamá no quería ir y demoraba los preparativos confiando en que llegara pronto la hora del almuerzo y hubiera que cambiar de plan. Mi papá decidió, sin

embargo, que almorzaríamos en un restorán, y partimos de inmediato. Entonces comer afuera era un verdadero lujo. Me fui pensando, en el asiento trasero del Peugeot, en lo que ordenaría, y al final pedí un bistec a lo pobre —mi papá me advirtió que era un plato muy grande, que no sería capaz de comerlo, pero en esas escasas salidas estaba permitido pedir sin limitaciones.

De pronto primó ese clima pesado en que sólo es posible conversar sobre la tardanza de la comida. La orden se demoraba tanto que mi papá decidió que nos marcharíamos en cuanto llegaran los platos. Protesté o quise protestar o ahora pienso que debería haber protestado. Si vamos a irnos vámonos al tiro, dijo mi mamá con resignación, pero mi padre nos explicó que de ese modo los dueños del restorán perderían la comida, que era un acto de justicia, de venganza. Seguimos el viaje malhumorados y hambrientos. A mí no me gustaba, en realidad, ir al tranque. No me permitían alejarme demasiado y me aburría montones, pero igual intentaba entretenerme nadando un rato, huyendo de los ratones que vivían entre las rocas, mirando a los gusanos comerse el aserrín y a los peces agonizar en la orilla. Mi papá se instalaba todo el día a pescar y mi mamá pasaba el día mirándolo y yo veía a mi padre pescar y a mi madre mirarlo y me costaba muchísimo entender que eso fuera para ellos divertido.

La mañana del domingo me hice el resfriado porque quería dormir un poco más. Se fueron a las rocas después de darme innumerables recomendaciones. Al poco tiempo me levanté y puse el equipo para escuchar a Raphael mientras preparaba el desayuno. Era un cassette con sus mejores canciones que mi mamá había grabado de la radio. Desgraciadamente en un descuido apreté Rec durante unos segundos. Arruiné la cinta justo en el estribillo de la canción «Qué sabe

nadie».

Me desesperé. Después de pensarlo un poco, creí que la única solución era cantar encima del coro, y me puse a practicar la frase impostando la voz de forma que me pareció convincente. Finalmente me decidí a grabar y escuché la cinta varias veces, creyendo, con indulgencia, que el resultado era adecuado, aunque me preocupaba la falta de música en esos segundos.

Mi padre retaba pero no golpeaba. Nunca me pegó, no era su estilo, prefería la grandilocuencia de algunas frases que al comienzo impresionaban, pues las decía con absoluta seriedad, como actuando en el capítulo final de una teleserie: me has decepcionado como hijo, nunca te voy a perdonar lo que acabas de hacer, tu comportamiento es inaceptable, etcétera.

Yo alimentaba, sin embargo, la ilusión de que alguna vez me golpearía hasta casi matarme. Un recuerdo habitual de infancia es la inminencia de esa paliza que nunca llegó. El viaje de vuelta fue, por eso, angustioso. Apenas partimos de regreso a Santiago dije que estaba cansado de Raphael, que mejor escucháramos a Adamo o a José Luis Rodríguez. Pensé que Raphael te gustaba, respondió mi mamá. Son mejores las letras de Adamo, dije, pero el resultado se me fue de las manos, pues involuntariamente di lugar a una discusión sobre si Adamo era mejor que Raphael, en la que incluso se mencionó a Julio Iglesias, lo que era a todas luces absurdo, porque a nadie en la familia le gustaba Julio Iglesias.

Para demostrar la calidad vocal de Raphael, mi padre decidió poner la cinta y al llegar a «Qué sabe nadie» tuve que improvisar un desesperado plan B que consistía en cantar muy fuerte desde el comienzo de la canción, calculando que al llegar al estribillo mi voz

sonaría más fuerte. Me retaron porque cantaba a gritos, pero no descubrieron la adulteración de la cinta. Una vez en casa, sin embargo, cuando cavaba una pequeña fosa junto al rosal para enterrar el cassette, me descubrieron. No tuve más remedio que contarles toda la historia. Se rieron mucho y escucharon la canción varias veces. Por la noche, sin embargo, aparecieron en mi pieza para decirme que me castigarían con una semana sin salir. Por qué me castigan si se rieron tanto, pregunté, enojado. Porque mentiste, dijo mi padre. No pude, entonces, ir a la cita con Claudia, pero al final fue mejor, porque cuando le conté esta historia le dio tanta risa que pude mirarla sin complejos, olvidando, de algún modo, el vínculo extraño que comenzaba a unirnos.

Me cuesta recordar, sin embargo, las circunstancias en que volvimos a vernos. Según Claudia fue ella quien me buscó, pero yo recuerdo también haber vagado largas horas esperando verla. Como sea, de pronto estuvimos caminando juntos de nuevo y me pidió que la acompañara a su casa. Doblamos en varias esquinas e incluso ella, en mitad de un pasaje, me dijo que nos devolviéramos, como si no supiera dónde vivía.

Llegamos, finalmente, a una villa de sólo dos calles, el pasaje Neftalí Reyes Basoalto y el pasaje Lucila Godoy Alcayaga. Suena a broma, pero es verdad. Buena parte de las calles de Maipú tenían, tienen esos nombres absurdos: mis primos, por ejemplo, vivían en el pasaje Primera Sinfonía, contiguo al Segunda y al Tercera Sinfonía, perpendiculares a la calle El Concierto, y cercanos a los pasajes Opus Uno, Opus Dos, Opus Tres, etcétera. O el mismo pasaje donde yo vivía, Aladino, que daba a Odín y Ramayana y era paralelo a Lemuria —se ve que a fines de los setenta había gente que se divertía mucho

eligiendo los nombres de los pasajes donde luego viviríamos las nuevas familias, las familias sin historia, dispuestas o tal vez resignadas a habitar ese mundo de fantasía.

Vivo en la villa de los nombres reales, dijo Claudia esa tarde del reencuentro, mirándome a los ojos seriamente. Vivo en la villa de los nombres reales, dijo de nuevo, como si necesitara recomenzar la frase para continuarla: Lucila Godoy Alcayaga es el verdadero nombre de Gabriela Mistral, explicó, y Neftalí Reyes Basoalto el nombre real de Pablo Neruda. Sobrevino un silencio largo que rompí diciéndole lo primero que se me ocurrió: vivir aquí debe ser mucho mejor que vivir en el pasaje Aladino.

Mientras decía esa frase tonta con lentitud, pude ver sus espinillas, su cara blanca y rojiza, sus hombros puntudos, el lugar donde debían estar los pechos pero de momento no había nada, y su pelo que no iba a la moda pues no era corto, ondulado y castaño sino largo, liso y negro.

Llevábamos un rato conversando junto a la reja cuando ella me invitó a pasar. No me lo esperaba, porque entonces nadie esperaba eso. Cada casa era una especie de fortaleza en miniatura, un reducto inexpugnable. Yo mismo no podía invitar a amigos, porque mi mamá siempre decía que estaba todo sucio. No era verdad, porque la casa relucía, pero yo pensaba que tal vez había cierto tipo de suciedad que simplemente yo no distinguía, que cuando grande quizás vería capas de polvo donde ahora no veía más que el piso encerado y maderas lustrosas.

La casa de Claudia se parecía bastante a la mía: los mismos horrendos cisnes de rafia, dos o tres sombreros mexicanos, varias minúsculas vasijas de greda y paños tejidos a crochet. Lo primero que

hice fue pedirle el baño y descubrí, con asombro, que en esa casa había dos baños. Nunca antes había estado en una casa donde hubiera dos baños. Mi idea de la riqueza era justamente ésa: imaginaba que los millonarios tenían casas con tres baños, con cinco baños, incluso. Claudia me dijo que no estaba segura de que a su madre le agradara verme allí y le pregunté si era por el polvo. Ella al comienzo no entendió pero escuchó mi explicación y entonces prefirió responderme que sí, que a su madre tampoco le gustaba que invitara a sus amigos porque pensaba que la casa estaba siempre sucia. Le pregunté, entonces, sin pensarlo demasiado, por su padre. Mi papá no vive con nosotras, dijo. Están separados, él vive en otra ciudad. Le pregunté si lo echaba de menos. Claro que sí, me dijo. Es mi papá. En mi curso había solamente un hijo de padres separados, lo que para mí era un estigma, la situación más triste imaginable. Tal vez vuelven a vivir juntos alguna vez, le dije, para consolarla. Puede ser, dijo ella. Pero no tengo ganas de hablar de eso. Quiero que hablemos de otra cosa.

Se quitó las sandalias, fue a la cocina y volvió con una fuente con racimos de uva negra, verde y rosada, lo que me pareció extraño, pues en casa nunca compraban uva de tantas variedades. Aproveché para probarlas todas y mientras comparaba los sabores Claudia matizaba el silencio con preguntas muy generales de cortesía. Necesito pedirte algo, dijo al fin, pero almorcemos primero. Si quieres te ayudo a preparar la comida, le ofrecí, aunque en mi vida había cocinado o ayudado a cocinar. Ya estamos almorzando, dijo Claudia, muy seria: estas uvas son el almuerzo.

Le costaba llegar al punto. De pronto parecía hablar con soltura, con naturalidad, pero también había en sus palabras un balbuceo que

hacía difícil entenderla. Realmente quería quedarse callada. Ahora pienso que maldecía que hubiera que hablar para que yo entendiera lo que quería pedirme.

Necesito que lo cuides, dijo de repente, olvidando toda estrategia.

¿A quién?

A mi tío. Necesito que lo cuides —ya, respondí de inmediato, muy solvente, y en una décima de segundo imaginé que Raúl padecía una enfermedad gravísima, una enfermedad tal vez más grave que la soledad, y que yo debía ser una especie de enfermero. Me vi paseando por la villa, ayudándolo con la silla de ruedas, bendecido por esa conducta solidaria. Pero no era eso lo que me pedía Claudia. Largó la historia de una vez, mirándome fijo, y yo asentí rápido pero a destiempo —asentí demasiado rápido, como confiando en que más tarde comprendería realmente lo que Claudia me había pedido.

Lo que al cabo entendí fue que Claudia y su madre no podían o no debían visitar a Raúl, al menos no con frecuencia. Es ahí donde entraba yo: tenía que vigilar a Raúl —no cuidarlo sino estar pendiente de sus actividades y anotar cada cosa que me pareciera sospechosa en un cuaderno. Nos juntaríamos todos los jueves, a las cinco de la tarde, en el caprichoso punto de encuentro que ella había decidido, la pastelería del supermercado, para entregarle a Claudia el informe y conversar un rato también de cualquier cosa, pues a mí me interesa mucho saber cómo estás, me dijo, y yo sonreí con una satisfacción en la que también respiraban el miedo y el deseo.

Empecé de inmediato a espiar a Raúl. Era un trabajo fácil y aburrido, o tal vez muy difícil, porque buscaba a ciegas. A partir de mis conversaciones con Claudia yo esperaba vagamente que

aparecieran silenciosos hombres con lentes oscuros, movilizándose en autos extraños, a medianoche, pero nada de eso sucedía en casa de Raúl. Su rutina no había cambiado: salía y regresaba a horas fijas, ateniéndose a los horarios de oficina, y saludaba con un rígido y amable gesto de cabeza que excluía toda posibilidad de diálogo. Yo no quería, en todo caso, hablarle. Solamente esperaba que hiciera algo anormal, algo que pudiera contarle a su sobrina.

Llegaba a tiempo e incluso adelantado a las citas con Claudia, pero ella siempre estaba ahí, frente a la vitrina de los pasteles. Era como si pasara todo el día mirando esos pasteles. Parecía preocuparle que nos vieran juntos y por eso fingía cada vez que el encuentro era casual. Caminábamos por el supermercado mirando los productos con atención, como si realmente anduviéramos de compras, y salíamos apenas con un par de yogures que abríamos al final de una ruta zigzagueante que empezaba en la plaza y seguía por calles interiores hasta el Templo de Maipú. Sólo cuando nos sentábamos en las largas escaleras del Templo ella se sentía segura. Los pocos fieles que a esa hora aparecían pasaban con la cabeza gacha, como adelantándose a los rezos o a las confesiones.

Más de una vez quise saber por qué teníamos que escondernos y Claudia se limitaba a decirme que debíamos ser cuidadosos, que las cosas podían estropearse. Desde luego yo no sabía qué era aquello que podía estropearse, pero a esas alturas ya estaba acostumbrado a las respuestas imprecisas.

Una tarde, sin embargo, llevado por un impulso, le dije que sabía la verdad: que sabía que los problemas de Raúl estaban relacionados con el hecho de que era demócratacristiano, y a ella le salió una carcajada larguísima, excesiva. Se arrepintió enseguida. Se acercó, puso

sus manos ceremoniosamente sobre mis hombros e incluso pensé que iba a besarme, pero no era eso, por supuesto —mi tío no es demócratacristiano, me dijo, con voz tranquila y lenta.

Entonces le pregunté si era comunista y ella guardó un silencio pesado. No puedo decirte más, respondió al fin. No tiene importancia. No necesitas saberlo todo para hacer bien tu trabajo —decidió, de pronto, seguir por esa línea, y habló mucho y muy rápido: dijo que ella entendería si no quería ayudarla y que era mejor que dejáramos de vernos. Como le rogué que siguiéramos, ella me pidió que en adelante simplemente me concentrara en observar a Raúl.

Para mí un comunista era alguien que leía el diario y recibía en silencio las burlas de los demás —pensaba en mi abuelo, el padre de mi padre, que siempre estaba leyendo el diario. Una vez le pregunté si lo leía entero y el viejo respondió que sí, que el diario había que leerlo entero.

Tenía también una escena violenta en la memoria, un diálogo, para las fiestas patrias, en casa de mis abuelos. Estaban ellos y sus cinco hijos en la mesa principal y yo con mis primos en la mesa que llamaban del pellejo, cuando mi papá le dijo a mi abuelo, al final de una discusión, casi gritando, cállate tú, viejo comunista, y al principio todos guardaron silencio pero de a poco empezaron a reír. Incluso la abuela y mi mamá, y hasta uno de mis primos, que de seguro no entendía la situación, también rieron. No reían solamente sino que también repetían, en franco tono de burla: viejo comunista.

Pensé que el abuelo también reiría; que era uno de esos momentos liberadores en que todo el mundo se entregaba a las carcajadas. Pero el viejo se mantuvo muy serio, en silencio. No dijo una palabra. Lo trataban mal y entonces yo no estaba seguro de que lo

mereciera.

Años más tarde supe que no había sido un buen padre. Se pasó la vida jugándose completo su sueldo de obrero y vivía del trabajo de su mujer, que vendía verduras y lavaba y cosía. Mi papá creció con la obligación de ir a buscarlo a los tugurios, de preguntar por él sabiendo que, en el mejor de los casos, lo encontraría abrazando el concho de una botella.

Volvimos a clases y nos cambiaron a la profesora jefe, la señorita Carmen, lo que agradecí de todo corazón. Llevábamos tres años con ella, y ahora pienso que no era una mala persona, pero me odiaba. Me odiaba debido a la palabra aguja, que para ella no existía. Para ella la palabra correcta era ahuja. No sé muy bien por qué un día me acerqué con el diccionario y le demostré que estaba equivocada. Me miró con pánico, tragó saliva y asintió, pero a partir de entonces dejó de quererme y yo también a ella. No deberíamos odiar a la persona que nos enseñó, bien o mal, a leer. Pero yo la odiaba o más bien odiaba el hecho de que ella me odiara.

El profesor Morales, en cambio, me quiso desde un comienzo, y yo confié en él lo suficiente como para preguntarle una mañana, mientras caminábamos hacia el gimnasio para la clase de Educación Física, si era muy grave ser comunista.

Por qué me preguntas eso, me dijo. ¿Crees que yo soy comunista?

No, le dije. Estoy seguro de que usted no es comunista.

¿Y tú eres comunista?

Yo soy un niño, le dije.

Pero si tu papá fuera comunista tal vez tú también lo serías.

No lo creo, porque mi abuelo es comunista y mi papá no.

¿Y qué es tu papá?

Mi papá no es nada, respondí, con seguridad.

No es bueno que hables sobre estas cosas, me dijo después de mirarme un rato largo. Lo único que puedo decirte es que vivimos en un momento en que no es bueno hablar sobre estas cosas. Pero algún día podremos hablar de esto y de todo.

Cuando termine la dictadura, le dije, como completando una frase en un control de lectura.

Me miró riendo, me tocó el pelo con cariño. Empecemos con diez vueltas a la cancha, dijo en un grito, y me puse a trotar muy lento mientras pensaba confusamente en Raúl.

Como teníamos que recuperar los días perdidos por el terremoto, la jornada de clases era larguísima. Regresaba a casa sólo media hora antes que Raúl, por lo que el espionaje se volvía peligrosamente inútil. Decidí que debía entrar, que debía aventurarme con más decisión, hacer mejor mi trabajo.

Una noche me pasé por la pandereta y caí sobre las ligustrinas.

Me di un golpe terrible. Raúl salió enseguida, muy asustado. Al verme allí me ayudó y me dijo que no debía hacer eso, pero que entendía, que era su culpa. Me quedé tieso, sin saber de qué hablaba, pero enseguida volvió con una pelota de tenis. Si hubiera sabido que era tuya te la habría lanzado al antejardín, me dijo, y le di las gracias.

Al poco tiempo escuché, con nitidez, que Raúl hablaba con otro hombre. Las voces sonaban cercanas, debían estar en la pieza contigua a mi dormitorio. Nunca había ruidos en esa pieza, aunque yo solía, ya como rutina, pegar la oreja a un vaso y escuchar. Me era imposible entender lo que hablaban. Sí noté que hablaban poco. No era una conversación fluida. Era el tipo de conversación que se da entre gente

que se conoce mucho o muy poco. Gente que está acostumbrada a convivir o que no se conoce.

A la mañana siguiente me levanté a las cinco y media y esperé con paciencia hasta comprobar que el visitante seguía allí. El Fiat 500 de Raúl arrancó a la hora de siempre. Me encaramé temerariamente en la ventana para comprobar que iba solo. Fingí un dolor de estómago y me dejaron quedarme en casa. Escuché en silencio un par de horas hasta que sentí las cañerías. El hombre debía estar en la ducha. Decidí arriesgarme. Me vestí, tiré la pelota a la casa de Raúl y toqué el timbre varias veces, pero el hombre no salió. Me quedé esperando, ya sin llamar. Lo vi salir, enfilaba por Odín, así que corrí por Aladino para dar la vuelta y encontrármelo de frente. Lo detuve y le dije que estaba perdido, que por favor me ayudara a volver a casa.

El hombre me miró conteniendo el fastidio, pero me acompañó.

Cuando llegamos no hizo alusión a que había pasado la noche en casa de Raúl. Le di las gracias y ya no tuve opción: le pregunté si conocía a Raúl y me respondió que era su primo, que vivía en Puerto Montt, que había alojado ahí porque tenía que hacer un trámite en Santiago. Yo soy el vecino de Raúl, le dije. Hasta luego, vecino de Raúl, me dijo el hombre, y partió muy rápido, casi corriendo.

Es posible, dijo Claudia, para mi sorpresa, cuando le conté sobre la presencia de ese extraño. ¿Era posible que Raúl tuviera un primo en Puerto Montt? ¿No era ese primo, entonces, pariente de Claudia?

Es una familia muy grande la nuestra, dijo Claudia, y hay

muchos tíos en el sur que no conozco. Cambió de tema serenamente.

Hubo otros cinco hombres en los meses siguientes en casa de Raúl y cada vez Claudia se mostró impasible ante la noticia. Pero su reacción fue muy distinta cuando le conté que había alojado allí una mujer, y no

una noche, como era habitual, sino dos noches seguidas. Tal vez también viene del sur, le dije. Puede ser, me respondió, pero era evidente que estaba sorprendida, e incluso enojada.

Puede ser una polola. Quizás Raúl ya no está solo, dije.

Sí, respondió ella, al rato. Raúl es soltero, puede perfectamente tener una polola.

De todas maneras, me pidió, quiero que averigües todo lo que puedas sobre esa posible polola.

Me pareció que hacía esfuerzos por no llorar. Me quedé mirándola de cerca, hasta que ella se puso de pie. Entremos al Templo, me dijo. Mojó sus dedos en la fuente de agua bendita para refrescarse la cara. Nos quedamos de pie junto a unos enormes candelabros de los que caía la esperma de las velas nuevas o ya a punto de consumirse que solía llevar la gente para pedir milagros. Claudia puso las manos encima de las llamas, como si hiciera frío, untó las yemas en la cera e hizo gestos divertidos para persignarse con los dedos manchados. No sabía persignarse. Yo le enseñé.

Nos sentamos en el primer banco. Yo miraba con obediencia hacia el altar, mientras que Claudia se fijaba en los costados y reconocía una a una las banderas que flanqueaban a la Virgen del Carmen. Me preguntó si sabía por qué estaban allí esas banderas. Son las banderas de América, le dije. Sí, pero por qué están aquí. No lo sé, le respondí.

Me tomó la mano y me dijo que la bandera más linda era la de Argentina. Cuál es la más linda para ti, me preguntó, y yo iba a decirle que la de Estados Unidos pero por suerte guardé silencio, pues enseguida dijo que la bandera de Estados Unidos era la más fea, una bandera en verdad horrible, y yo agregué que estaba de acuerdo, que

la bandera de Estados Unidos era realmente asquerosa.

Durante semanas esperé, sin suerte, que la mujer volviera.

Apareció, por fin, una mañana de sábado. Era una niña, en realidad.

Calculé que tenía más o menos dieciocho años. Era difícil que fuera la novia de Raúl.

Pasé horas intentando escuchar lo que ella y Raúl conversaban, pero cambiaban apenas algunas frases que no conseguí distinguir.

Pensé que se quedaría a alojar, pero se fue esa misma tarde. La seguí, absurdamente camuflado con un jockey rojo. La mujer caminaba a paso rápido hacia el paradero y una vez allí, a su lado, quise hablarle, pero no me salió la voz.

La micro se detuvo y tuve que decidir, en cosa de segundos, si yo también subiría. Entonces ya viajaba solo en micro, pero sólo el trayecto corto, de diez minutos, al colegio. Subí y viajé durante un tiempo larguísimo, una hora y media de temerario recorrido, clavado en el asiento inmediatamente posterior al de ella.

Nunca había ido tan lejos de casa y la impresión poderosa que me produjo la ciudad es de alguna forma la que de vez en cuando resurge: un espacio sin forma, abierto pero también clausurado, con plazas imprecisas y casi siempre vacías, con gente caminando por veredas estrechas, concentrados en el suelo con una especie de sordo fervor, como si únicamente pudieran desplazarse a lo largo de un esforzado anonimato.

La noche caía sobre ese cuello prohibido que yo miraba cada vez más concentrado, como si fijar la vista me liberara de la fuga; como si mirar intensamente me protegiera. A esas alturas la micro comenzaba a llenarse y una señora me miró con la intención de que le cediera el asiento, pero no podía arriesgarme a perder mi lugar. Decidí fingir los

gestos de un niño con retraso mental, o lo que yo creía que eran los gestos de un niño con retraso mental, un niño que miraba embobado hacia el frente, completamente absorto en un mundo imaginario.

La supuesta novia de Raúl bajó de pronto y yo estuve a punto de quedarme arriba. Llegué con dificultad y a fuerza de codazos a la puerta. Ella me esperó y me ayudó a bajar. Seguía moviéndome como un niño retrasado, aunque ella sabía muy bien que yo no era un niño retrasado sino el vecino de Raúl, que la había seguido, que parecía decidido a seguirla toda la tarde. No había en su mirada reprobación, sin embargo, sino una absoluta serenidad.

Me aventuré, con inútil prudencia, en un laberinto de calles que me parecían grandes y antiguas. De vez en cuando ella se daba la vuelta, me sonreía y apuraba el paso, como si se tratara de un juego y no de un asunto muy serio. De pronto trotó y luego se largó, sin más, a correr, y estuve a punto de perderla, pero vi, a lo lejos, que entraba a una especie de almacén. Me subí a un árbol y esperé varios minutos a que por fin saliera y creyera que me había ido. Caminó entonces solamente media cuadra hasta la que debía ser su casa. Esperé a que entrara y me acerqué. La reja era verde y la fachada azul y eso me llamó la atención, pues nunca antes había visto esa combinación de colores. Anoté la dirección en mi cuaderno, contento de haber llegado a un dato tan preciso.

Me costó muchísimo regresar a la calle donde debía tomar la micro de vuelta. Pero recordaba el nombre claramente: Tobalaba. Volví a casa a la una de la mañana y el miedo ni siquiera me permitió bosquejar una explicación convincente. Mis padres habían ido a los carabineros y el suceso había trascendido entre los vecinos. Al final dije que me había quedado dormido en una plaza y que había despertado

recién. Me creyeron y hasta tuve luego que ir a un médico para que revisara mis problemas de sueño.

Envalentonado por mis hallazgos, acudí a la cita del jueves con el firme propósito de contarle a Claudia todo lo que sabía sobre la supuesta novia de Raúl.

Pero las cosas sucedieron de otro modo. Claudia llegó a la cita atrasada y acompañada. Me presentó con un gesto amable a Esteban, un tipo de pelo largo y rubio. Me dijo que podía confiar en él, que estaba enterado de todo. Me quedé de una pieza, muy molesto, sin atreverme a preguntarle si era su pololo o su primo o qué.

Seguramente tenía diecisiete o dieciocho años: poco más que Claudia, mucho más que yo.

Esteban compró tres panes y un cuarto de mortadela en el supermercado. No fuimos al Templo. Nos quedamos en la plaza comiendo. El tipo hablaba poco pero aquella tarde yo hablé menos. No le conté a Claudia lo que había averiguado, tal vez a manera de venganza, pues no estaba preparado para lo que estaba sucediendo, no podía entender por qué alguien podía enterarse de lo que hacía con Claudia, por qué era lícito que ella compartiera el secreto.

Me porté como el niño que era y falté a las citas siguientes. Pensé que eso debía hacer: olvidar a Claudia. Pero al cabo de unas semanas, sorpresivamente, recibí una carta de ella. Me citaba de urgencia, me pedía que fuera a verla a cualquier hora, me decía que no importaba si estaba su madre en casa.

Eran casi las nueve de la noche. Magali abrió la puerta y me preguntó el nombre, pero era evidente que ya lo sabía. Claudia me saludó efusivamente y le dijo a su madre que yo era el vecino de Raúl y ella hizo gestos excesivos de alegría. Cómo has crecido, me dijo, no te

reconocí. Seguro que fingían los diálogos de una presentación y las preguntas que la mujer me dirigía eran totalmente estudiadas. Medio aturdido por la situación, le pregunté si seguía siendo profesora de inglés, y ella respondió que sí, sonriendo, que no era fácil dejar de ser, de la noche a la mañana, profesora de inglés.

Le pedí a Claudia que me contara lo que había pasado: de qué manera habían cambiado las cosas como para que ahora mi presencia fuera natural. Es que las cosas están cambiando de a poco, me dijo ella: muy lentamente las cosas están cambiando. Ya no es necesario que espíes a Raúl, puedes venir a verme cuando quieras, pero ya no es necesario que hagas ningún informe, insistió, y no tuve más remedio que irme rumiando un profundo desconcierto.

Fui una o dos veces más, pero volví a toparme con Esteban.

Nunca supe si era o no el pololo de Claudia, pero de todas maneras lo detestaba. Y entonces dejé de ir y los días pasaron como una ventolera. Durante meses o tal vez durante un año me olvidé de Claudia. Hasta que una mañana vi a Raúl cargando una camioneta blanca con decenas de cajas.

Todo fue muy rápido. Me acerqué, le pregunté dónde iba, y él no respondió: me miró con un gesto neutro y evasivo. Salí corriendo a la casa de Claudia. Quería avisarle y mientras corría descubrí que también quería que me perdonara. Pero Claudia ya no estaba. Se fueron hace unos días, dijo la vecina. No sé adonde, cómo voy a saberlo, dijo. A otra villa, supongo.

II. La literatura de los padres

Avanzo de a poco en la novela. Me paso el tiempo pensando en Claudia como si existiera, como si hubiera existido. Al comienzo dudaba incluso de su nombre. Pero es el nombre del noventa por

ciento de las mujeres de mi generación. Es justo que se llame así. No me cansa el sonido, tampoco. Claudia.

Me gusta mucho que mis personajes no tengan apellidos. Es un alivio.

*

Un día de éstos esta casa ya no va a recibirme. Quería habitarla de nuevo, ordenar los libros, cambiar los muebles de lugar, arreglar un poco el jardín. Nada de eso ha sido posible. Pero me ayudan, ahora, varios dedos de mezcal.

Por la tarde hablé, por segunda vez en mucho tiempo, con Eme.

Preguntamos por los amigos en común, y luego, a más de un año de la separación, hablamos de los libros que se llevó o que olvidó sin querer.

Me pareció doloroso repasar, de manera tan civilizada, el listado de pérdidas, pero al final incluso me animé a pedirle de vuelta los libros de Hebe Uhart y de Josefina Vicens que tanto echo de menos. Los leí, me dijo. Por un segundo pensé que mentía, a pesar de que nunca mintió sobre esas cosas, nunca mintió sobre nada, en realidad. Nuestro problema fue justamente ése, que no mentíamos. Fracasamos por el deseo de ser honestos siempre.

Luego me contó sobre la casa en la que vive —una casona, en realidad, a unas veinte cuerdas de aquí, que comparte con dos amigas. No las conoces, me dijo, y en realidad no son verdaderas amigas, pero hacemos un buen grupo: mujeres de treinta hablando alegremente sobre sus frustraciones. Le dije que podía ir a verla y llevarle los libros que necesitaba. Me respondió que no. Prefiero ir yo, un día de éstos, después de Navidad. Así me das un té y conversamos, dijo.

Desde que nos separamos, agregó de repente, forzando o buscando un tono natural —desde que nos separamos me he acostado

con dos hombres. Yo no he estado con ninguno, le respondí, bromeando. Entonces no has cambiado tanto, me dijo, riendo. Pero he estado con dos mujeres, le dije. La verdad es que ha sido sólo una. Le mentí, tal vez para empatar. Y sin embargo no pude seguir el juego. La sola idea de imaginarte con alguien más me resulta intolerable, le dije, y nos costó, después, rellenar ese silencio.

Recuerdo cuando se fue. Se supone que es el hombre el que se va de la casa. Mientras ella lloraba y empacaba sus cosas lo único que atiné a decirle fue esa frase absurda: se supone que es el hombre el que se va de la casa. De alguna manera siento, todavía, que este espacio es suyo. Por eso me cuesta tanto vivir aquí.

Volver a hablar con ella fue bueno y tal vez necesario. Le conté sobre la novela nueva. Le dije que al comienzo avanzaba a pulso seguro, pero que de a poco había perdido el ritmo o la precisión. Por qué no la escribes de una vez, me aconsejó, como si no me conociera, como si no hubiera estado conmigo a lo largo de tantas noches de escritura. No lo sé, le respondí. Y en verdad no lo sé.

Lo que pasa, Eme, pienso ahora, un poquito borracho, es que espero una voz. Una voz que no es la mía. Una voz antigua, novelesca, firme.

O es que me gusta estar en el libro. Es que prefiero escribir a haber escrito. Prefiero permanecer, habitar ese tiempo, convivir con esos años, perseguir largamente imágenes esquivas y repasarlas con cuidado. Verlas mal, pero verlas. Quedarme ahí, mirando.

*

Como era de esperar, pasé todo el día pensando en Eme. Gracias a ella encontré la historia para esta novela. Debe haber sido hace cinco años, recién vivíamos en esta casa. Hablábamos, todavía en la cama, a

mediodía, sobre anécdotas de infancia, como hacen los amantes que quieren saberlo todo, que rebuscan en la memoria historias antiguas para poder canjearlas, para que el otro también busque: para encontrarse en la ilusión de dominio, de entrega.

Ella tenía siete u ocho años, estaba en el patio, con otras niñas, jugando a las escondidas. Se hacía tarde, ya era hora de entrar a casa, los adultos las llamaban, las niñas respondían que ya iban —el tira y afloja se hacía largo, los llamados eran cada vez más enérgicos, pero ellas reían y seguían jugando.

De pronto se dieron cuenta de que hacía rato habían dejado de llamarlas y era noche cerrada ya. Pensaron que estaban mirándolas, que querían darles una lección, que ahora los adultos jugaban a esconderse. Pero no. Al entrar a la casa Eme vio que los amigos de su padre lloraban y que su madre, clavada en el sillón, miraba hacia un lugar indefinido. Escuchaban las noticias en la radio. Hablaban de un allanamiento. Hablaban de muertos, de más muertos.

Muchas veces pasó eso, me dijo Eme esa vez, hace cinco años.

Los niños entendíamos, súbitamente, que no éramos tan importantes. Que había cosas insondables y serias que no podíamos saber ni comprender.

La novela es la novela de los padres, pensé entonces, pienso ahora. Crecimos creyendo eso, que la novela era de los padres.

Maldiciéndolos y también refugiándonos, aliviados, en esa penumbra.

Mientras los adultos mataban o eran muertos, nosotros hacíamos dibujos en un rincón. Mientras el país se caía a pedazos nosotros aprendíamos a hablar, a caminar, a doblar las servilletas en forma de barcos, de aviones. Mientras la novela sucedía, nosotros jugábamos a escondernos, a desaparecer.

*

En lugar de escribir, pasé la mañana tomando cerveza y leyendo Madame Bovary. Ahora pienso que lo mejor que he hecho en estos años ha sido beber muchísima cerveza y releer algunos libros con devoción, con extraña fidelidad, como si en ellos latiera algo propio, alguna pista sobre el destino. Por lo demás, leer morosamente, echarse en la cama largas horas sin solucionar nunca la picazón en los ojos, es la coartada perfecta para esperar la llegada de la noche. Y eso espero, nada más: que la noche llegue pronto.

Todavía recuerdo la tarde en que la profesora se volvió a la pizarra y escribió las palabras prueba, próximo, viernes, Madame, Bovary, Gustave, Flaubert, francés. Con cada letra crecía el silencio y al final solamente se oía el triste chirrido de la tiza.

Por entonces ya habíamos leído novelas largas, casi tan largas como Madame Bovary, pero esta vez el plazo era imposible: teníamos menos de una semana para enfrentar una novela de cuatrocientas páginas. Comenzábamos a acostumbrarnos, sin embargo, a esas sorpresas: acabábamos de entrar al Instituto Nacional, teníamos once o doce años, y ya sabíamos que en adelante todos los libros serían largos. Estoy seguro de que esos profesores no querían entusiasmarnos sino disuadirnos, alejarnos para siempre de los libros. No gastaban saliva hablando sobre el placer de la lectura, tal vez porque ellos habían perdido ese placer o nunca lo habían sentido realmente. Se supone que eran buenos profesores, pero entonces ser bueno era poco más que saberse los manuales.

Al tiempo ya conocíamos los trucos, transmitidos de generación en generación. Se nos enseñaba a ser tramposos y aprendíamos rápido. En todas las pruebas había un ítem de identificación de personajes, que

incluía puros personajes secundarios: mientras menos relevante fuera el personaje era mayor la posibilidad de que nos preguntaran por él, así que memorizábamos los nombres con resignación y también con la alegría de cultivar un puntaje seguro. Era importante saber que el joven cojo de los mandados se llamaba Hipólito y la criada Félicité y que el nombre de la hija de Emma era Berta Bovary.

Había cierta belleza en el gesto, pues entonces éramos justamente eso, personajes secundarios, centenares de niños que cruzaban la ciudad equilibrando apenas los bolsos de mezclilla. Los vecinos del barrio tomaban el peso y hacían siempre la misma broma: parece que llevaras piedras en la mochila. El centro de Santiago nos recibía con bombas lacrimógenas, pero no llevábamos piedras sino ladrillos de Baldor o de Villee o de Flaubert.

Madame Bovary era una de las pocas novelas que había en casa, así que empecé a leerla esa misma noche, pero no tuve paciencia con las descripciones. La prosa de Flaubert simplemente me hacía cabecear. Tuve que aplicar el método de urgencia que me había enseñado mi padre: leer las dos primeras páginas y enseguida las dos últimas, y sólo entonces, sólo después de saber el comienzo y el final de la novela, seguir leyendo de corrido. Si no alcanzas a terminar, al menos ya sabes quién era el asesino, decía mi padre, que al parecer sólo había leído libros en que había un asesino.

Entonces lo primero que supe de Madame Bovary fue que el niño tímido y alto del capítulo inicial finalmente moriría y que su hija terminaría de obrera en una fábrica de algodón. Sobre el suicidio de Emma ya sabía, pues algunos padres alegaron que el tema del suicidio era demasiado fuerte para niños de doce años, a lo que la profesora respondió que no, que el suicidio de una mujer acosada por las deudas

era un tema muy actual, perfectamente comprensible por niños de doce años.

No avancé mucho más en la lectura. Estudié un poco con los resúmenes que había hecho mi compañero de banco y el día anterior a la prueba encontré una copia de la película en el videoclub de Maipú. Mi mamá intentó oponerse a que la viera, pues pensaba que no era adecuada para mi edad, y yo también pensaba o más bien esperaba eso, porque Madame Bovary me sonaba a porno, todo lo francés me sonaba a porno.

La película era, en este sentido, decepcionante, pero la vi dos veces y llené las hojas de oficio por lado y lado. Saqué un 3,6, sin embargo, de manera que durante algún tiempo asocié Madame Bovary a ese 3,6 y al nombre del director de la película, que la profesora escribió entre signos de exclamación junto a la mala nota: ¡Vincente Minnelli! Busco, ahora, a Berta en la novela. Recordaba solamente el momento, en el capítulo cinco de la segunda parte, en que Emma mira a Berta y piensa, extrañada: «Mira que es fea esta niña.» Y la terrible escena de la muerte de Charles, cuando Berta piensa que su padre está jugando: «Creyendo que quería hacerle una broma, le dio un empujoncito. Bovary cayó al suelo. Estaba muerto.»

Me gusta imaginar a Berta merodeando por el patio mientras su madre está en cama, convaleciente —Emma escucha, desde su cuarto, el ruido de un carruaje y se acerca con esfuerzo a la ventana para mirar la calle ya desierta.

Me gusta pensar en Berta aprendiendo a leer. Primero es Emma quien intenta enseñarle. Después de su gran desilusión ha decidido volver a la vida y convertirse en una mujer entregada a ocupaciones piadosas. Berta es todavía muy pequeña y de seguro no entiende las

lecciones. Pero durante esos días o semanas o meses su madre tiene toda la paciencia del mundo: le enseña a su hija a leer y remienda ropa para los pobres y hasta consulta obras religiosas.

Un tiempo después, Charles lleva a Berta a dar un paseo y trata de enseñarle a leer con un libro de medicina. Pero la niña no tiene el hábito del estudio, por lo que se entristece y se echa a llorar.

Hay un pasaje en que Charles piensa en el futuro de Berta y desde luego se equivoca mucho al imaginarla a los quince años, paseando en verano con un gran sombrero de paja, tan bella como su madre. Al verlas a lo lejos parecerían hermanas, piensa Charles, satisfecho.

*

Vino Eme, por fin. Me dio, como regalo de Navidad, un frasco de magnetos con cientos de palabras en inglés. Armamos juntos la primera frase, que resultó, de alguna manera, oportuna:

only love & noise

Me mostró sus dibujos recientes y sin embargo no aceptó que le leyera las primeras páginas de mi libro. Me miró con un gesto nuevo, un gesto que no puedo precisar.

Es impresionante que el rostro de una persona amada, el rostro de alguien con quien hemos vivido, a quien creemos conocer, tal vez el único rostro que seríamos capaces de describir, que hemos mirado durante años, desde una distancia mínima —es bello y en cierto modo terrible saber que incluso ese rostro puede liberar de pronto, imprevistamente, gestos nuevos. Gestos que nunca antes habíamos visto. Gestos que acaso nunca volveremos a ver.

*

Entonces no sabíamos los nombres de los árboles o de los pájaros. No

era necesario. Vivíamos con pocas palabras y era posible responder a todas las preguntas diciendo: no lo sé. No creíamos que eso fuera ignorancia. Lo llamábamos honestidad. Luego aprendimos, de a poco, los matices. Los nombres de los árboles, de los pájaros, de los ríos. Y decidimos que cualquier frase era mejor que el silencio.

Pero estoy contra la nostalgia.

No, no es cierto. Me gustaría estar contra la nostalgia.

Dondequiera que mire hay alguien renovando votos con el pasado.

Recordamos canciones que en realidad nunca nos gustaron, volvemos a ver a las primeras novias, a compañeros de curso que no nos simpatizaban, saludamos con los brazos abiertos a gente que repudiábamos.

Me asombra la facilidad con que olvidamos lo que sentíamos, lo que queríamos. La rapidez con que asumimos que ahora deseamos o sentimos algo distinto. Y a la vez queremos reírnos con las mismas bromas. Queremos, creemos ser de nuevo los niños bendecidos por la penumbra.

Estoy en esa trampa, en la novela. Ayer escribí la escena del reencuentro, casi veinte años después. Me gustó el resultado, pero a veces pienso que los personajes no deberían volver a verse. Que deberían pasar de largo muchas veces, caminar por las mismas calles, acaso hablar sin reconocerse, de un lado al otro del mostrador.

¿Realmente reconocemos a alguien veinte años después?

¿Reconocemos ahora, a partir de un indicio luminoso, los rasgos definitivos, irremediamente adultos, de una cara remota? He pasado la tarde pensando en eso, decidiendo eso.

Me parece bello que no se encuentren. Seguir simplemente sus vidas, tan distintas, hasta el presente, y aproximarlas de a poco: dos

trayectos paralelos que no llegan a juntarse. Pero esa novela debería escribirla alguien más. A mí me gustaría leerla. Porque en la novela que quiero escribir ellos se encuentran. Necesito que se encuentren.

*

¿Se enamoran? ¿Es una historia de amor?

Eme pregunta y yo solamente sonrío. Llegó a media tarde, tomamos varias tazas de té y escuchamos un disco entero de The Kinks. Le pedí que me dejara leerle algunas páginas del manuscrito y de nuevo no quiso. Prefiero leerlas más adelante, me dijo. Estoy escribiendo sobre ti, la protagonista tiene mucho de ti, le dije, temerariamente. Con mayor razón, respondió, sonriendo: prefiero leerla más adelante. Pero me alegra muchísimo que hayas vuelto a escribir, agregó. Me gusta lo que te pasa cuando escribes. Escribir te hace bien, te protege.

¿Me protege de qué?

Las palabras te protegen. Buscas frases, buscas palabras, eso es súper bueno, dijo.

Luego me pidió más detalles sobre la historia. Le conté muy poco, lo mínimo. Al hablar sobre Claudia volví a dudar de su nombre. Me preguntó después, medio en broma, si los personajes se quedan juntos para toda la vida. No pude evitar un asomo de molestia. Le respondí que no: que vuelven a verse ya adultos y se enredan unas semanas, tal vez algunos meses, pero que de ninguna manera se quedan juntos. Le dije que no podría ser así, que nunca es así —nunca es así en las novelas buenas, pero en las novelas malas todo es posible, dijo Eme, atándose el pelo con nerviosismo y coquetería.

Miré sus labios partidos, sus mejillas, sus pestañas cortas. Parecía sumida en un pensamiento profundo. Luego se fue. No quería que se

fuera todavía. Pero se fue. Se ha tomado en serio la precaución. Yo estoy de acuerdo. También creo que no es bueno que volvamos a vivir juntos, por ahora. Que necesitamos tiempo.

Intenté después seguir escribiendo. No sé muy bien por dónde avanzar. No quiero hablar de inocencia ni de culpa; quiero nada más que iluminar algunos rincones, los rincones donde estábamos. Pero no estoy seguro de poder hacerlo bien. Me siento demasiado cerca de lo que cuento. He abusado de algunos recuerdos, he saqueado la memoria, y también, en cierto modo, he inventado demasiado. Estoy de nuevo en blanco, como una caricatura del escritor que mira la pantalla con impotencia.

No le dije a Eme lo mucho que me cuesta escribir sin ella.

Recuerdo su cara de sueño, cuando me acercaba muy tarde para leerle apenas un párrafo o una frase. Ella escuchaba y asentía o bien opinaba, con precisión: eso no sería así, este personaje no respondería con esas palabras. Ese tipo de observaciones valiosas, esenciales.

Ahora voy a escribir con ella de nuevo, pienso. Y siento felicidad.

*

Caminé anoche durante horas. Era como si quisiera perderme por alguna calle nueva. Perderme absoluta y alegremente. Pero hay momentos en que no podemos, no sabemos perdernos. Aunque tomemos siempre las direcciones equivocadas. Aunque perdamos todos los puntos de referencia. Aunque se haga tarde y sintamos el peso del amanecer mientras avanzamos. Hay temporadas en que por más que lo intentemos descubrimos que no sabemos, que no podemos perdernos. Y tal vez añoramos el tiempo en que podíamos perdernos. El tiempo en que todas las calles eran nuevas.

Llevo varios días recordando el paisaje de Maipú, comparando la

imagen de ese mundo de casas pareadas, ladrillo princesa y suelo de flexit, con estas calles viejas donde vivo desde hace años, estas casas tan distintas las unas de las otras —el ladrillo fiscal, el parquet, la apariencia de estas calles nobles que no me pertenecen y que sin embargo recorro con familiaridad. Calles con nombres de personas, de lugares reales, de batallas perdidas y ganadas, y no esos pasajes de fantasía, ese mundo de mentira en que crecimos a la rápida.

*

Esta mañana vi, en un banco del Parque Intercomunal, a una mujer leyendo. Me senté enfrente para verle la cara y fue imposible. El libro absorbía su mirada y por momentos creí que ella lo sabía. Que alzar el libro de esa manera —a la estricta altura de los ojos, con ambas manos, con los codos apoyados en una mesa imaginaria— era su forma de esconderse.

Vi su frente blanca y el pelo casi rubio, pero nunca sus ojos. El libro era su antifaz, su preciada máscara.

Sus dedos largos sostenían el libro como ramas delgadas y vigorosas. Me acerqué en un momento lo bastante como para mirar incluso sus uñas cortadas sin rigor, como si acabara de comérselas.

Estoy seguro de que sentía mi presencia, pero no bajó el libro.

Siguió sosteniéndolo como quien sostiene la mirada.

Leer es cubrirse la cara, pensé.

Leer es cubrirse la cara. Y escribir es mostrarla.

*

Hoy vi La batalla de Chile, el documental de Patricio Guzmán. Conocía nada más que unos fragmentos, sobre todo de la segunda parte, que pasaron alguna vez, en el colegio, ya en democracia. Recuerdo que el presidente del Centro de Alumnos comentaba las escenas y cada cierto

tiempo detenía la cinta para decirnos que ver esas imágenes era más importante que aprender las tablas de multiplicar.

Entendíamos, por supuesto, lo que el dirigente quería decirnos, pero igual nos parecía raro el ejemplo, pues si estábamos en ese colegio era justamente porque desde hacía ya demasiados años sabíamos las tablas de multiplicar. Desde la última fila del auditorium alguien interrumpió para preguntar si ver esas imágenes era más importante que aprender a dividir con decimales, y enseguida alguien preguntó si en lugar de memorizar la tabla periódica podíamos mirar muchas veces esas imágenes tan importantes. Nadie rió, sin embargo. El dirigente no quiso responder, pero nos miró con una mezcla de tristeza e ironía. Entonces intervino un delegado y dijo: hay cosas sobre las que no se puede bromear. Si entienden eso, pueden quedarse en la sala. No recordaba o no había visto la larga secuencia de La batalla de Chile que tiene lugar en los campos de Maipú. Obreros y campesinos defienden las tierras y discuten fuertemente con un representante del gobierno de Salvador Allende. Pensé que ésas bien podían ser las tierras del pasaje Aladino. Las tierras en que luego aparecieron esas villas con nombres de fantasía donde vivimos las familias nuevas, sin historia, del Chile de Pinochet.

*

El colegio cambió mucho cuando volvió la democracia. Entonces yo acababa de cumplir trece años y empezaba tardíamente a conocer a mis compañeros: hijos de gente asesinada, torturada y desaparecida. Hijos de victimarios, también. Niños ricos, pobres, buenos, malos. Ricos buenos, ricos malos, pobres buenos, pobres malos. Es absurdo ponerlo así, pero recuerdo haberlo pensado más o menos de esa manera. Recuerdo haber pensado, sin orgullo y sin autocompasión, que yo no

era ni rico ni pobre, que no era bueno ni malo. Pero era difícil ser eso: ni bueno ni malo. Me parecía que eso era, en el fondo, ser malo.

Recuerdo a un profesor de Historia, uno que no me agradaba realmente, en tercero medio, a los dieciséis años. Una mañana tres ladrones que huían de la policía se refugiaron en los estacionamientos del colegio y los carabineros los siguieron y lanzaron un par de tiros al aire. Nos asustamos, nos echamos al suelo, pero una vez pasado el peligro nos sorprendió ver que el profesor lloraba debajo de la mesa, con los ojos apretados y las manos en los oídos. Fuimos a buscar agua e intentamos que la bebiera pero al final tuvimos que echársela en la cara. Logró calmarse de a poco mientras le explicábamos que no, que no habían vuelto los milicos. Que podía continuar la clase —no quiero estar aquí, nunca quise estar aquí, decía el profesor, gritando. Entonces se hizo un silencio completo, solidario. Un silencio bello y reparador.

Me encontré con el profesor días después, en un recreo. Le pregunté cómo estaba, y él agradeció el gesto. Se nota que sabes lo que yo viví, me dijo, en señal de complicidad. Claro que lo sabía, todos lo sabíamos; había sido torturado y su primo era detenido desaparecido. No creo en esta democracia, me dijo, Chile es y seguirá siendo un campo de batalla. Me preguntó si militaba, le dije que no. Me preguntó por mi familia, le dije que durante la dictadura mis padres se habían mantenido al margen. El profesor me miró con curiosidad o con desprecio —me miró con curiosidad pero sentí que en su mirada había también desprecio.

*

No escribí ni leí nada en Punta Arenas. Pasé la semana entera defendiéndome del clima y conversando con amigos nuevos. En el avión de vuelta me tocó viajar junto a dos señoras que me contaron en

detalle sus vidas. Todo iba bien hasta que me preguntaron a qué me dedicaba. Nunca sé qué responder. Antes decía que era profesor, lo que generalmente me conducía a largos y confusos diálogos sobre la crisis de la educación en Chile. Por eso ahora digo que soy escritor, y cuando me preguntan qué clase de libros escribo, respondo, para evitarme una serie de explicaciones vacilantes, que escribo novelas de acción, lo que no es necesariamente mentira, pues en todas las novelas, incluso en las mías, pasan cosas.

En vez de preguntarme qué clase de libros escribo, sin embargo, la mujer que iba a mi lado quiso saber cuál era mi seudónimo. Le respondí que no tenía seudónimo. Que desde hacía años los escritores ya no usaban seudónimos. Me miró con escepticismo y a partir de entonces su interés en mí fue decayendo. Al despedirnos me dijo que no me preocupara, que tal vez pronto se me iba a ocurrir un buen seudónimo.

*

Hace un rato pasó a verme el poeta Rodrigo Olavarría. Nos conocemos poco pero nos une una especie de confianza previa y recíproca. Me gusta que dé consejos. Ahora que lo pienso, hubo un tiempo en que todo el mundo daba consejos. La vida consistía en dar y recibir consejos. Pero de pronto nadie quiso más consejos. Era tarde, nos habíamos enamorado del fracaso, y las heridas eran trofeos, igual que cuando niños, después de jugar entre los árboles. Pero Rodrigo da consejos. Y los escucha, los pide. Está enamorado del fracaso, pero también, todavía, de esas formas antiguas y nobles de la amistad. Pasamos la tarde escuchando a Bill Callahan y Emmy the Great. Fue divertido. Luego le conté el diálogo en el avión. Quedamos de juntarnos, una de estas tardes, a elegir seudónimos. Vas a ver que

encontramos seudónimos excelentes, me dijo.

Rodrigo no recuerda exactamente cuándo vio La batalla de Chile por primera vez, pero conoce de memoria el documental, porque a mediados de los años ochenta, en Puerto Montt, sus padres comercializaban copias piratas para financiar actividades del Partido Comunista. A sus ocho o nueve años, Rodrigo era el encargado de cambiar las cintas y acumular las copias nuevas en una caja de cartón. Me pasaba toda la tarde, me dijo, haciendo las tareas y copiando a dos bandas, con cuatro VHS y dos televisores, el documental. Las únicas pausas eran para ver Robotech en Canal 13.

*

Muy resfriado, en cama desde hace días. Matizo la enfermedad con altas dosis de televisión. Las visitas de Eme me parecen siempre demasiado breves. Volví a pedirle que escuchara las primeras páginas de la novela y volvió a responderme que no. Su excusa fue pobre y realista: estás resfriado, me dijo. Hace un rato insistí y volvió a negarse. Es obvio que no quiere leerlas, tal vez porque prefiere no reanudar ese lado de nuestra relación.

En fin. Hace un rato vi Buenos días, la bellísima película de Ozu.

Qué alegría más grande saber que existe esa película, que puedo verla muchas veces, que puedo verla siempre.

*

Por la mañana me di a la estúpida tarea de esconder mis cigarrillos por los rincones de la casa. Los encuentro, claro, pero fumo poco, fumo menos, hago esfuerzos por mejorarme de una vez. La enfermedad, sin embargo, dura demasiado, y cada tanto pienso que me he pegado la gripe porcina. Nada más me falta la fiebre, aunque acabo de leer en Internet que algunos enfermos no presentan fiebre entre los síntomas.

Anoche, la sala de urgencias de la Clínica Indisa estaba repleta de enfermos reales e imaginarios, pero asombrosamente me atendieron de inmediato. Había una explicación. Un médico joven y canoso apareció y me dijo, señalando la placa en su delantal: somos familia. En verdad es probable que seamos parientes en algún grado. Compré tus libros, me dijo, pero no los he leído —se disculpó de una manera denigrante o simplemente cómica: no tengo tiempo para leer ni siquiera libros cortos como los que tú escribes, me dijo. Pero hace un año les hablé de ti a mis familiares en Careno. Le pregunté al doctor, para maravillarlo con mi ignorancia, dónde quedaba Careno.

Queda en Italia, al norte de Italia, me respondió, escandalizado.

Luego bajó los ojos, como perdonándose. Me preguntó por el nombre de mi padre, de mi abuelo, de mi bisabuelo. Le contesté pasivamente pero enseguida me cansé de tanta pregunta y le dije que esa conversación no tenía sentido —definitivamente mi familia proviene de algún hijo huacho, le dije: somos hijos de algún patrón que no se hizo cargo. Le dije que en mi familia todos somos morenos —él es muy blanco y más bien feo, con esa blancura higiénica que en alguna gente me parece medio irreal. Resignado a no encontrar en mí señales de arraigo, el doctor me contó que todos los años viaja a Careno, donde hay muchísima gente con nuestro apellido, pues históricamente la familia fue bastante endogámica. Hay muchos matrimonios entre hermanos y entre primos, por lo que la genética no es muy buena, dijo. Nosotros no tenemos ese problema, le dije. En mi rama de la familia respetamos a las primas.

Se rió o intentó reírse. Quise, no sé por qué, disculparme. Pero antes de que pudiera decirle la frase que vagamente intentaba formular, el doctor me preguntó por los síntomas. Ahora tenía prisa.

Dedicó apenas dos minutos a mi dolencia, negando en redondo, como reprochándome por sólo imaginarlo, que tuviera la gripe porcina. Ni siquiera me sermoneó por la cantidad de cigarros que fumo.

Volví a casa un poco humillado, con los antigripales de siempre, pensando en esas familias, en la lejana Careno, en cómo se vería mi rostro blanco, deslavado, o en el deseo distante, alguna vez, de estudiar medicina. Imagino a ese mismo doctor, mayor que yo, en la escuela de Medicina respondiendo con énfasis, con molestia: no, no somos parientes.

*

Los padres abandonan a los hijos. Los hijos abandonan a los padres. Los padres protegen o desprotegen pero siempre desprotegen. Los hijos se quedan o se van pero siempre se van. Y todo es injusto, sobre todo el rumor de las frases, porque el lenguaje nos gusta y nos confunde, porque en el fondo quisiéramos cantar o por lo menos silbar una melodía, caminar por un lado del escenario silbando una melodía. Queremos ser actores que esperan con paciencia el momento de salir al escenario. Y el público hace rato que se fue.

*

Hoy inventé este chiste:

Cuando grande voy a ser un personaje secundario, le dice un niño a su padre.

Por qué.

Por qué qué.

Por qué quieres ser un personaje secundario.

Porque la novela es tuya.

*

Escribo en casa de mis padres. Hace tiempo que no venía. Prefiero

verlos en el centro, a la hora de almuerzo. Pero esta vez quise seguir con mi papá el partido entre Chile y Paraguay, pensando también en refrescar algunos detalles del relato. Es el viaje de la novela, el viaje de vuelta que hace el protagonista, asustado, al final de esa tarde larga en que sigue a la supuesta novia de Raúl. Escribí ese pasaje pensando en un viaje real, más o menos a esa edad.

Una tarde, después de almorzar, me disponía a salir cuando mi padre me dijo que no, que debía quedarme en casa estudiando inglés. Le pregunté para qué, si tenía buenas notas en inglés. Porque no es prudente que salgas tanto —usó esa palabra, prudente, lo recuerdo con precisión. Y porque soy tu padre y debes hacerme caso, dijo.

Me pareció brutal, pero estudié o fingí que estudiaba. Por la noche, antes de dormir, todavía enojado, le dije a mi papá que me daba rabia ser niño y tener que pedir permiso para todo, que era mejor ser huérfano. Lo dije para molestarlo nada más, pero él me miró socarronamente y fue a hablar con mi mamá. Por los gestos que ella hacía mientras se acercaban entendí que no estaban de acuerdo en la medida que iban a anunciarme, pero que de todos modos tendría que cumplirla.

Antes de hablarme llamaron a mi hermana para que presenciara la escena. Mi papá se dirigió a ella primero. Le dijo que habían vivido equivocados. Que hasta entonces habían creído que ella era la hermana mayor, pero que acababan de descubrir que no. Por eso vamos a darle a tu hermano las llaves de la casa —podrás salir y entrar a la hora que quieras, desde hoy te mandas solo, me dijo, mirándome a los ojos.

Nadie va a preguntarte dónde vas ni si tienes tarea ni nada.

Así fue. Durante unas semanas disfruté de esos privilegios. Me trataban como a un adulto, con apenas algunos dejos de ironía. Me fui

desesperando. Le dije a mi mamá que un día me iría muy lejos y ella me respondió que entonces no olvidara llevar una maleta. No llevé una maleta, pero una tarde simplemente subí a una micro cualquiera, dispuesto a llegar al fin del recorrido, sin planes, muy angustiado. No llegué al final del recorrido, pero sí bastante cerca del barrio donde ahora vivo. El viaje duró más de una hora y al volver me retaron muchísimo. Era lo que yo quería. Estaba feliz de recuperar a mis padres. Y también había descubierto un mundo nuevo. Un mundo que no me gustaba, pero era nuevo.

Ahora no existe ese recorrido. Viajé en metro y en bus y llegué a Maipú por Pajaritos. Siempre me sorprende la cantidad de restaurantes chinos que hay en la avenida. Desde hace años Maipú es una pequeña gran ciudad y las tiendas que visitaba cuando niño ahora son sucursales de bancos o cadenas de comida rápida.

Antes de llegar hice un rodeo para pasar por Lucila Godoy Alcayaga. La calle estaba cerrada con un vistoso portero eléctrico, al igual que el pasaje Neftalí Reyes Basoalto. No me animé a pedirle a la gente que circulaba que me dejara entrar. Quería ver la casa de Claudia, que en realidad fue, durante un tiempo, la casa de mi amiga Carla Andreu. Enfilé, entonces, hacia Aladino. La villa se ha llenado de mansardas, de segundos pisos que lucen aberrantes, de tejados ostentosos. Ya no es el sueño de igualdad. Al contrario. Hay muchas casas a maltraer y otras lujosas. Hay algunas que parecen deshabitadas.

También había cambios en la casa de mis padres. Me impresionó, sobre todo, ver en el living un mueble nuevo para libros. Reconocí la enciclopedia del automóvil, el curso de inglés de la BBC y los viejos libros de la revista Ercilla con sus colecciones de literatura chilena,

española y universal. En la hilera del centro había también una serie de novelas de Isabel Allende, Hernán Rivera Letelier, Marcela Serrano, John Grisham, Barbara Wood, Carla Guelfenbein y Pablo Simonetti, y más cerca del suelo algunos libros que leí cuando niño, para el colegio: El anillo de los Löwensköld, de Selma Lagerlöf, Alsino, de Pedro Prado, Miguel Strogoff, de Julio Verne, El último grumete de la Baquedano, de Francisco Coloane, Fermina Márquez, de Valéry Larbaud, en fin. Me gustaría haberlos conservado pero seguramente los olvidé en alguna caja que mis padres encontraron en el entretecho.

Me pareció inquietante ver esos libros ahí, ordenados a la rápida en un mueble rojo de melamina, flanqueado por afiches con escenas de caza o de amaneceres y una gastada reproducción de «Las Meninas» que ha estado en casa desde siempre y que todavía mi padre muestra a las visitas con orgullo: ése es el pintor, Velázquez, el pintor se pintó a sí mismo, dice.

Gracias a esta biblioteca tu madre se ha puesto a leer y yo también, aunque tú sabes que prefiero ver películas, dijo mi padre, y encendió la tele justo a tiempo para ver el partido. Celebramos los goles de Mati Fernández y Humberto Suazo con una jarra grande de pisco sour y un par de botellas de vino. Bebí muchísimo más que mi padre. Nunca lo he visto borracho, pensé, y no sé por qué se lo dije. Yo sí vi a mi papá muchas veces borracho, respondió él, de repente, con una expresión apenas contenida de tristeza.

Quédate, mañana viene tu hermana a almorzar, dijo mi mamá — no puedes manejar en ese estado, agregó, y le recordé lo que siempre olvida: que no tengo auto. Bah, dijo, verdad, con mayor razón no puedes manejar, rió. Me gusta su risa, sobre todo cuando sobreviene, cuando sucede imprevistamente. Es serena y dulce a la vez.

Me fui de casa hace quince años y sin embargo todavía siento una especie de extraño latido al entrar a esta pieza que era mía y ahora es una especie de bodega. Al fondo hay una repisa llena de DVD y los álbumes de fotos arrinconados junto a mis libros, los libros que he publicado. Me parece bello que estén aquí, junto a los recuerdos familiares.

*

Hace un rato, a las dos de la mañana, me levanté a preparar café y me sorprendió ver a mi mamá en el living, bebiendo mate con el ademán gracioso de los novatos. Es lo que hago ahora cuando siento ganas de fumar, dijo, con una sonrisa. Fuma muy poco, cinco cigarros al día, pero desde que mi padre lo dejó ya no permite que ella fume adentro y hace demasiado frío como para abrir la ventana. Yo voy a fumar, le dije, fumemos. Mi papá no puede impedirle que fume, ya están muy viejos para eso, dije.

Él me prohíbe solamente el cigarro. Yo le prohíbo muchas cosas, las grasas saturadas, el exceso de azúcar. Es justo.

Al final la convencí y nos encerramos en una especie de pieza pequeña que construyeron para instalar una inmensa lavadora nueva. Fumó con el gesto de siempre, tan acentuadamente femenino: el cigarro hacia abajo, la mano mostrando la palma, muy cerca de la boca. Qué voy a hacer, dijo de repente, si mañana tu papá se da cuenta de que fumamos.

Dígale que no fumamos. Que si hay olor es porque yo fumo mucho. Yo tengo olor a cigarro. Dígale eso. Y después desvíe la conversación, dígale que está preocupada porque piensa que yo estoy fumando mucho, que me voy a morir de cáncer.

Pero sería mentira, dijo —no sería mentira, respondí, porque

tarde o temprano me voy a morir de cáncer.

Mi madre largó un suspiro hondo y movió la cabeza lentamente.

Entonces me dijo algo que me pareció asombroso: nunca nadie en la vida me ha hecho reír tanto como tú. Eres la persona más divertida que he conocido, dijo. Pero también eres serio y eso me desconcertaba, me desconcierta. Te fuiste muy chico y yo a veces pienso cómo sería la vida si te hubieras quedado en casa. Hay hijos de tu edad que todavía viven con sus padres. Los veo pasar de repente y pienso en ti.

La vida habría sido peor, le dije. Y esos grandotes son unos mamones.

Sí. La verdad es que sí. Y tienes razón. La vida sería peor contigo aquí. Antes de que te fueras de la casa con tu papá peleábamos mucho. Pero desde que te fuiste no peleamos tanto. Ya casi no peleamos.

No esperaba ese súbito momento de honestidad. Me quedé pensando, abatido, pero ella enseguida me preguntó, como si viniera al caso: ¿te gusta Carla Guelfenbein?

No supe qué contestar. La encuentro bonita, saldría con ella, pero no me acostaría con ella, le dije. Tal vez le daría un beso, pero no me acostaría con ella, o me acostaría con ella pero no le daría besos. Mi mamá se fingió escandalizada. Se veía hermosa con ese gesto.

Yo te pregunto si te gusta cómo escribe.

No, mamá. No me gusta.

Pero a mí me gustó su novela. El revés del corazón.

El revés del alma, corregí.

Eso, El revés del alma. Me sentí identificada con los personajes, me emocionó.

¿Y cómo es posible que se identifique con personajes de otra clase social, con conflictos que no son, que no podrían ser los conflictos de su

vida, mamá?

Hablaba en serio, demasiado en serio. Sabía que no correspondía hablar en serio, pero no podía evitarlo. Ella me miró con una mezcla de enojo y compasión. Con un poco de lata. Te equivocas, me dijo, al fin: tal vez ésa no es mi clase social, de acuerdo, pero las clases sociales han cambiado mucho, todo el mundo lo dice, y al leer esa novela yo sentí que sí, que ésos sí eran mis problemas. Entiendo que te moleste lo que te digo, pero deberías ser un poco más tolerante.

Me pareció extrañísimo que mi madre usara esa palabra, tolerante. Me dormí recordando la voz de mi madre diciéndome: deberías ser un poco más tolerante.

*

Después de almuerzo mi hermana insistió en traerme a casa. Sacó la licencia hace un año pero recién hace un mes aprendió realmente a conducir. No parecía nerviosa, sin embargo. El nervioso era yo. Preferí entregarme, cerrar los ojos y abrirlos sólo cuando el auto carraspeaba demasiado con el paso de los cambios. En los momentos de silencio mi hermana aceleraba y cuando la conversación tomaba ritmo ella disminuía la velocidad al punto que los demás autos nos tapaban a bocinazos.

Lamento lo que pasó con tu matrimonio, me dice poco antes de salir de la carretera.

Eso fue hace tiempo, respondo.

Pero yo no te lo había dicho.

Hace poco volvimos —mi hermana me mira entre incrédula y feliz. Le explico que por ahora todo es frágil, tentativo, pero que me siento bien. Que queremos hacer las cosas mejor que antes. Que no viviremos juntos de nuevo, todavía. Ella me pregunta por qué no se lo

conté a mis padres. Por eso mismo, respondo, todavía es temprano para decirles.

Luego me pregunta si voy a escribir más libros. Me gusta la forma de la pregunta, pues cabe la posibilidad de responder simplemente que no, que ya es suficiente, y eso creo, a veces, al final de alguna mala noche: que de pronto voy a dejar de escribir, como si nada, que en algún momento recordaré como lejano el tiempo en que escribía libros, del mismo modo que otros recuerdan la temporada en que fueron taxistas o vendieron dólares en el Paseo Ahumada.

Pero le respondo que sí y ella me pide que le cuente de qué se trata el libro nuevo. No quiero responderle, ella se da cuenta y vuelve a preguntar. Le digo que de Maipú, del terremoto de 1985, de la infancia. Ella pide más detalles, se los doy. Llegamos a casa, la invito a pasar, ella no quiere pero tampoco quiere que me baje. Sé muy bien lo que va a preguntarme.

¿Salgo yo en tu libro?, dice al fin.

No.

¿Por qué?

Lo he pensado. Claro que lo he pensado. Lo he pensado mucho. Mi respuesta es honesta:

Para protegerte, le digo.

Ella me mira escéptica, dolida. Me mira con cara de niña.

Es mejor no ser personaje de nadie, digo. Es mejor no salir en ningún libro.

¿Y tú sales en el libro?

Sí. Más o menos. Pero el libro es mío. No podría no salir. Aunque me atribuyera otros rasgos y una vida muy distinta de la mía, igual estaría yo en el libro. Yo ya tomé la decisión de no protegerme.

¿Y salen nuestros padres?

Sí. Hay personajes parecidos a nuestros padres.

¿Y por qué no proteges, también, a nuestros padres?

Para esa pregunta no tengo ninguna respuesta. Supongo que les toca, simplemente, comparecer. Recibir menos de lo que dieron, asistir a un baile de máscaras sin entender muy bien por qué están ahí. Nada de esto soy capaz de decírselo a mi hermana.

No lo sé, es ficción, le digo. Tengo que irme, hermana. No la llamo por su nombre. Le digo hermana, le doy un beso en la mejilla y bajo del auto.

De vuelta sigo mucho rato pensando en mi hermana, mi hermana mayor. Recuerdo ese poema de Enrique Lihn:

El hijo único sería el mayor de sus hermanos
Y en su orfandad algo tiene de eso
Que se entiende por la palabra mayor
Como si también ellos hubieran muerto
Sus imposibles hermanos menores.

Al escribir nos comportamos como hijos únicos. Como si hubiéramos estado solos siempre. A veces odio esta historia, este oficio del que ya no puedo salir. Del que ya no voy a salir.

*

Siempre pensé que no tenía verdaderos recuerdos de infancia. Que mi historia cabía en unas pocas líneas. En una página, tal vez. Y en letra grande. Ya no pienso eso.

El fin de semana en familia me ha estropeado el ánimo.

Encuentro consuelo en una carta que Kawaba-ta escribió a su amigo Yukio Mishima, en 1962: «Diga lo que diga su madre, usted tiene una escritura magnífica.»

Hace un rato intenté escribir un poema pero sólo conseguí estos pocos endecasílabos:

Yo iba a ser un recuerdo cuando grande Pero ya estoy cansado de seguir Buscando y rebuscando la belleza De un árbol mutilado por el viento.

El único verso que me gusta es el primero:

Yo iba a ser un recuerdo cuando grande.

III. La literatura de los hijos

Me fui de casa a fines de 1995, poco después de cumplir veinte años, pero desde la adolescencia deseaba abandonar esas veredas demasiado limpias, esos pasajes aburridos en que había crecido.

Buscaba una vida plena y peligrosa o tal vez simplemente quería lo que algunos hijos quieren desde siempre: una vida sin padres.

Viví en pensiones o piezas pequeñas y trabajé en cualquier cosa mientras terminaba la universidad. Y cuando terminé la universidad seguí trabajando en cualquier cosa, porque estudié Literatura, que es lo que estudia la gente que termina trabajando en cualquier cosa.

Años después, sin embargo, ya cerca de los treinta, conseguí un puesto como profesor y logré en cierto modo establecerme. Ensayaba una vida plácida y digna: pasaba las tardes leyendo novelas o mirando la tele durante horas, fumando tabaco o marihuana, bebiendo cervezas o vino barato, escuchando música o escuchando nada, porque a veces permanecía largo rato en silencio, como si esperara algo, como si esperara a alguien.

Fue entonces cuando llegué, cuando regresé. No esperaba a nadie, no buscaba nada, pero una noche de verano, una noche cualquiera en que caminaba a pasos largos y seguros, vi la fachada azul, la reja verde y la pequeña plaza de pasto reseco justo enfrente. Es aquí, pensé. Es aquí donde estuve. Lo dije en voz alta, entre maravillado y absorto, y recordé la escena con precisión: el viaje en

micro, el cuello de la mujer, el almacén, el árbol, el angustioso viaje de vuelta, todo.

Pensé entonces en Claudia y también en Raúl y en Magali; imaginé o intenté imaginar sus vidas, sus destinos. Pero de pronto los recuerdos se apagaron. Por un segundo, sin saber por qué, pensé que todos estaban muertos. Por un segundo, sin saber por qué, me sentí inmensamente solo.

En los días siguientes volví al lugar de forma casi obsesiva.

Premeditada o inconscientemente dirigía mis pasos hacia la casa y sentado en el pasto miraba la fachada mientras caía la noche. Se encendían primero los faroles de la calle y más tarde, pasadas las diez, se iluminaba una ventana pequeña en el segundo piso. Durante días el único signo de vida en esa casa era la luz más bien leve que aparecía en el segundo piso.

Una tarde vi a una mujer que abría el portón y sacaba las bolsas de basura. Me pareció un rostro familiar y en principio pensé que era Claudia, aunque la imagen que conservaba era tan remota que a partir de ese recuerdo era posible proyectar muchos rostros. La mujer tenía los pómulos de una persona delgada, pero había engordado de manera tal vez irremediable. Su pelo rojo formaba una tela dura y resplandeciente, como si acabara de teñirse. Y a pesar de ese aspecto llamativo parecía molestarle el solo hecho de que alguien la mirara.

Caminaba como fijando la vista en las juntas del cemento.

Esperé a verla nuevamente. Algunas tardes me llevaba una novela, pero prefería los libros de poemas, porque me permitían más pausas para espiar. Me daba pudor pero también me daba risa volver a ser un espía. Un espía que, de nuevo, no sabía bien lo que quería encontrar.

Una tarde me decidí a tocar el timbre. Al ver venir a la mujer pensé, con pánico, que no tenía un plan, que ni siquiera sabía cómo presentarme. A punta de balbuceos le dije que se me había perdido un gato. Ella me preguntó el nombre del gato, no supe qué contestar. Me preguntó cómo era. Le dije que blanco, negro y café.

Entonces es gata, dijo la mujer.

Es gato, respondí.

Si es de tres colores no puede ser gato. Los gatos de tres colores son hembras, dijo ella. Y agregó que de cualquier manera no había visto gatos perdidos en el barrio últimamente.

La mujer iba a irse cuando le dije, casi gritando: Claudia.

Quién eres tú, respondió.

Se lo dije. Le dije que nos habíamos conocido en Maipú. Que habíamos sido amigos.

Ella me miró largamente. Yo me dejé mirar. Es extrañísima esa sensación. La de esperar ser reconocido. Al final me dijo: ya sé quién eres. Yo no soy Claudia. Soy Ximena, la hermana de Claudia. Y tú eres el niño que me siguió esa tarde, Aladino. Así te decía Claudia, nos reíamos mucho cuando se acordaba de ti. Aladino.

No sabía qué decir. Precariamente entendía que sí, que Ximena era la mujer a la que había seguido hacía tantos años. La supuesta novia de Raúl. Pero Claudia nunca me dijo que tenía una hermana. Sentía el peso, la necesidad de encontrar alguna frase oportuna. Me gustaría ver a Claudia, dije, con poca voz.

Yo pensé que andabas buscando a un gato. A una gata.

Sí, respondí. Pero he pensado muchas veces, estos años, en ese tiempo en Maipú. Y me gustaría ver a Claudia.

En la mirada de Ximena había hostilidad. Se quedó callada. Le

hablé, improvisando nerviosamente, sobre el pasado, sobre el deseo de recuperar el pasado.

No sé para qué quieres ver a Claudia, dijo Ximena. No creo que llegues nunca a entender una historia como la nuestra. En ese tiempo la gente buscaba a personas, buscaba cuerpos de personas que habían desaparecido. Seguro que en esos años tú buscabas gatitos o perritos, igual que ahora.

No entendí su crueldad, me pareció excesiva, innecesaria. De todos modos Ximena apuntó mi teléfono. Cuando ella venga se lo doy, dijo.

¿Y cuándo crees que va a venir?

En cualquier momento, respondió. Mi padre está a punto de morir. Cuando muera, mi hermana viajará desde Yanquilandia a llorar sobre su cadáver y a pedir su parte de la herencia.

Me pareció ridículo, falsamente juvenil eso de llamar Yanquilandia a los Estados Unidos, y a la vez pensé en ese diálogo con Claudia, en el Templo de Maipú, sobre las banderas. Finalmente su destino estaba en ese país que cuando niña despreciaba, pensé, y pensé también que debía irme, pero no pude evitar una última pregunta de cortesía:

¿Cómo está don Raúl?, le pregunté.

No sé cómo está don Raúl. Debe estar bien. Pero mi padre se está muriendo. Chao, Aladino, dijo ella. No entiendes, nunca vas a entender nada, huevón.

Volví a caminar por el barrio varias veces, pero miraba la casa desde lejos, no me atrevía a acercarme. Pensaba con frecuencia en ese diálogo amargo con Ximena. Sus palabras de alguna forma me perseguían. Una noche soñé que me encontraba con ella en el

supermercado. Yo trabajaba promoviendo una cerveza nueva. Ella pasaba con el carro lleno de comida para gatos. Me miraba de reojo. Me reconocía pero evitaba saludarme.

Pensaba también en Claudia, pero como se piensa en un fantasma, como se piensa en alguien que de alguna manera, de una forma irracional y sin embargo muy concreta, nos acompaña. No esperaba su llamado. Me costaba imaginar a su hermana dándole mi número, contándole de esa visita intempestiva, la extraña aparición de Aladino. Pero así fue: algunos meses después de esa conversación con Ximena, una mañana temprano, poco antes de las nueve, Claudia me llamó. Fue muy amable. Me parece entretenido que volvamos a vernos, me dijo.

Nos juntamos una tarde de noviembre, en el Starbucks de La Reina. Me gustaría recordar ahora, con absoluta precisión, cada una de sus palabras y anotarlas en este cuaderno sin mayores comentarios. Me gustaría imitar su voz, acercar una cámara a los gestos que hacía cuando se adentraba, sin miedo, en el pasado. Me gustaría que alguien más escribiera este libro. Que lo escribiera ella, por ejemplo. Que estuviera ahora mismo, en mi casa, escribiendo. Pero me toca escribirlo a mí y aquí estoy. Y aquí me voy a quedar.

No me costó reconocerte, dice Claudia —a mí tampoco, respondo, pero durante largos minutos me distraigo buscando el rostro que tengo en la memoria. No lo encuentro. Si la hubiera visto en la calle no la habría reconocido.

Nos acercamos a recoger el café. No suelo ir al Starbucks, me sorprende ver mi nombre garabateado en el vaso. Miro el vaso de ella, el nombre de ella. No está muerta, pienso de repente, con alegría: no está muerta.

El pelo de Claudia es ahora corto y la cara muy flaca. Sus pechos siguen siendo escasos y su voz parece la de una fumadora, aunque fuma sólo en Chile —parece que en Estados Unidos ya no permiten fumar en ninguna parte, le digo, de pronto contento de que la conversación sea simplemente social, rutinaria.

No es eso. Es raro. En Vermont no me dan ganas de fumar, pero llego a Chile y fumo como loca, dice Claudia. Es como si Chile me resultara incomprendible o intolerable sin fumar.

Es como si Chile te resultara infumable, le digo, bromeando.

Sí, dice Claudia, sin reírse. Ríe después. Diez segundos después entiende la broma.

Al principio el diálogo sigue el rumbo tímido de una cita a ciegas, pero a veces Claudia acelera y empieza a hablar en frases largas. La trama de pronto se esclarece: Raúl era mi padre, dice, sin más preámbulos. Pero se llamaba Roberto. El hombre que murió hace tres semanas, mi padre, se llamaba Roberto.

La miro asombrado, pero no es un asombro en estado puro.

Recibo la historia como si la esperara. Porque la espero, en cierto modo. Es la historia de mi generación.

Nací cinco días después del golpe, el 16 de septiembre de 1973, dice Claudia, en una especie de estallido. La sombra de un árbol cae caprichosamente sobre su boca, no veo el movimiento de sus labios. Eso me inquieta. Siento que me habla una foto. Recuerdo ese poema hermoso, «Los ojos de esta dama muerta me hablan». Pero mueve las manos y la vida regresa a su cuerpo. No está muerta, pienso de nuevo y de nuevo siento una alegría inmensa.

Magali y Roberto tuvieron a Ximena cuando él acababa de entrar a estudiar Derecho en la Universidad de Chile. Vivieron por separado

hasta que ella quedó de nuevo embarazada y entonces, a comienzos de 1973, se casaron y decidieron vivir en La Reina mientras encontraban un lugar propio. Magali era mayor. Había estudiado Inglés en el Pedagógico y era partidaria de Allende, pero no participaba de un modo activo. Roberto era en cambio un militante disciplinado, aunque tampoco estaba en situaciones de riesgo.

Los primeros años de dictadura los pasaron aterrados y encerrados en esa casa de La Reina. Pero a finales de 1981 Roberto se reconectó: volvió a circular por algunos lugares que hasta entonces había evitado y rápidamente asumió responsabilidades, al comienzo muy menores, como informante. Cada mañana esperaba, en las escaleras de la Biblioteca Nacional, en un banco de la Plaza de Armas, e incluso algunas veces en el Zoológico, a sus contactos, y luego volvía a trabajar a una oficina pequeña en la calle Moneda.

Poco después Magali arrendó la casa en Maipú y se fue a vivir allí con las niñas. Era la mejor manera de protegerlas, lejos de todo, lejos del mundo. Roberto, en tanto, corría riesgos, pero cambiaba de apariencia constantemente. A comienzos de 1984 convenció a su cuñado Raúl para que se fuera y le dejara su identidad. Raúl salió de Chile por la cordillera, a Mendoza, sin un plan definido, pero con algo de dinero para comenzar una vida nueva.

Fue entonces cuando Roberto consiguió esa casa en el pasaje Aladino. De nuevo Maipú aparecía como un lugar seguro, donde era posible no despertar sospechas. Vivía muy cerca de su mujer y de sus hijas y su nueva identidad le permitía verlas más seguido, pero primaba la cautela. Las niñas casi no veían a su padre y Claudia ni siquiera sabía que vivía cerca. Lo supo esa noche, la noche del terremoto.

Aprender a contar su historia como si no doliera. Eso ha sido, para Claudia, crecer: aprender a contar su historia con precisión, con crudeza. Pero es una trampa ponerlo así, como si el proceso concluyera alguna vez. Solamente ahora siento que puedo hacerlo, dice Claudia. Lo intenté mucho tiempo. Pero ahora he encontrado una especie de legitimidad. Un impulso. Ahora quiero que alguien, que cualquiera me pregunte, de la nada: quién eres.

Yo soy el que pregunta, pienso. El desconocido que pregunta.

Esperaba un encuentro cargado de silencios, una serie de frases sueltas que luego, como hacía cuando niño, en soledad, tendría que juntar y descifrar. Pero no, al contrario: Claudia quiere hablar. Cuando venía en el avión, dice, miré las nubes un rato largo. Me pareció que hacían un dibujo débil y desconcertante pero a la vez reconocible. Pensé en los bocetos de un niño rayando una hoja o en los dibujos que hacía mi madre mientras hablaba por teléfono. No sé si ocurrió una vez o muchas veces, pero tengo esa imagen de mi mamá rayando papeles mientras hablaba por teléfono.

Miré después, dice Claudia, a las azafatas que alisaban sus faldas mientras conversaban y reían en el fondo del pasillo y al desconocido que dormitaba a mi lado con un libro de autoayuda abierto en el pecho. Y entonces pensé que mi madre había muerto hacía diez años, que mi padre acababa de morir, y en vez de honrar silenciosamente a esos muertos yo experimentaba la necesidad imperiosa de hablar. El deseo de decir: yo. El vago, el extraño placer, incluso, de responder: me llamo Claudia y tengo treinta y tres años.

Lo que más quería durante ese largo viaje hasta Santiago era que el desconocido que viajaba a su lado despertara y le preguntara: quién eres, cómo te llamas. Quería responderle con alegría leve y rápida,

coquetamente, incluso: Me llamo Claudia y tengo treinta y tres años. Quería decirle, como en las novelas: Me llamo Claudia, tengo treinta y tres años y ésta es mi historia. Y empezar a contarla, por fin, como si no doliera.

Es ya de noche, seguimos sentados en la terraza del café. Estás cansado de escucharme, me dice de repente. Niego tajantemente con la cabeza. Pero después voy a escucharte yo a ti, me dice. Y te prometo que cuando me aburra de escucharte no vas a darte cuenta. Fingiré muy bien, me dice, sonriendo.

Claudia llegó cuando el velorio estaba a punto de empezar.

Recibió las condolencias con algo de tedio: prefería los abrazos silenciosos, sin esas terribles frases de ocasión. Después del funeral desarmó sus maletas en la que alguna vez fue su pieza. Pensó que llegaba a su casa, al fin y al cabo; que el único espacio en que realmente se había sentido cómoda era esa habitación pequeña en la casa de La Reina, aunque esa estabilidad duró poco tiempo, apenas unos años, a fines de los ochenta, cuando su abuela, su madre y su padre estaban vivos.

Como si adivinara cruelmente esos pensamientos, como si llevara mucho tiempo esperando pronunciar estas frases, Ximena entró de repente y le dijo: esta no es más tu casa. Puedes quedarte algunas semanas, pero no te acostumbres demasiado. Yo cuidé a mi papá, por lo tanto la casa es mía, no voy a venderla, ni siquiera lo pienses. Y mucho mejor sería que te encontraras un hotel.

Claudia asintió creyendo que con los días su hermana recuperaría la calma, la sensatez. Se echó en la cama a leer una novela, quería olvidar ese diálogo agrio, quería dejarse llevar por la trama, pero era imposible, porque el libro hablaba de padres que abandonan a

sus hijos o de hijos que abandonan a sus padres. Ultimamente todos los libros hablan de eso, pensó.

Fue al living, Ximena miraba televisión, se sentó a su lado.

Gregory House le decía algo a la doctora Cuddy, alguna brutalidad, y Claudia recuerda que rieron, al unísono. Entonces preparó té y le ofreció a Ximena una taza. Pensó que su hermana tenía la cara de alguien que había sufrido no un día o una semana sino toda la vida. Perdona, dijo Ximena al recibir el té: puedes quedarte el tiempo que quieras, pero no me pidas vender la casa. Es lo único que tengo, que tenemos.

Claudia estuvo a punto de decirle alguna frase oportuna y vacía: nos tenemos la una a la otra, vamos a superar esto juntas, algo así. Pero se contuvo. No habría sido verdad. Hacía mucho tiempo que les costaba convivir sin agredirse. Hablemos después sobre la casa, le dijo. Caminamos sin rumbo, pero yo no lo sé, simplemente acompañó a Claudia pensando que vamos a alguna parte. Es ya muy tarde, el cine está cerrado, nos detenemos a mirar los carteles de las películas como si fuéramos una pareja en busca de diversión.

Es bueno vivir cerca de un cine, dice ella, y nos entusiasmos hablando sobre películas —descubrimos coincidencias que sin embargo, más temprano que tarde, nos devuelven a la vida, a la juventud, a la infancia. Porque ya no podemos, ya no sabemos hablar sobre una película o sobre un libro; ha llegado el tiempo en que no importan las películas ni las novelas sino el momento en que las vimos, las leímos: dónde estábamos, qué hacíamos, quiénes éramos entonces. Mientras caminamos en silencio pienso en esos nombres:

Roberto, Magali, Ximena, Claudia. Le pregunto por el nombre de la abuela. Mercedes, responde Claudia. Pienso que son nombres serios.

Incluso Claudia me parece de pronto un nombre serio. Bello, simple y serio. Le pregunto en qué año murió su abuela. En 1995, un año antes que mi mamá, dice Claudia. Y habla también de otro muerto, alguien importante, alguien a quien nunca conoció: el primo de su padre, Nacho, el doctor. Nacho fue arrestado y nunca volvió. Roberto y Magali hablaban de él como si estuviera vivo, pero estaba muerto. Le contaban, cuando niña, y después, muchos años después, seguían contándole la historia de la fiebre, que ni siquiera era una historia propiamente —era un momento, nada más, el último, aunque nadie sabía que sería el último: en 1974, cuando Claudia tenía once meses de vida, Nacho fue a verla porque la niña llevaba demasiadas horas enferma. La fiebre bajó de inmediato. Es un milagro, dijeron los adultos, riéndose, esa tarde. Y así quedó, como un milagro ligero, intrascendente: bajarle la fiebre a una niña, nada más, esa tarde cuando lo vieron con vida por última vez —y tampoco lo vieron muerto, porque su cuerpo nunca apareció.

En mi familia no hay muertos, le digo. Nadie ha muerto. Ni mis abuelos, ni mis padres, ni mis primos, nadie.

¿Nunca vas al cementerio?

No, nunca voy al cementerio, respondo en una frase completa — como si aprendiera a hablar en una lengua extranjera y me exigieran completar la frase.

Tengo que irme, prefiero volver temprano a casa de mi papá — un gesto en sus labios la desdice enseguida: ya no es la casa de su padre, ahora es de ella y de Ximena. La acompaño deseando que me invite a un café, pero ella se despide en la reja con una sonrisa limpia y un abrazo.

En el camino de vuelta recuerdo una escena en la facultad, una

tarde en que fumábamos hierba y tomábamos un pegajoso vino con melón. Junto a un grupo de compañeros de curso habíamos pasado la tarde intercambiando relatos familiares donde la muerte aparecía con apremiante insistencia. De todos los presentes yo era el único que provenía de una familia sin muertos, y esa constatación me llenó de una extraña amargura: mis amigos habían crecido leyendo los libros que sus padres o sus hermanos muertos habían dejado en casa. Pero en mi familia no había muertos ni había libros.

Soy el hijo de una familia sin muertos, pensé mientras mis compañeros contaban sus historias de infancia. Entonces recordé intensamente a Claudia, pero no quería o no me atrevía a contar su historia. No era mía. Sabía poco, pero al menos sabía eso: que nadie habla por los demás. Que aunque queramos contar historias ajenas terminamos siempre contando la historia propia.

Quiero dejar pasar unos días antes de llamarla y proponerle que volvamos a vernos. Pero estoy impaciente y la llamo de inmediato. No parece sorprendida. Quedamos de juntarnos a la mañana siguiente, en el Parque Intercomunal. Llego temprano pero la veo a lo lejos, sentada en un banco, leyendo. Se ve hermosa. Lleva una falda de mezclilla y una vieja polera negra que dice en letras grandes y azules: Love sucks. Unos escolares que hacen la cimarra se acercan a pedirnos fuego. A esa edad yo no fumaba, me dice Claudia. Yo sí, le respondo. Le cuento que empecé a fumar a los doce años. A veces caminaba con mi padre y él encendía un cigarro y yo le decía que lo apagara, que le hacía mal, que se iba a morir de cáncer. Lo hacía para despistarlo, para que no sospechara que yo también fumaba, y él me miraba disculpándose y me explicaba que fumar era un vicio, y que los vicios demostraban la debilidad de los seres humanos. Me acuerdo de eso,

me gustaba que de pronto se confesara débil, vulnerable.

En cambio yo vi fumar a mi padre solamente una vez, me dice Claudia mientras nos perdemos por el parque. Un día llegué más temprano del colegio y él estaba en el living conversando con mi madre. Me alegré mucho de verlo. Vivía esperando verlo. Mi papá me abrazó y tal vez el abrazo fue largo pero yo sentí que me soltaba pronto, como si ese contacto fuera también ilícito. Entonces me di cuenta de que tenía un cigarro prendido en la mano derecha. Eso me desconcertó. Me pareció que de verdad era otra persona. Que no fumaba Roberto, fumaba Raúl.

También fumó la noche del terremoto, con mi padre, le recuerdo. Creo que mi papá le ofreció al tuyo un cigarro y fumaron juntos, conversando.

¿En serio?, pregunta Claudia, incrédula, mientras se arregla el pelo. No me acuerdo de eso. Pero me acuerdo de ti, dice.

¿De verdad andabas buscando a alguien para que espicara a tu padre?

No, dice ella. Yo no sabía que mi papá vivía allí. La situación fue muy equívoca. La noche del terremoto estaba sola con mi mamá, porque Ximena se había ido donde la abuela. Entonces Ximena pasaba mucho tiempo con la abuela, prácticamente vivía con ella. Se cayó una pandereta y se quebró el ventanal, no podíamos dormir ahí, recuerdo que nos desesperamos, salimos a caminar y yo no sabía que buscábamos a mi papá y que él también nos buscaba. No sé si tomamos caminos distintos o pasamos de largo. Cuando por fin lo vimos en una esquina no podía creerlo. Yo llevaba una linterna pequeña, de juguete, que me habían regalado hacía años. Recuerdo que le alumbré la cara y vi sus ojos un poco húmedos. Nos abrazó y nos

llevó a la fogata. Antes del amanecer partimos los tres a la casa de La Reina, en su auto.

El Fiat 500, le digo.

El Fiat 500, sí, responde.

A Claudia le impresionó mucho descubrir que su padre vivía cerca. Estaba harta de los secretos, y a la vez intuía peligros numerosos, peligros enormes e imprecisos. Le gustó verme ahí, con los adultos, en torno a la fogata —guardabas silencio, observabas. Yo también era así, silenciosa. Empecé a seguirte sin un propósito claro y de a poco fui construyendo un plan.

Claudia tampoco sabía con precisión lo que espiaba, lo que quería saber. Pero cuando se enteró, a través de mí, de que Roberto escondía a gente en la casa, no se sorprendió.

¿Y creiste que tu padre tenía una amante?

No sabía qué creer. Cuando conversamos perdí el control, la verdad es que sabía muy poco sobre mi padre. Luego pensé que era Ximena. No calculé que ibas a seguirla de ese modo, pero me dio rabia saber que ella veía a mi papá más que yo. Que había un vínculo nuevo y distinto entre ellos. Ella y mi papá, decíamos después, medio en broma, eran los revolucionarios. Mi mamá y yo, en cambio, éramos las reaccionarias. Podíamos bromear con eso, pero igual me dolía y supongo que incluso ahora me duele.

Cuando Ximena vio que un niño, que yo la seguía, no tuvo dudas de que su hermana me mandaba. Claudia se vio obligada a confesar que era ella quien me había pedido que espiara a su padre. La retaron primero enfática y luego amorosamente. Empezó una discusión en la que se culpaban unos a otros. Yo no quería ser la responsable de esos gritos, pero lo era, dice Claudia, y entonces hace una pausa larga y sin

embargo vacilante. Durante diez minutos parece que está a punto de hablar y no se decide. Dice, finalmente: tengo muchísimas ganas de tomar helado de chocolate.

Llevamos una semana sin vernos pero la llamo a diario y tengo la impresión de que Claudia espera esas llamadas. Una noche, muy tarde, es ella quien llama. Estoy afuera, dice. Ximena me echó. Dice que la casa es suya. Que yo soy una extranjera y una puta.

Claudia llora con los gestos exactos de alguien que se esfuerza por evitar el llanto. La abrazo, le ofrezco un té y escuchamos música mientras pienso en los motivos que pudo tener Ximena para llamarla puta. Estoy a punto de preguntárselo pero prefiero callar. Le digo que puede quedarse conmigo, que sólo hay una cama pero yo puedo dormir en el sillón. Será por una noche, me responde. Pero quiero que durmamos juntos. Así mi hermana tendrá razón, seré una puta.

Los ojos de Claudia se iluminan: recupera la risa, la belleza. Le ofrezco unos trozos de queso y abro una botella de vino. Hablamos y bebemos por horas. Me gusta cómo se mueve por la casa. Ocupa el espacio como reconociéndolo. Cambia frecuentemente de silla, se pone de pie, de pronto se sienta en el suelo y se queda un rato con las manos en los tobillos.

Le digo que me parece increíble que Ximena la haya echado.

No me echó, la verdad, me responde. Discutimos muy fuerte, pero podría haberme quedado en casa. Preferí irme, porque me cuesta mucho convivir con ella.

Le pregunto si Ximena siempre fue así. Me dice que no. Que la enfermedad de su padre la transformó. Que los últimos años lo abandonó todo para cuidarlo. Ahora que mi padre no está ella no sabe qué hacer, no sabe cómo vivir. Pero supongo que es más complejo que

eso, dice Claudia, y mira la lámpara del living fijamente, como si siguiera el movimiento de una polilla.

Le pregunto por qué se fue a Estados Unidos. No lo sé, responde. Quería irme, quería salir. Mi padre también quería que me fuera, ya estaba enfermo entonces, pero prefería que me fuera, dice Claudia, retomando el tono de una confesión. Me apoyaba, sobre todo, ante los ataques de Ximena. Pero Ximena también quería que me fuera. De alguna manera fantaseaba con este final: ella cuidando a mi padre hasta el último momento y yo regresando de prisa, llena de culpa, para su funeral.

No sé en qué momento, hace años, agrega Claudia, Ximena construyó esa versión en la que yo era la hermana mala que quería quitarle todo. Y tal vez es ya muy tarde para hacer las paces. Porque algo de razón tiene Ximena. Se quedó porque quiso quedarse. Pero se quedó, dice Claudia. De alguna forma mi papá tuvo que elegir a cuál de sus hijas joderle la vida. Y la eligió a ella. Y yo me salvé.

Le pregunto si en verdad está llena de culpa.

No siento culpa, responde. Pero siento esa falta de culpa como si fuera culpa.

¿Vas a volver a Estados Unidos?

Hace dos semanas, la tarde en que volvimos a vernos, Claudia me contó que había terminado un Master en Derecho Ambiental en Vermont, que prefería buscar trabajo allí, que vivía desde hacía tiempo con un novio argentino. Pero ahora tarda en responder.

A veces lo dudo, dice, al final. A veces pienso que debo regresar definitivamente a Chile, dice. Pienso que no sabe bien por qué lo dice. No le creo. Creo que Claudia no considera en serio la posibilidad de quedarse. Pienso que Claudia busca algo, simplemente, y apenas lo

encuentre regresará a Estados Unidos.

Luce al mismo tiempo cansada y aliviada. Y está medio borracha.

Mientras tiramos sonrío mostrando un poco los dientes. Es un gesto hermoso y raro. Pienso que voy a recordar ese gesto. Que voy a extrañarlo.

Dormimos poco, dos o tres horas. Empieza el ruido de autos, de voces. La gente parte al trabajo, al colegio. Preparamos jugo de naranjas y mientras desayunamos mira su correo en mi computador. Encuentra un mensaje de Ximena. No voy a vender la casa, no incistas, dice, y Claudia no puede creerlo: dice incistas, con c, realmente. Por una milésima de segundo piensa que es terrible que Ximena cometa esa clase de errores y enseguida se avergüenza, porque es todavía peor que, en esas circunstancias, le importe algo tan estúpido como una falta de ortografía.

La casa no está en venta, sigue Ximena. Es mi casa ahora. Ahora más que nunca, dice.

No voy a insistir, piensa Claudia: no tiene sentido insistir. En el fondo entiende que Ximena se aferre a la casa. Cree que es mejor venderla y repartirse el dinero, cree que a nadie le hace bien tanta proximidad con el pasado. Que el pasado nunca deja de doler, pero podemos ayudarlo a encontrar un lugar distinto.

Pero tal vez es demasiado temprano para hablar de dolor, me dice, mientras miro el rastro de vino en sus labios. De pronto me parece muy joven: veinticinco, veintiséis años, nunca más de treinta.

Voy a la universidad, dicto una clase no muy buena, regreso.

Había imaginado la escena, pero de todos modos me sorprende abrir la puerta y ver a Claudia tendida en el sillón. Tu belleza me hace bien, le digo, sin pensarlo demasiado. Me mira con cautela y luego lanza una

risotada, pero se acerca, me abraza y terminamos tirando de pie, en un rincón de la cocina.

Luego hacemos tallarines y armamos una salsa con un poco de crema y cebollines. La salsa queda un poco seca y en verdad ninguno de los dos tiene hambre.

A veces, al mirar la comida en el plato, me dice Claudia, recuerdo esa expresión, esa respuesta que mi madre y mi abuela me daban todo el tiempo: come y calla. Habían cocinado algo nuevo, un guiso desconocido que no tenía buen aspecto y Claudia quería saber qué era. Su madre y su abuela respondían a coro: come y calla.

Era una broma, claro, una broma sabia, incluso. Pero eso sentía Claudia cuando niña: que sucedían cosas raras, que convivían con el dolor, que guardaban difícilmente una tristeza larga e imprecisa, y sin embargo era mejor no hacer preguntas, porque preguntar era arriesgarse a que también le respondieran eso: come y calla.

Luego vino el tiempo de las preguntas. La década de los noventa fue el tiempo de las preguntas, piensa Claudia, y enseguida dice perdona, no quiero sonar como esos sociólogos medio charlatanes que a veces salen en la televisión, pero así fueron esos años: me sentaba durante horas a hablar con mis padres, les preguntaba detalles, los obligaba a recordar, y repetía luego esos recuerdos como si fueran propios; de una forma terrible y secreta, buscaba su lugar en esa historia.

No preguntábamos para saber, me dice Claudia mientras juntamos los platos y recogemos la mesa: preguntábamos para llenar un vacío.

A veces Ximena me recuerda a mi madre, dice Claudia mientras tomamos té. No es un parecido físico, realmente. Es la voz, el timbre de

la voz, dice.

Piensa en esos momentos en que a su madre no le quedaba más remedio que hablar. Buscaba a las niñas, se demoraba en las palabras, como sintonizando de a poco un tono dulce y calmo, un tono cuidado, artificial. Entonces, como en una ceremonia, hablaba claro. Modulaba. Miraba a los ojos.

Una tarde de 1984 les habló por separado. Llamó primero a Ximena a la cocina y cerró la puerta. Era extraño que la conversación tuviera lugar en la cocina. Se lo preguntó poco antes de que muriera. Por qué esa tarde quisiste hablarnos en la cocina. No lo sé, dijo su madre. Tal vez porque estaba nerviosa.

La conversación con Ximena duró poco. Salió rápidamente, corrió al patio, Claudia no pudo verle la cara. A la luz de las circunstancias, los cinco años de diferencia entre las hermanas se volvían una distancia insalvable. Era conflictiva e irascible, pero al final siempre estaba del lado de los adultos, mientras que Claudia lo entendía todo a medias.

Enseguida fue mi turno, dice Claudia, y hace una pausa que parece dramática. Pienso que está a punto de quebrarse, pero no, necesita esa pausa, nada más. No recuerdo bien sus palabras, sigue. Supongo que me dijo la verdad o algo parecido a la verdad. Entendí que había gente buena y gente mala. Que nosotros éramos gente buena. Que la gente buena a veces era perseguida por pensar distinto. Por sus ideas. No sé si entonces yo sabía lo que era una idea, pero de alguna manera esa tarde lo supe.

Su madre le habló con un énfasis suave, generoso: por un tiempo no puedes decirle papá a tu papá. Él va a cortarse el pelo como tu tío Raúl, va a quitarse la barba para parecerse un poco más a tu tío Raúl.

Claudia no entendía, pero sabía que debía entender. Sabía que todos los demás, incluso su hermana, entendían más que ella. Y le dolía tener que aceptar. Le preguntó a su madre cuánto tiempo debía estar sin decirle papá a su papá. No lo sé. Tal vez poco tiempo. Tal vez mucho. Pero yo te prometo que vas a poder decirle papá de nuevo. ¿Me lo juras?, dijo Claudia, inesperadamente. En las familias católicas se jura, nosotros sólo prometemos, dijo su madre. Pero te lo prometo. Yo quiero que me lo jures, dijo la niña. Está bien, te lo juro, concedió su madre. Y agregó que ella siempre sabría que ese hombre al que llamaba tío era su padre. Que bastaba con eso. Que eso era lo importante.

A comienzos de 1988 el padre de Claudia recuperó su identidad. Fue una decisión del partido. Con el plebiscito en la retina, necesitaban militantes comprometidos públicamente en tareas prácticas. Magali fue con sus dos hijas al aeropuerto. La situación era absurda. Hacía una semana Roberto había salido a Buenos Aires con la identidad de Raúl y regresaba ahora convertido en Roberto. Se había recortado un poco el pelo y las patillas y vestía sobriamente, con blue jeans y una camisa blanca. Sonreía mucho y en algún minuto Claudia pensó que parecía un hombre nuevo.

No era necesario que fingieran tanto pero su madre insistía: del mismo modo que antes la miraba con reprobación cuando le decía papá, ahora la instaba, de forma casi ridícula, a que le dijera papá. En el avión venía gente que de verdad había estado exiliada. Claudia recuerda haber sentido una cierta amargura al verlos abrazar a sus familias, llorar en esos abrazos largos, legítimos. Por un momento pensó, pero se arrepintió enseguida de ese pensamiento, que los demás también fingían. Que lo que recuperaban no era a las personas sino los

nombres. Deshacían, por fin, esa distancia entre los cuerpos y los nombres. Pero no. Había alrededor emociones verdaderas. Y de vuelta a casa pensó que su emoción era también verdadera.

Es una historia terrible, le digo, y me mira sorprendida. No, responde, y dice mi nombre varias veces, como si yo llevara mucho tiempo durmiendo y ella quisiera despertarme de a poco: mi historia no es terrible. Eso es lo que Ximena no entiende: que nuestra historia no es terrible. Que hubo dolor, que nunca olvidaremos ese dolor, pero tampoco podemos olvidar el dolor de los demás. Porque estábamos protegidas, finalmente; porque hubo otros que sufrieron más, que sufren más.

Caminamos por Avenida Grecia, pasamos por la Facultad de Filosofía y entonces recuerdo alguna historia o cientos de historias sobre ese tiempo, pero me siento un poco tonto, me parece que todo lo que puedo contar es intrascendente. Llegamos al Estadio Nacional. El mayor centro de detención en 1973 siempre fue, para mí, nada más que una cancha de fútbol. Mis primeros recuerdos son meramente deportivos y alegres. Seguro que también, en las graderías de ese estadio, tomé mis primeros helados.

El primer recuerdo de Claudia es también alegre. En 1977 se anunció que Chespirito, el comediante mexicano, vendría con todo el elenco de su programa para dar un espectáculo en el Estadio Nacional. Claudia tenía entonces cuatro años, veía el programa y le gustaba mucho.

Sus padres se negaron, en principio, a llevarla, pero al final cedieron. Fueron los cuatro y Claudia y Ximena lo pasaron muy bien. Muchos años más tarde Claudia supo que ese día había sido, para sus padres, un suplicio. Que cada minuto habían pensado en lo absurdo

que era ver el estadio lleno de gente riendo. Que durante todo el espectáculo ellos habían pensado solamente, obsesivamente, en los muertos.

De vez en cuando Claudia me propone buscar un hotel o recurrir a alguna amiga, pero yo insisto en retenerla. No puedo ofrecerle demasiado, pero a toda costa deseo que este tiempo continúe. Hay días menos buenos, confusos, pero suele darse una cierta agradable rutina. Por la mañana voy a la universidad mientras que Claudia sale a caminar o se queda en casa pensando, sobre todo, en el futuro. Por la tarde tiramos o vemos películas y la noche nos sorprende conversando y riendo.

Pienso que a veces ella siente el deseo de quedarse, de que la vida consista en esto, nada más. Es lo que yo quiero. Quiero hacerla desear una vida acá. Quiero enredarla de nuevo en el mundo del que ella ha huido. Quiero hacerla creer que ha huido, que ha forzado su historia para perderse en las convenciones de una vida cómoda y presuntamente feliz. Quiero hacerla odiar ese futuro plácido en Vermont. Me comporto, en resumen, como un imbécil.

Es mejor entender este tiempo como se entiende un anuncio breve en la cartelera del cable: después de veinte años, dos amigos de infancia se reencuentran por azar y se enamoran. Pero no somos amigos. Y no hay amor, en realidad. Dormimos juntos, tiramos maravillosamente bien y nunca voy a olvidar su cuerpo moreno, cálido y firme. Pero no es amor lo que nos une. O es amor, pero amor al recuerdo.

Nos une el deseo de recuperar las escenas de los personajes secundarios. Escenas razonablemente descartadas, innecesarias, que sin embargo coleccionamos incesantemente.

Claudia insiste en que vayamos a Maipú. Dice que quiere conocer a mis padres. Que quiere caminar por estas calles de nuevo. No creo que sea una buena idea, pero acepto, finalmente. En la plaza reconoce algunos monumentos, algunos árboles, la larga escalinata que conduce a la piscina pública, pero no mucho más. Donde antes estaba el supermercado ahora hay un edificio municipal o algo así.

Enfilamos ahora hacia la villa donde ella vivía. Han cerrado los pasajes con un vistoso portero eléctrico. Lucila Godoy Alcayaga y Neftalí Reyes Basoalto parecen ahora pasajes más exclusivos o al menos lo suficiente como para compartir la paranoia sobre la delincuencia. Se ven muchos autos estacionados al interior.

Logramos colarnos después de unos niños que vienen en bicicleta. Claudia mira la casa en silencio un instante, pero luego toca el timbre. Estamos buscando a un gato, le dice a un hombre que sale con la camisa fuera del pantalón, como si hubiera estado desvistiéndose. Claudia le explica que es un gato blanco con negro. El hombre la mira con curiosidad, seguramente la encuentra deseable. No he visto a un gato en blanco y negro, yo veo en colores, dice, y pienso que hace muchos años que no escuchaba un chiste tan fome. De todos modos reímos, nerviosos.

La casa es ahora de un extraño color damasco y en vez de persianas hay unas cortinas floreadas horribles. Pero nunca fue una casa linda; ni siquiera fue una verdadera casa, dice Claudia, con tranquila tristeza.

Decidimos irnos, pero no podemos salir. El portón eléctrico está cerrado, llamamos por el citófono pero el hombre no contesta. Por un rato nos quedamos ahí, como melancólicos presos acariciando los

barrotes. Mientras tanto llamo a mis padres. Me esperan. Nos esperan. Me sorprende ver en el living un mueble para libros. Está repleto. Gracias a esta biblioteca tu madre se ha puesto a leer y yo también, aunque tú sabes que prefiero ver películas, dice mi padre. No mira a Claudia, pero es sumamente cortés, cuidadoso.

La tarde se va en una conversación lenta que por momentos, al compás del pisco sour, tiende a cobrar forma. Queremos irnos, pero mi mamá empieza a preparar una cena con trozos de carne, papas duquesa y una alternativa vegetariana. No soy vegetariana, dice Claudia cuando mi madre se lo pregunta. Qué raro, a mi hijo siempre le han gustado las vegetarianas, dice mamá. Me ofusco pero lo dejo pasar, porque Claudia ríe con naturalidad, con calidez.

A pesar de esta broma, mis padres evitan preguntar detalles de la relación. Les dije por teléfono simplemente que iría acompañado. Supongo que les pareció curioso o agradable que quisiera presentarles a una novia. Me molesta que la situación pueda verse así: el hijo presentando a una novia. No es eso, no vinimos a eso. Tampoco sé a qué vinimos, pero no vinimos a eso.

Hablamos de una serie de robos recientes en la villa. Se rumorea que el ladrón vive en el barrio. Que es uno de los niños que aquí crecieron. Uno que no prosperó. Uno que siempre fue medio ladrón. Yo nunca he robado, dice mi padre, de pronto. Ni siquiera cuando niño. Eramos muy pobres, yo vendía verduras en la feria —mira a Claudia, consciente de que ha contado mil veces la historia de su niñez. Dice que ni siquiera en el máximo estado de desesperación robaría. Que tenía entonces amigos que robaban —eran mis amigos, yo los quería, pero espero que hayan terminado en la cárcel, dice. De otro modo no funciona la sociedad.

En qué momento, pienso, mi padre cambió tanto. Al pensarlo lo dudo: no sé si realmente ha cambiado o si siempre fue así. Yo he robado, he robado mucho, digo, para contrariarlo. Al comienzo mi papá ríe. Claro, me sacabas plata de la billetera, pero eso no es robar. Eso es robar, respondo serio, sentencioso. Robar al padre también es robar. Y además he robado libros. Una semana llegué a robar dieciocho libros —digo dieciocho para que suene excesivo y a la vez verosímil, pero fueron sólo tres y me sentí tan culpable que nunca más volví a entrar a esa librería. Pero mantengo lo dicho, no me retracto, y mi padre me mira con severidad. Me mira como un padre miraría a un hijo ladrón —un hijo ya perdido, en la cárcel, el día de visitas.

Mi mamá intenta distender el ambiente. Quién no ha robado alguna vez, dice, y desliza alguna anécdota de infancia, mirando a Claudia. Le pregunta si ha robado. Ella responde que no, pero que si estuviera desesperada tal vez lo haría.

Claudia dice que le duele la cabeza. Le pido que se recueste.

Vamos a la pieza que era mía cuando niño. Armo el sofá cama, abrazo a Claudia, ella se tiende y cierra los ojos, sus párpados tiemblan levemente. La beso, le prometo que en cuanto se sienta mejor nos iremos. No quiero que nos vayamos, me dice, inesperadamente.

Quiero que nos quedemos aquí, me parece necesario que durmamos esta noche aquí, no me preguntes por qué, dice. Descubro entonces que no está enferma. Me siento confundido.

Me acerco al mueble pequeño donde están los viejos álbumes de fotografías familiares. Para eso sirven estos álbumes, pienso: para hacernos creer que fuimos felices cuando niños. Para demostrarnos que no queremos aceptar lo felices que fuimos. Paso las páginas lentamente. Le muestro a Claudia una foto muy antigua en que mi

padre baja de un avión, con el pelo más bien largo y unos lentes muy gruesos nublándole los ojos.

Vuelve a la cena, me dice, me pide Claudia: quiero estar sola unas horas. No dice un rato o un poco. Dice que quiere estar sola unas horas.

Mi madre recalienta la comida en el microondas mientras mi padre sintoniza la radio en busca de una estación de música clásica — nunca le ha gustado y sin embargo piensa que es la música adecuada para cenar. Se queda ahí, moviendo el dial, está molesto, no quiere mirarme. Siéntese, papá, estamos conversando, le digo con repentina autoridad.

Mientras cenamos les pregunto a mis padres si recuerdan la noche del terremoto de 1985, si recuerdan al vecino Raúl. Mi madre confunde a los vecinos, a las familias, mientras que mi padre recuerda a Raúl con precisión. Entiendo que era demócratacristiano, dice, aunque también se rumoreaba que era algo más que eso.

¿Cómo así?

No sé, parece que era socialista, o comunista, incluso.

¿Comunista como mi abuelo?

Mi papá no era comunista. Mi papá era un obrero, nada más.

Raúl debe haber sido más peligroso. Pero no, no lo sé. Se veía pacífico. De cualquier manera, si Piñera gana las elecciones se le va a acabar la fiesta. Debe ser alguno de esos que se dieron la gran vida con estos gobiernos corruptos y desordenados.

Lo dice para provocarme. Yo lo dejo hablar. Lo dejo decir unas cuantas frases rudimentarias y agrias. Nos han metido la mano al bolsillo todos estos años, dice. Los de la Concertación son una manga de ladrones, dice. No le vendría mal a este país un poco de orden, dice.

Y finalmente viene la frase temida y esperada, el límite que no puedo, que no voy a tolerar: Pinochet fue un dictador y todo eso, mató a alguna gente, pero al menos en ese tiempo había orden.

Lo miro a los ojos. En qué momento, pienso, en qué momento mi padre se convirtió en esto. ¿O siempre fue así? ¿Siempre fue así? Lo pienso con fuerza, con un dramatismo severo y doloroso: ¿siempre fue así?

Mi mamá no está de acuerdo con lo que ha dicho mi padre. En realidad está más o menos de acuerdo, pero quiere hacer algo para evitar que la velada se arruine. Este mundo es mucho mejor, dice. Las cosas están bien. Y la Michelle lo hace lo mejor que puede.

No puedo evitar preguntarle a mi padre si en esos años era o no pinochetista. Se lo he preguntado cientos de veces, desde la adolescencia, es casi una pregunta retórica, pero él nunca lo ha admitido —por qué no admitirlo, pienso, por qué negarlo tantos años, por qué negarlo todavía.

Mi padre guarda un silencio hosco y profundo. Finalmente dice que no, que no era pinochetista, que aprendió desde niño que nadie iba a salvarlos.

¿A salvarnos de qué?

A salvarnos. A darnos de comer.

Pero usted tenía qué comer. Nosotros teníamos qué comer.

No se trata de eso, dice.

La conversación se vuelve insostenible. Me levanto para ir donde Claudia. La miro intensamente, pero sigue pasando las páginas como si no advirtiera mi presencia. Ha revisado ya la mitad de los álbumes. Su mirada absorbe, devora las imágenes. A veces sonrío, a veces su rostro se vuelve tan serio que me invade la tristeza. No, no siento tristeza: siento miedo.

Vuelvo a la cena, el helado de vainilla se derrite en mi plato. Les cuento en voz baja pero muy rápido, tan rápido que los detalles se vuelven ininteligibles, que Claudia era hija de Raúl pero que durante años tuvo que fingir que era su sobrina. Que Raúl se llamaba, en realidad, Roberto. No sé qué espero al hablarles. Porque algo espero, algo busco.

Es una historia enredada pero muy buena, dice mi papá, después de un silencio no tan largo.

¿Me está hueviando? ¿Una buena historia? Es una historia dolorosa.

Es una historia dolorosa, pero ya pasó. Claudia está viva. Sus padres están vivos.

Sus padres están muertos, digo.

¿Los mató la dictadura?

No.

¿Y de qué murieron?

Su madre murió de un derrame cerebral y su padre de cáncer.

Pobrecita Claudia, dice mi mamá.

Pero no murieron por razones políticas, dice mi padre.

Pero están muertos.

Pero tú estás vivo, dice él. Y te apuesto que vas a contar esa historia tan buena en un libro.

No voy a escribir un libro sobre ellos. Voy a escribir un libro sobre ustedes, les digo, con una sonrisa extraña dibujada en la boca.

No puedo creer lo que acaba de ocurrir. Me molesta ser el hijo que vuelve a recriminar, una y otra vez, a sus padres. Pero no puedo evitarlo.

Miro a mi padre de frente y él esquiva la cara. Entonces veo en su

perfil el brillo de un lente de contacto y el ojo derecho levemente irritado. Recuerdo la escena, repetida innumerables veces durante la infancia: mi padre en cuclillas buscando desesperado un lente de contacto que acababa de caérsele. Todos lo ayudábamos a buscar, pero él quería encontrarlo por sí mismo y le costaba enormemente.

Tal como Claudia quería, alojamos en casa de mis padres. A las dos de la mañana me levanto a preparar café. Mi mamá está en el living, bebiendo mate. Me ofrece, acepto. Pienso que nunca en la vida he tomado mate con ella. No me gusta el sabor a endulzante pero sorbo fuerte, me quemo un poco.

A mí me daba miedo, dice mi madre.

¿Quién?

Ricardo. Rodolfo.

Roberto.

Ese, Roberto. Yo intuía que estaba metido en política.

Todos estaban metidos en política, mamá. Usted también.

Ustedes. Al no participar apoyaban a la dictadura —siento que en mi lenguaje hay ecos, hay vacíos. Me siento como hablando según un manual de comportamiento.

Pero nunca, ni tu padre ni yo, estuvimos a favor o en contra de Allende, o a favor o en contra de Pinochet.

¿Por qué le daba miedo Roberto?

Bueno, no sé si miedo. Pero ahora tú me dices que era un terrorista.

No era un terrorista. Escondía a gente, ayudaba a gente que corría peligro. Y ayudaba también a pasar información.

¿Y te parece poco?

Me parece lo mínimo que podía hacer.

Pero esas personas que escondía eran terroristas. Ponían bombas. Planificaban atentados. Eso es suficiente motivo para tener miedo. Bueno, mamá, pero las dictaduras no caen así como así. Esa lucha era necesaria.

¿Qué sabes tú de esas cosas. Tú ni habías nacido cuando estaba Allende. Tú eras un crío en esos años.

Muchas veces escuché esa frase. Tú ni siquiera habías nacido. Esta vez, sin embargo, no me duele. En cierto modo me da risa. Enseguida mi madre me pregunta, como si viniera a cuento:

¿Te gusta Carla Guelfenbein?

No sé qué contestar. Respondo que no. No me gustan esos libros, esa clase de libros, digo.

Bueno, no nos gustan los mismos libros. A mí me gustó su novela, El revés del alma. Me sentí identificada con los personajes, me emocionó.

¿Y cómo es posible que se identifique con personajes de otra clase social, con conflictos que no son, que no podrían ser los conflictos de su vida, mamá?

Hablo en serio, muy en serio. Siento que no debería hablar tan en serio. Que no corresponde. Que no voy a solucionar nada enrostrando a mis padres el pasado. Que no voy a sacar nada quitándole a mi mamá el derecho a opinar, con libertad, sobre un libro. Ella me mira con una mezcla de enojo y compasión. Con un poco de lata.

Te equivocas, me dice, tal vez ésa no es mi clase social, de acuerdo, pero las clases sociales han cambiado mucho, todo el mundo lo dice. Y al leer esa novela yo sentí que sí, que ésos sí eran mis problemas. Entiendo que te moleste lo que te digo, pero deberías ser un poco más tolerante.

Solamente dije que no me gustaba esa novela. Y que era raro que se sintiera identificada con personajes de otra clase social.

¿Y Claudia?

Claudia qué.

¿Claudia es de tu clase social? ¿De qué clase eres tú ahora? Ella vivió en Maipú, pero no era de acá. Se ve más refinada. Tú también pareces más refinado que nosotros. Nadie diría que eres mi hijo.

Perdona, dice mi mamá antes de que pueda responder a esa pregunta que, en cualquier caso, no sabría responder. Me sirve más mate y enciende dos cigarrillos con la misma lumbre. Vamos a fumar aquí dentro, aunque a tu papá no le guste. Me pasa uno.

No es tu culpa, me dice. Te fuiste muy joven de casa, a los veintidós años.

A los veinte, mamá.

A los veinte, a los veintidós, da lo mismo. Muy joven. Yo a veces pienso cómo sería la vida si te hubieras quedado en casa. Algunos se quedaron. El niño ladrón, por ejemplo. Él se quedó acá y se convirtió en ladrón. Otros también se quedaron y ahora son ingenieros. Así es la vida: te conviertes en ladrón o en ingeniero. Pero yo no sé muy bien en qué te convertiste tú.

Yo tampoco sé en qué se convirtió mi padre, le digo, de forma más bien involuntaria.

Tu padre ha sido siempre un hombre que ama a su familia. Eso fue, eso es.

¿Y cómo habría sido la vida si me hubiera quedado, mamá?

No lo sé.

Habría sido peor, respondo.

Mi madre asiente. Quizás es bueno que estemos menos cerca,

dice. A mí me gusta cómo eres. Me gusta que defiendas tus ideas. Y me gusta esa niña, Claudia, para ti, aunque no sea de tu clase social.

Apaga la colilla cuidadosamente y lava el cenicero antes de irse a acostar. Me quedo en el living, fumando, un rato más. Abro la puerta y me siento en el umbral. Quiero mirar la noche, buscar la luna, terminar a sorbos largos el whisky que acabo de servirme. Me apoyo en el auto de mis padres, una camioneta nueva marca Hyundai. Suena la alarma, mi papá se levanta. Me parece conmovedor verlo en pijama. Me pregunta si estoy borracho. Un poco, le respondo, con la voz apagada: sólo un poco.

Es muy tarde, las cinco de la mañana. Voy a la pieza. Claudia duerme, me echo a su lado, me muevo queriendo despertarla. No es un poco, solamente: estoy borracho. La oscuridad es casi completa y sin embargo siento su mirada en mi frente y en mi pecho. Me acaricia el cuello, le muerdo un hombro. No podemos perder la oportunidad, me dice, de hacer el amor en casa de tus padres. Su cuerpo se mueve en la oscuridad mientras amanece.

A las ocho de la mañana decidimos partir. Voy a la habitación de mis padres a despedirme. Los veo dormir abrazados. La imagen me parece fuerte. Siento pudor, alegría y desasosiego. Pienso que son los hermosos sobrevivientes de un mundo perdido, de un mundo imposible. Mi papá despierta y me pide que espere. Quiere darme unas camisas que ha desechado. Son seis, no parecen viejas, presiento que me quedarán chicas pero las recibo de todos modos.

Volvemos a casa y es como si regresáramos de una guerra, pero de una guerra que no ha terminado. Pienso que nos hemos convertido en desertores. Pienso que nos hemos convertido en corresponsales, en turistas. Eso somos, pienso: turistas que alguna vez llegaron con sus

mochilas, sus cámaras y sus cuadernos, dispuestos a pasar mucho tiempo agotando los ojos, pero que repentinamente decidieron volver y mientras vuelven respiran un alivio largo.

Un alivio largo pero pasajero. Porque en ese sentimiento hay inocencia y hay culpa, y aunque no podamos, aunque no sepamos hablar de inocencia o de culpa, dedicamos los días a repasar una lista larga que enumera lo que entonces, cuando niños, desconocíamos. Es como si hubiéramos presenciado un crimen. No lo cometimos, solamente pasábamos por el lugar, pero arrancamos porque sabemos que si nos encontraran nos culparían. Nos creemos inocentes, nos creemos culpables: no lo sabemos.

De vuelta en casa Claudia mira las camisas que mi padre me regaló. Durante muchos años no tuve ropa, dice de repente: primero usaba las cosas que dejaba Ximena y después los vestidos de mi madre. Cuando ella murió nos peleamos hasta el último trapo y ahora que lo pienso quizás fue entonces cuando nuestra relación se estropeó definitivamente. Los trajes de mi padre, en cambio, siguen en el ropero de la pieza, intactos, dice.

Guardé las camisas de mi padre en un cajón durante meses.

Entretanto han pasado muchas cosas. Entretanto Claudia se fue y yo empecé a escribir este libro.

Miro ahora esas camisas, las extiendo sobre la cama. Me gusta una en especial, color azul petróleo. Acabo de probármela, definitivamente me queda chica. Me miro en el espejo y pienso que la ropa de los padres debería siempre quedarnos grande. Pero pienso también que lo necesitaba; que a veces necesitamos vestarnos con la ropa de los padres y mirarnos largamente en el espejo.

Nunca hablamos con sinceridad sobre ese viaje a Maipú. Muchas

veces quise saber qué había sentido Claudia, por qué había querido que alojáramos allí, pero cada vez que se lo preguntaba me respondía con evasivas o con frases hechas. Vinieron luego unos días silenciosos y largos. Claudia se veía concentrada, atareada y un poco tensa. No debería haberme sorprendido cuando me anunció su decisión. Se supone que esperaba el desenlace, se supone que no había otro desenlace posible.

He vuelto a ver a Ximena, me dijo primero, con alegría. Todavía no aceptaba que vendieran la casa pero habían reanudado la relación y a Claudia eso le importaba mucho más que la herencia. Me contó que hablaron durante horas, sin agresiones de ninguna especie. Hace años, hace ya demasiados años, me dijo después, cambiando el tono de una manera que me pareció dolorosa, hace años descubrí que quería una vida normal. Que quería, sobre todo, estar tranquila. Ya viví las emociones, todas las emociones. Quiero una vida tranquila, simple. Una vida con paseos por el parque.

Pensé en esa frase medio casual, involuntaria: una vida con paseos por el parque. Pensé que también mi vida era de alguna forma una vida con paseos por el parque. Pero entendí lo que quería decir. Buscaba un paisaje propio, un parque nuevo. Una vida en que ya no fuera la hija o la hermana de nadie. Insistí, no sé por qué, no sé para qué. En este viaje has recuperado tu pasado, le dije.

No lo sé. Pero he aprovechado para contártelo. He vuelto a la infancia en un viaje que tal vez necesitaba. Pero no es bueno que nos engañemos. En ese tiempo, cuando niños, tú espiabas a mi padre porque querías estar conmigo. Ahora es igual. Me has escuchado solamente para verme. Sé que te importa mi historia, pero más te importa tu propia historia.

Pensé que era dura, que era injusta. Que decía palabras innecesarias. De pronto sentí rabia, sentí incluso un asomo de rencor. Eres muy vanidosa, le dije.

Sí, respondió. Y tú también. Quieres que te apoye, que opine lo mismo que tú, como dos adolescentes que fuerzan coincidencias para estar juntos y estiran la mira y mienten.

Recibí el golpe, tal vez lo merecía. Entiendo que te vayas, le dije.

Santiago es más fuerte que tú. Y Chile es un país de mierda que va a gobernar un dueño de fundo que va a llenarse la boca celebrando el bicentenario.

No me voy por eso, dijo, tajante.

Te vas porque estás enamorada de otro, repliqué, como si fuera un juego de adivinanzas. Pensé en su novio argentino y pensé también en Esteban, el joven rubio que la acompañaba en ese tiempo, en Maipú. Nunca le pregunté si era o no su novio. Quise preguntárselo ahora, a destiempo, torpe, infantilmente. Pero antes de que pudiera hacerlo ella respondió, con énfasis: no estoy enamorada de otro. Bebió un sorbo largo de café mientras pensaba en lo que iba a decir. No estoy enamorada de nadie, en realidad. Si de algo estoy segura, dijo, es de que no estoy enamorada de nadie.

Pero tal vez es mejor que lo entiendas así, agregó después, en un tono indefinible. Es más fácil entenderlo así. Es mejor pensar que todo esto ha sido una historia de amor.

IV. Estamos bien

Esta tarde Eme aceptó, por fin, conocer el manuscrito. No quiso que le leyera en voz alta, como antes. Me pidió que imprimiera las páginas y se cubrió con la sábana para leerlas en la cama, pero de pronto cambió de idea y empezó a vestirse. Prefiero irme a mi casa,

dijo. Llevo mucho tiempo aquí, quiero dormir en mi cama esta noche. La imagino leyendo, ahora, en esa casa suya a la que nunca me ha invitado. En esa cama que no conozco. Mi cama es también de ella, la elegimos juntos. Y las sábanas, las frazadas, el plumón. Se lo dije antes de que se fuera, pero no esperaba su respuesta: para que esto funcione, me dijo, a veces debes pensar que acabamos de conocernos. Que nunca antes compartimos nada.

Me impresionó la medida un poco forzada de su voz. Me habló como se habla a un hombre que reclama injustamente en la fila del supermercado. Todos tenemos prisa, señor. Sea paciente, espere su turno.

Espero mi turno, entonces, sentimental, civilizadamente.

*

A los veinte años, cuando acababa de irme de casa, trabajé un tiempo contando autos. Era un oficio simple y mal pagado, pero de alguna forma me gustaba quedarme en la esquina asignada y apuntar en la planilla la cantidad de autos, de camionetas y de micros que pasaban cada hora. Me gustaba, sobre todo, hacer el turno de noche, aunque a veces me entraba el sueño y seguramente la imagen era absurda: un tipo joven, abstraído y ojoso, en una esquina de Vicuña Mackenna, esperando nada, mirando de reojo a otros jóvenes que regresaban a casa alardeando de la borrachera.

Es de noche y escribo. Es mi trabajo ahora, o algo así. Pero mientras escribo pasan autos por la Avenida Echeñique y a veces me distraigo y empiezo a contarlos. En los últimos diez minutos han pasado catorce autos, tres camionetas y una moto. No alcanzo a saber si doblan en la esquina siguiente o siguen de largo. De un modo vago y melancólico pienso que me gustaría saberlo.

Pienso en el antiguo Peugeot 404. Mi padre solía dedicar los fines de semana a arreglarlo, aunque en realidad el auto nunca fallaba —él mismo decía, con ese amor que sólo los hombres pueden sentir por los autos, que se portaba bien, que daba pocos problemas, y sin embargo se pasaba la vida afinándolo, cambiándole las bujías, o leyendo hasta tarde algún capítulo de Apunto, la enciclopedia del automóvil. Nunca he visto a alguien tan concentrado como mi padre esas noches de lectura. Me parecía ridículo que le dedicara tanto tiempo al auto. Por lo demás, estaba obligado a ayudarlo —ayudarlo consistía en esperar, con una paciencia infinita, a que por fin dijera: pásame la llave inglesa. Después debía aguardar a que me la devolviera y además escuchar largas explicaciones sobre mecánica que de ninguna manera me interesaban. Descubrí entonces cierto placer en el hecho de fingir que escuchaba a mi padre o a otros adultos. En asentir con la cabeza aguantando la semisonrisa de saberme pensando en otra cosa. El destino de ese Peugeot fue horrible. Un viejo camión que entró contra el tránsito lo chocó y mi papá estuvo a punto de morir. Recuerdo todavía cuando me mostró la marca que le dejó en el pecho el cinturón de seguridad. Me habló entonces sobre prudencia, sobre el sentido de las normas. De pronto se abrió la camisa para mostrarme la marca rojiza dibujada con precisión en su pecho moreno. Si no me hubiera puesto el cinturón de seguridad estaría muerto, me dijo. El Peugeot quedó hecho pedazos y hubo que venderlo como chatarra. Acompañé a mi padre al depósito de autos. Desde entonces, cada vez que veo un Peugeot 404 recuerdo esa imagen ingrata. Y la marca, también, cuando íbamos a la piscina o a la playa. No me gustaba ver a mi padre en traje de baño. No me gustaba ver esa marca surcándole el pecho, esa evidencia, esa banda horrible que quedó en su

cuerpo para siempre.

*

Es extraño, es tonto pretender un relato genuino sobre algo, sobre alguien, sobre cualquiera, incluso sobre uno mismo. Pero es necesario, también.

Son las cuatro de la mañana, no puedo dormir. Aguanto el insomnio contando autos y haciendo nuevas frases en el refrigerador:

our perfect whisper

another white prostitute

understand strange picture

almost black mouth

how imagine howl

naked girl long rhythm

Ésa es muy linda: naked girl long rhythm.

*

Llegué media hora antes, me senté en la terraza y pedí una copa de vino. Quería leer mientras esperaba a Eme, pero unos niños correteaban peligrosamente alrededor y me costaba concentrarme.

Deberían estar en el colegio, pensé, pero recordé que era sábado. Luego vi a sus madres en la mesa de la esquina, divertidas en una charla intrascendente.

Llegó tarde. Noté que estaba nerviosa, porque me dio una larga explicación por la demora, como si nunca antes hubiera llegado tarde.

Pensé que no quería hablar de la novela. Entonces decidí preguntarle, sin más, qué le había parecido. Buscó el tono largo rato. Balbuceó.

Intentó alguna broma que no entendí. La novela está bien, me dijo, finalmente. Es una novela.

¿Cómo?

Eso, que es una novela. Me gustó.

Pero no está terminada.

Pero la vas a terminar y estará bien.

Quería pedirle precisiones, preguntarle por algunos pasajes, por algunos personajes, pero no fue posible, porque una de las mujeres de la mesa de la esquina se acercó y saludó a Eme efusivamente. Soy la Pepi, le dijo, y se abrazaron. No sé si dijo Pepi o Pepa o Pupo o Papo, pero era un sobrenombre de ese tipo. Nos presentó a sus hijos, que eran los más bulliciosos del grupo. Eme pudo cortar en ese punto la conversación, pero quiso seguir comentando con su antigua compañera la enorme coincidencia de encontrarse en ese restorán. No me pareció tan grande la coincidencia. Pepi o Pupi o Papi vive en La Reina al igual que Eme. Lo raro es que no se encontraran antes.

Me puse mal. Pensé que Eme alargaba intencionalmente la conversación. Que agradecía ese encuentro porque le permitía posponer el momento en que debía darme una opinión real sobre el manuscrito. Luego se disculpó y me dijo que tenía que irse. Regresé a casa frustrado, enojado. Intenté seguir escribiendo, pero no pude.

*

De niño me gustaba la palabra apagón. Mi madre nos buscaba, nos llevaba al living. Antes no había luz eléctrica, decía cuando encendía las velas. Me costaba imaginar un mundo sin lámparas, sin interruptores en las murallas.

Esas noches nos permitían quedarnos un rato conversando y mi madre solía contar el chiste de la vela inapagable. Era largo y fome, pero nos gustaba mucho: la familia trataba de apagar una vela para irse a dormir pero todos tenían la boca chueca. Al final la abuela, que también tenía la boca chueca, apagaba la vela untándose los dedos con

saliva.

Mi padre celebraba también el chiste. Estaban allí para que no tuviéramos miedo. Pero no teníamos miedo. Eran ellos los que tenían miedo.

De eso quiero hablar. De esa clase de recuerdos.

*

Hoy me llamó mi amigo Pablo para leerme esta frase que encontró en un libro de Tim O'Brien: «Lo que se adhiere a la memoria son esos pequeños fragmentos extraños que no tienen principio ni fin.»

Me quedé pensando en eso y me desvelé. Es verdad. Recordamos más bien los ruidos de las imágenes. Y a veces, al escribir, limpiamos todo, como si de ese modo avanzáramos hacia algún lado. Deberíamos simplemente describir esos ruidos, esas manchas en la memoria. Esa selección arbitraria, nada más. Por eso mentimos tanto, al final. Por eso un libro es siempre el reverso de otro libro inmenso y raro. Un libro ilegible y genuino que traducimos, que traicionamos por el hábito de una prosa pasable.

Pienso en el comienzo bellísimo de *Léxico familiar*, la novela de Natalia Ginzburg: «Todos los lugares, hechos y personas que aparecen en este libro son reales. Nada es ficticio. Siempre que, debido a mi costumbre de novelista, inventaba algo, me sentía obligada a destruirlo.» Habría que ser capaz de eso. O de quedarse callado, simplemente.

*

Estoy en Las Cruces, disfrutando de la playa vacía, con Eme.

Por la mañana, echado en la arena, leí *La promesa del alba*, el libro de Romain Gary, donde aparece este párrafo preciso, oportuno: «No sé hablar del mar. Lo único que sé es que me libra al momento de todas

mis obligaciones. Cada vez que lo miro me convierto en un ahogado feliz.»

Tampoco sé hablar del mar, aunque se supone que fue mi primer paisaje. Cuando tenía apenas dos meses de vida mi padre aceptó un trabajo en Valparaíso y nos fuimos al Cerro Alegre durante tres años. Pero mi primer recuerdo del mar es mucho más tardío, a los seis años tal vez, cuando ya vivíamos en Maipú. Recuerdo haber pensado, abrumado y feliz, que era un espacio sin límites, que el mar era un lugar que continuaba, que seguía.

Hace un rato intenté escribir un poema llamado «Ahogados felices». No me resultó.

*

Volvimos en un auto que le prestaron a Eme. Manejé con tanta cautela que creo que ella tendía a desesperarse. Luego la acompañé, por primera vez, a su casa. Me impresionó ver sus cosas repartidas de otra manera. Reconocibles. No sé si me gustó dormir con ella ahí. Estuve todo el tiempo abrumado por el deseo de registrar cada detalle.

Por la mañana compartimos un té con sus amigas. Era tal como Eme me lo había descrito. La casa es en realidad un inmenso taller. Mientras Eme dibuja, sus compañeras —las ha nombrado muchas veces pero nunca puedo recordar sus nombres— hacen ropa y artesanías.

Cuando estaba a punto de irme Eme me preguntó si estaba escribiendo. No supe qué responderle.

De todos modos anoche escribí estos versos:

Es mejor no salir en ningún libro
Que las frases no quieran abrigarnos
Una vida sin música y sin letra
Y un cielo sin las nubes que hay ahora.

*

La prosa me sale rara. No encuentro el humor, la tesitura. Pero suelto algunos endecasílabos y de pronto me dejó invadir por ese ritmo.

Muevo los versos, confirmo y transgredo la cadencia, paso horas trabajando en el poema. Leo, en voz alta:

Es mejor no salir en ningún libro Que las frases no quieran abrigarnos
Una vida sin música y sin letra Y un cielo sin las nubes que hay ahora
No sabes si regresan o se van Las nubes cuando cambian tantas veces
De forma y pareciera que seguimos Habitando el lugar que
abandonamos Cuando no conocíamos los nombres de los árboles
Cuando no conocíamos los nombres de los pájaros Cuando el miedo
era miedo y no existía El amor al miedo Ni el miedo al miedo Y el
dolor era un libro interminable Que alguna vez hojeamos por si acaso
Salían nuestros nombres al final.

*

Soñé que estaba borracho y bailaba una canción de Los Angeles
Negros, «El tren hacia el olvido». De pronto aparecía Alejandra
Costamagna —estás muy curado, me decía, mejor te llevo a casa, dame
la dirección. Pero yo había olvidado mi dirección y seguía bailando
mientras intentaba recordarla. En el sueño tomaba piscola; en el sueño
me gustaba la piscola.

Alejandra bailaba conmigo pero era más bien una manera de
ayudarme; me tambaleaba indignamente, estaba a punto de caerme en
medio de la pista. Pero no era la pista de una discoteque, era el living
de la casa de alguien.

No somos amigos, le decía a Alejandra, en el sueño. Por qué me
ayudas si no somos amigos.

Porque somos amigos, me respondía ella. Estás soñando y en el
sueño piensas que no somos amigos. Pero somos amigos. Trata de

despertar, me decía. Yo lo intentaba pero seguía en el sueño y empezaba a angustiarme.

Finalmente desperté. Eme dormía a mi lado. Reconocí, en la tele, las escenas finales de Chungking Express. Pensé que era absurdo que nos hubiéramos quedado dormidos viendo una película tan buena como Chungking Express.

Llamé a Alejandra, le conté el sueño, se rió. Me gusta «El tren hacia el olvido», me dijo. A mí también, pero me gusta mucho más «El rey y yo», le respondí. Me preguntó cómo iban las cosas con Eme. No lo sé, le respondí, instintivamente. Y es verdad, pienso ahora: no lo sé.

*

Hay dolor pero también hay felicidad al abandonar un libro. Me ha pasado así, al menos: primero el melodrama de haber perdido tantas noches en una pasión inútil. Pero luego, con el paso de los días, prevalece un ligero viento favorable. Volvemos a sentirnos cómodos en esa habitación en que escribimos sin mayores planes, sin propósitos precisos.

Abandonamos un libro cuando comprendemos que no estaba para nosotros. De tanto querer leerlo creimos que nos correspondía escribirlo. Estábamos cansados de esperar que alguien escribiera el libro que queríamos leer.

No pienso abandonar, sin embargo, mi novela. El silencio de Eme me hiere y lo entiendo. La obligué a leer el manuscrito y ahora quiero obligarla a aceptarlo. Y el peso de su posible desaprobación me hace desear no haberlo escrito o abandonarlo. Pero no. No voy a abandonarlo.

*

Pienso en almorzar con mis padres, pero la perspectiva de verlos

celebrando el triunfo de Piñera me desalienta. Los llamo y les digo que no iré a votar. En la micro escucho canciones muy buenas pero de pronto la música, cualquier música, se me hace insoportable. Guardo los auriculares y retomo la lectura de La promesa del alba. Me quedo clavado en esta frase: «En lugar de gritar, escribo libros.»

Voto con un sentimiento de pesadumbre, con muy poca fe. Sé que Sebastián Piñera ganará la primera vuelta y seguro que también ganará la segunda. Me parece horrible. Ya se ve que perdimos la memoria. Entregaremos plácida, cándidamente el país a Piñera y al Opus Dei y a los Legionarios de Cristo.

Después de votar llamo a mi amigo Diego. Lo espero largo rato, sentado en el pasto de la plaza, cerca de la piscina. Hacemos la caminata hacia el Templo de Maipú, pasamos por el sitio donde antes estaba el supermercado Toqui. Diego es de Iquique pero vive en Maipú desde hace diez años. Era buena la carne y la pastelería, le digo, y describo con detalles el supermercado. El me escucha respetuosamente, pero tal vez piensa que mi interés es absurdo, porque todos los supermercados son iguales.

Nunca había venido al Templo, dice Diego. Entramos en mitad de una de las tantas misas del domingo. No hay mucha gente. Nos sentamos cerca del altar. Miro las banderitas, las cuento. Nos sentamos, después, en las escaleras de la entrada, la misa se escucha por los altoparlantes y conversamos mientras unos niños juegan a la pelota y cada tanto la lanzan cerca de nosotros. Me apuro a devolverla, pero de pronto uno de ellos lanza fuerte y le pega a Diego en la cara.

Esperamos a que se disculpen o que al menos sonrían a manera de disculpa. No lo hacen. Me quedo con la pelota, los niños se acercan, me la quitan de las manos. Tengo rabia. Tengo ganas de retarlos. De

criarlos.

Hablamos sobre Maipú, sobre la idea chilena de villa, tan distinta a lo que se entiende en Argentina o en España. El sueño de la clase media, pero de una clase media sin ritos, sin arraigo. Le pregunto si se acuerda de una teleserie de Canal 13 que se llamaba «Villa Nápoli». Diego no se acuerda. A veces olvido que es mucho más joven que yo. Hablamos sobre mi novela, pero también sobre la novela que Diego publicó hace poco y que leí semanas atrás. Le digo que me gusta, intento precisar por qué me gusta. Pienso en una escena en especial. El protagonista viaja a Buenos Aires con su padre y le pide un libro. El padre se lo compra y a manera de aprobación lo abre y dice «es resistente».

Eso no lo inventaste, le digo. Esas cosas no se inventan. Diego ríe, moviendo la cabeza como si bailara heavy metal. No, no lo inventé, dice.

Luego vamos al departamento donde Diego vive con su madre, en Avenida Sur. Su madre se llama Cinthya. Comentamos los resultados, que a esa hora de la tarde ya son claros. Segunda vuelta, con enorme ventaja para Piñera.

Diego prepara la palta y le pone aceite. Le digo que no es necesario echarle aceite. Mi padre siempre me retaba por eso, dice, y ríe. Al menos en eso tu padre tenía razón, le respondo, y río, también.

*

Pensé que bromeabas cuando decías que estabas escribiendo sobre mí, me dijo Eme, en el restorán. Me miró como buscando mi cara. Sentí que elegía con cuidado las palabras. Que se disponía a hablar. Pero se detuvo en una sonrisa.

Fuimos a comer sushi al lugar de siempre. La orden se demoraba

más de la cuenta y recordé la escena del almuerzo, cuando niño —la angustia de irnos con los platos servidos. Es como en la novela, iba a decirle, pero ella me miró con apagada curiosidad. Ahora pienso que me miró con compasión. Entonces creí que empezaba el momento de la espera en que sólo es posible hablar de la espera. Pero ella comenzó otra conversación, con un tono que parecía haber pensado, que de seguro había ensayado largamente esos días.

Yo no he cambiado tanto, dijo. Y tú tampoco. Hace unas semanas te dije que debíamos fingir que acabábamos de conocernos. No entiendo muy bien lo que quise decirte. Pienso que en estos meses nos hemos reído de lo que éramos. Pero es falso. Seguimos siendo los que éramos. Ahora entendemos todo. Pero sabemos poco. Sabemos menos que antes —eso es bueno, dije yo, temeroso: es bueno no saber, esperar nada más.

No. No es bueno. Sería bueno si fuera verdadero. Queremos estar juntos y para eso estamos incluso dispuestos a fingir. No hemos cambiado tanto como para volver a estar juntos. Y yo me pregunto si vamos a cambiar.

Comprendí lo que venía y me preparé. En las discusiones yo solía refugiarme en un cierto optimismo pero ella cerraba la cara y luego incluso el cuerpo para expulsarme. Siempre recuerdo ese dolor, una noche, hace años: en plena discusión comenzamos a acariciarnos y ella se puso encima de mí, pero en medio de la penetración no pudo controlar la rabia que sentía y cerró la vagina por completo.

De pronto, inesperadamente, Eme comenzó a hablar sobre la novela. Le había gustado, pero durante toda la lectura no había podido evitar una sensación ambigua, una vacilación. Has contado mi historia, me dijo, y debería agradecértelo, pero pienso que no, que preferiría

que esa historia no la contara nadie. Le expliqué que no era exactamente su vida, que solamente había tomado algunas imágenes, algunos recuerdos que habíamos compartido. No des excusas, dijo: dejaste algunos billetes en la bodega pero igual robaste el banco, me dijo. Me pareció una metáfora tonta, vulgar.

Llegó el sushi, finalmente. Me concentré en el sashimi de salmón —comí con voracidad, unté cada trozo en demasiada soya y los pedazos de jengibre y el abundante wasabi me incendiaban la boca. Era como si quisiera aplicarme un castigo absurdo mientras pensaba que amaba a esa mujer, que era un amor pleno, no una forma desgastada de amor. Que ella no era para mí un hábito, un vicio difícil de abandonar. Y sin embargo, a esas alturas, ya no estaba, ya no estoy dispuesto a luchar.

Comí el sushi, los pedazos que me correspondían y también los de ella, y cuando la bandeja quedó vacía Eme me dijo, con sequedad, dejémoslo hasta aquí. En eso llegó el administrador y empezó una alargada disculpa que ninguno de los dos quería escuchar. Nos ofreció el café o los postres gratis, por cuenta de la casa, para compensar la espera. Lo escuchamos como ausentes. Respondimos mecánicamente que no importaba, que no se preocupara. Y nos fuimos, cada uno por su lado.

Al llegar a casa pensé en las palabras de Eme. Pensé que era cierto. Que sabemos poco. Que antes sabíamos más, porque estábamos llenos de convicciones, de dogmas, de reglas. Que amábamos esas reglas. Que lo único que verdaderamente habíamos amado era ese puñado absurdo de reglas. Y ahora entendemos todo. Entendemos, en especial, el fracaso.

Alone again (naturally). Lo que más me duele es el naturally.

Vamos entonces, tú y yo, cada uno por su lado.

*

Hace unos días Eme me dejó una caja con los vecinos. Recién hoy me atreví a abrirla. Había dos chalecos, una bufanda, mis películas de Kaurismaki y Wes Anderson, mis discos de Tom Waits y Wu-Tang Clan, además de algunos libros que durante estos meses le presté. Entre ellos estaba también el ejemplar de El elogio de la sombra, el ensayo de Tani-zaki que le regalé hace años. No sé si por crueldad o por descuido lo incluyó en la caja.

Nunca me dijo si lo había leído, por eso me sorprendió reconocer, ahora, en el libro, las marcas de un grueso destacador amarillo. Solía molestarla por eso: sus libros lucían feos después de esa especie de batalla que era la lectura. Se diría que leía con la ansiedad de quien memoriza fechas para un examen, pero no, se había acostumbrado, simplemente, a marcar las frases que le gustaban de esa manera.

Hablo en pasado de Eme. Es triste y fácil: ya no está. Pero también debería aprender a hablar en pasado de mí mismo.

*

Volví a la novela. Ensayo cambios. De primera a tercera persona, de tercera a primera, incluso a segunda.

Alejo y acerco al narrador. Y no avanzo. No voy a avanzar.

Cambio de escenarios. Borro. Borro muchísimo. Veinte, treinta páginas.

Me olvido de este libro. Me emborracho de a poco, me quedo dormido.

Y luego, al despertar, escribo versos y descubro que eso era todo: recordar las imágenes en plenitud, sin composiciones de lugar, sin mayores escenarios. Conseguir una música genuina. Nada de novelas, nada de excusas.

Ensayo borrarlo todo y dejar que prevalezca solamente este

ritmo, estas palabras:

La mesa consumida por el fuego Las marcas en el cuerpo de mi padre
La rápida confianza en los escombros Las frases en el muro de la
infancia El ruido de mis dedos vacilando Tu ropa en los cajones de otra
casa El ruido interminable de los autos La cálida esperanza de volver
Sin pasos sin camino de memoria La larga convicción de que
esperamos Que nadie reconozca en nuestra cara La cara que perdimos
hace tiempo.

*

Semanas sin escribir en este diario. El verano entero, casi.
Estaba despierto, desvelado, escuchando a The Magnetic Fields,
cuando empezó el terremoto. Me senté en el umbral y pensé, con
calma, con extraña serenidad, que era el fin del mundo. Es largo, pensé
también. Alcancé a pensarlo muchas veces: fue largo.

Cuando por fin terminó me acerqué a los vecinos, un matrimonio
y su hija pequeña, que seguían abrazados, tiritando. Cómo están, les
pregunté. Bien, respondió el vecino, un poco asustados nada más —y
cómo están ustedes, me preguntó. Le respondí, sorprendido: estamos
bien.

Llevo dos años viviendo solo y el vecino no se entera, pensé.
Pensé también que ahora era yo el vecino solo, ahora yo era Raúl, yo
era Roberto. Recordé, entonces, la novela. Creí, alarmado, que la
historia terminaría de este modo: con esa casa de Maipú, la casa de mi
niñez, destruida. ¿Qué me había llevado a narrar el terremoto de 1985?
No lo sabía, no lo sé. Sé sin embargo que durante esa noche tan lejana
pensé por primera vez en la muerte.

La muerte era entonces invisible para los niños como yo, que
salíamos, que corríamos sin miedo por esos pasajes de fantasía, a salvo

de la historia. La noche del terremoto fue la primera vez que pensé que todo podía venirse abajo. Ahora creo que es bueno saberlo. Que es necesario recordarlo a cada instante.

Pasadas las cinco de la mañana salí a recorrer el barrio. Caminé muy lentamente, esperando la ayuda de las linternas que iban en desorden desde el suelo hasta las copas de los árboles y las luces de los autos que colmaban, de pronto, el espacio. Los niños dormían o intentaban dormir echados en la vereda. La voz de un hombre aseguraba, de una esquina a otra, como un mantra: estamos bien, estamos bien.

Prendí la radio del celular. La información era todavía escasa.

Comenzaba de a poco el inventario de muertes. Los locutores vacilaban e incluso uno dijo esta frase que, en tales circunstancias, era cómica: definitivamente esto ha sido un terremoto.

Llegué, al fin, cerca de la casa de Eme, y me quedé en la vereda a la espera de alguna señal. De pronto escuché su voz. Hablaba con sus amigas, me pareció que fumaban en el antejardín. Iba a acercarme pero pensé que me bastaba con eso, con saber que estaba a salvo. La sentía muy cerca, a pocos pasos, pero preferí irme de inmediato. Estamos bien, pensé, con un asomo raro de alegría.

Volví a casa al amanecer. Me impresionó la imagen, al entrar.

Días atrás había ordenado los libros. Ahora conformaban una generosa ruina en el suelo. Lo mismo los platos y dos ventanales. La casa resistió, sin embargo.

Pensé en partir de inmediato a Maipú, pero poco antes de las nueve de la mañana pude comunicarme con mi madre. Estamos bien, dijo, y me pidió que no fuera a verlos, que era muy peligroso el traslado. Quédate ordenando tus libros, me dijo. No te preocupes por

nosotros.

Pero voy a ir. Mañana temprano voy a verlos, voy a acompañarlos.

Es tarde. Escribo. La ciudad convalece pero retoma de a poco el movimiento de una noche cualquiera al final del verano. Pienso ingenuamente, intensamente en el dolor. En la gente que murió hoy, en el sur. En los muertos de ayer, de mañana. Y en este oficio extraño, humilde y altivo, necesario e insuficiente: pasarse la vida mirando, escribiendo.

Después del Peugeot 404 mi padre tuvo un 504 azul pálido y luego un 505 plateado. Ninguno de esos modelos circula ahora por la avenida. Miro los autos, cuento los autos. Me parece abrumador pensar que en los asientos traseros van niños durmiendo, y que cada uno de esos niños recordará, alguna vez, el antiguo auto en que hace años viajaba con sus padres.

Santiago, febrero de 2010

Clase 10 y 11

Rubrica escritura de autoficción

Aspects	4 punts	3 puntos	2 puntos	1 punto	0 punto
---------	---------	----------	----------	---------	---------

1	Título	El título es creativo, llama la atención y está relacionado con el tema	El título está relacionado con el tema	El título está presente, pero casi no parece estar relacionado con el texto ni con	El título está presente, pero no está relacionado con cuento ni/o el tema	No se aprecia título
2	Articula correctamente el efecto autoficcional	Aparece claramente la ilusión biográfica y el efecto autoficcional	Aparecen parcialmente articulado el efecto autoficcional	Aparece difusamente el efecto autoficción	Solamente se esboza el efecto de autoficcional	No hay efecto autoficcional
	(x 2)					
3	Personajes	Se aprecian 3 o más personajes (por lo menos 2 descrito) o presenta a lo menos 1 personaje descrito	Presenta menos de 3 personajes (mínimo 1 descrito)	Presenta personajes, pero la descripción no es buena	Presenta personajes con descripciones fuera de lugar	Personajes no presentan descripción
5	Precisión de los Hechos	Todos los hechos presentados en el cuento son precisos	Casi todos los hechos presentados en el cuento son precisos	La mayoría de los hechos presentados en el cuento son precisos (por lo menos 75%)	En el cuento hay varios errores basados en los hechos	Los hechos no tienen lógica o son incoherentes
6	Problemática de la identidad	Se ve un esfuerzo por incluir ideas propias y desarrollarlas con claridad en relación con las problemáticas de la identidad	El texto desarrolla algunas ideas relacionadas con los problemas de la identidad	El texto incorpora algunos elementos de los problemas de la identidad, pero no se desarrolla.	El texto no elabora situaciones o ideas relevantes relacionadas con la identidad.	No se aprecia
	(x 2)					
7	Ortografía y Puntuación	No hay errores de ortografía o puntuación en el borrador final	El borrador tiene 1 - 3 errores de ortografía o puntuación	El borrador final tiene 4 - 6 errores de ortografía o	El borrador final tiene 7 - 9 errores de ortografía o	El borrador final tiene 10 o más errores de ortografía o puntuación

8	Coherencia y redacción	El texto se entiende sin problemas. Utiliza un vocabulario amplio y no repite palabras	El texto se entiende bastante bien. Utiliza un vocabulario amplio, aunque repite dos palabras	El texto se entiende, pero con dificultad. Utiliza un vocabulario limitado repite tres palabras	El texto se entiende a ratos o pierde el hilo conductor con facilidad. Utiliza un vocabulario limitado y	El texto no se entiende. Vocabulario limitado y repite 5 o más palabras
10	Proceso	El estudiante cumplió con todas las actividades de proceso	El estudiante solo cumplió con 2 actividades de proceso	El estudiante cumplió con una actividad de proceso	El estudiante cumplió con alguna de las actividades de proceso, pero fuera de plazo	El estudiante no cumplió con las actividades de proceso
11	Extensión	El cuento posee 6 o más planas (calibri 11)	El cuento posee entre 5 y 4 planas (calibri 11)	El cuento posee entre 2 y 3 planas (calibri 11)	El cuento posee una plana (calibri 11)	No hay texto

Bibliografía

- Bajtín, Mijaíl. Estética de la creación verbal. (1979). México: Siglo Veintiuno Editores, 1982.
- Barthes, R. (1987). La muerte del autor. *El susurro del lenguaje*, 65-71.
- Bhabha, H. K. (1994). *El lugar de la cultura*. Ediciones Manantial.
- Corbatta, Jorgelina (2009). "Psicoanálisis y literatura: la auto-ficción." VII Congreso Internacional Orbis Tertius de Teoría y Crítica Literaria.
- Faix, Dóra. "La autoficción como teoría y su uso práctico en la enseñanza universitaria de la literatura."
- Dobrovsky, S. (1977). *Fils: roman*. Éditions Galilée.
- Foucault, M. (2010). *¿Qué es un autor?*. Ediciones Literales.
- Frugoni, Sergio. "Escribir ficciones: un camino hacia la literatura." *Literatura*.
- Lejeune, Philippe. (1991) "El pacto autobiográfico". *Suplementos Anthropos* 29: 47-61.
- Lukács, G. (1971). Teoría de la novela. 1920. *Barcelona: Edhasa*.
- MINEDUC (2009). *Objetivos Fundamentales y Contenidos Mínimos Obligatorios de la Educación Básica y Media*. 2009
- MINEDUC (2011). *Programa de Estudio Lenguaje y Comunicación, Primero Medio*.
- MINEDUC (). *Programa de Estudio Lenguaje y Comunicación, Segundo Medio*.
- MINEDUC (2015). *Programa de Estudio Lenguaje y Comunicación, Tercero Medio*.

MINEDUC (2015). Programa de Estudio Lenguaje y Comunicación, Cuarto Medio.

MINEDUC (2013). Bases Curriculares, 7° básico a 2° medio.

Molero de la Iglesia, Alicia (2006):. "Figuras y significados de la
autonovelación."Espéculo: Revista de Estudios Literarios 33 72. Disponible en:
<http://www.biblioteca.org.ar/libros/151313.pdf>

Musitano, J. Autoficción (2010): ¿género literario o estrategia de autofiguración? Boletín
15 del centro de estudios y teoría literaria, noviembre del 2010. Disponible en:
http://www.celarg.org/int/arch_public/musitano.pdf

Haraway, Donna Jeanne (1995). . Ciencia, cyborgs y mujeres: la reinención de la
naturaleza. Vol. 28. Universitat de València,

Spang, K. (1984). Mímesis, ficción y verosimilitud en la creación literaria.*Anuario
filosófico*, 17(2).